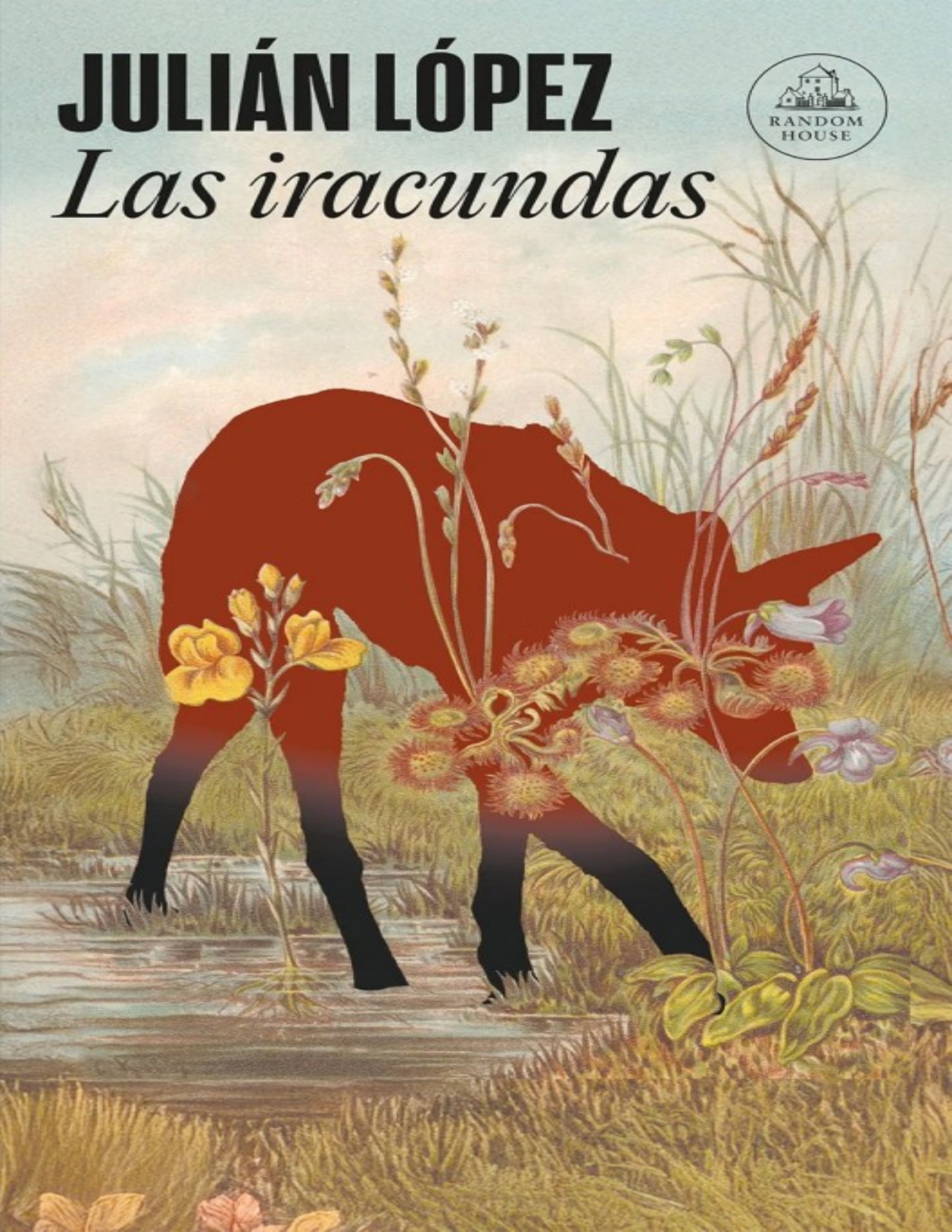
JULIÁN LÓPEZ

Las iracundas

RANDOM HOUSE



JULIÁN LÓPEZ

Las iracundas



RANDOM HOUSE

Perra y vieja, pero nunca chihuahua.

ALEJANDRO URDAPILLETA

Aprovecho este rato para escribirte antes de que sirvan la comida; la epístola, estas cartas, acaso son la única literatura que de verdad me sigue interesando. Estoy sentada en el sillón de mimbre de una mesita en la galería al lado del salón comedor, el aire ahora es húmedo pero más fresco, tomo una taza de té negro aunque llevo encima mi petaca de peltre cargada de ginebra. La tarde es lúcida y estoy sola. Los pasajeros deben estar en sus camarotes alistándose para la cena, el único rito común que parece haber sobrevivido al traqueteo insólito de este viaje. La pobre muchacha que organizaba las reuniones sobre cubierta y nos ilustraba acerca de la flora y fauna, de las historias fantasmales de los pueblos por los que pasábamos, se apeó días atrás en un puerto insignificante después de que una de nosotros le exigiera silencio con un parlamento corto y atormentado. Habíamos aguantado sus locuciones como clases de una escolaridad pasmosa, precondición del viaje, pero era francamente ridículo escucharla, insoportable. Nuestro safari era la pura decepción; del entusiasmo inicial, descubrir una garza blanquísima en la superficie oleosa cerca de la orilla entre neumáticos viejos y juncos grises, algún lagarto overo que se retiraba, unos cuantos coipos aquí o allá, manchas pardas en un paisaje pardo, quedó en el grupo un regusto de fastidio y de incongruencia.

Imagino a la pobre muchacha trepando el muelle con sus tacones bajos, sorteando los listones podridos sobre el agua, valija en mano, con su solero de amarillo lívido y desesperante, pisando inadvertida las madrigueras de los yacarés dormidos. La imagino andando, pobre pero altanera, hacia el interior de una isla perdida, tanto como le permiten los tarascones filosos de los dueños del estero despertados de su siesta de hambre. La imagino andando sin detenerse mientras los animales le arrancan un garrón primero, luego el otro, después una cadera; la veo andar con el vestido moteado de un liberty de sangre y baba que se imprime en oleadas que salpican las bestias mitad mandíbula y mitad cola de saurio hasta que se pierde en el monte silencioso. Esqueleto pelado y jirones del solero, portando la valija sin mirar atrás, sin quejarse, ofendida para siempre, quizá tanto como yo, rumbo a su destino de ánima entre espinillos y estiércol.

En la primera comida sirvieron lachas con crema ácida, un soufflé de zucchinis con holandesa, y sorrentinos, la más ordinaria de las pastas rellenas, con crema rosa, ¿podés creer? Para el postre anunciaban omelette surprise y, en efecto, al terminar la comida apagaron las luces y a cada mesa llegó un camarero portando la platina con el domo de merengue encendido que el encargado recortaba con dos cucharas y servía a los comensales, después de que el fuego se hubiera extinguido. Por detrás llegaron otros camareros con las bandejas llenas de copas de un champagne dulce y rosé que burbujeaba como una gaseosa.

Cuando vi la tarjeta con el menú y empezaron a traer los primeros platos, miré a mis camaradas de mesa y para probar alguna lengua común dije:

—Ahora necesito un chancho suelto en la cubierta, una fonola que suene "Va, pensiero" y que Claudia Cardinale cruce el salón con un sombrero enorme como una bandeja de frutas y faisanes.

Supongo que recordarás que no sé hablar con la gente, que lo que digo es demasiado transparente y lo que dice lo que digo es a la vez nítido y confuso, peligroso. Desdén y superioridad, ya lo sé, y una nota sórdida, como cuando en las reuniones alguien dejaba caer distraídamente el anzuelo de un Schönberg, un Ligeti o hasta de un Herzog, mirá lo que te digo, automáticamente todos erguían la cabeza llamados por una diana idiota y a mí me asfixiaba el olor a osamenta.

En todo caso, el silencio después de mi comentario inauguró la cualidad del viaje para mí y para mi relación con el resto del elenco que me acompañaba.

Me dediqué a mirar a Barrios, el mozo que nos atendía —aquí insisten en llamarlos camareros—, pero el ejemplar del que te hablo es claramente un mozo aunque no sea joven. Morocho, por supuesto, altote, cuerpo de trabajador de quebrachal, bigotones, siempre algo cansado, y una virilidad provocativa que me asombraba y lucía amancebada por los modales del servicio. Lo veía ir y venir en sus quehaceres, sorprendida de mí misma; hacía décadas que los hombres habían dejado de resultarme atractivos. Por alguna razón, Barrios empezó a devolverme la mirada como si comprendiera mi estupor y tuviera una llave maestra para mostrarme el mundo verdadero. Esa primera noche me reía sola en la litera, en la

humedad oscura de mi camarote; volver a imaginar una llave maestra después de añadas de aburrimiento. Insólito.

Estaba muerta de hambre, acostumbrada a vivir con un apetito que me angustiaba, pero desaparecía después del primer bocado, y a que cualquier comida me diera lo mismo. Tenía el plato de lachas frente a mí, los bordes salpicados de perejil picado y una hojita entera parada en medio de los dos lomitos contrapuestos de ese pescado del Báltico. Comida y pretensión semiótica, los afeites de un mundo que se volvió vulgar hasta lo indecible, tan lleno de magnates culinarios y falto de cocineras, tan absurdo. Barrios se acercó porque notó mi incomodidad y mi fastidio, mi inmovilidad frente al plato en una mesa en la que subía gradualmente la marea de los rumores del festín.

—¿No le gusta? —Su voz era amable y me sorprendió que fuera tan directo.

Quise responderle que esperaba que sirvieran postas de un surubí grasiento y vasos de cerveza helada, solo pude decirle:

—No puedo comer esto.

—Es el menú, no tenemos una carta abierta, si quiere puedo decirle al chef que venga a hablar con usted para que le indique sus problemas.

—¡¿Tienen chef, acá?!

Barrios no me respondió.

—No voy a comer esto.

El mozo tiene unos ojos enormes de pupilas enormes, el borde de sus párpados es ancho y de ahí le salen unas pestañas oscuras y también enormes, los ojos le brillan y tiene mirada de obrero, hosca y dulce.

—Quiero una gran papa hervida con cáscara, quiero que me traiga sal gorda y un poco de oliva, solo si es bueno, si no, nada.

Lo que siguió fue un bochorno que trato de no recordar porque me avergüenza, la escena fue capturada por una completa inmovilidad; Barrios se mostraba a la vez perplejo por mis respuestas y dubitativo por mi exigencia a que resolviera la cuestión que yo no terminaba de enunciar pero era evidente para todos los comensales. De mis intentos por probar "una lengua común" solo quedaba la trampa tilinga en la que me había encerrado a mí misma, el capricho de una *donna* que necesitaba distinguirse entre ese hato de festejantes vulgares reunidos por la convocatoria del viaje, Residencia interdisciplinaria de artistas para remontar el Paraná.

La mirada de Barrios empezó a cambiar y sus ojos se endurecieron de odio; recién ahí pude reponerme y volver a mi puesto. Barrios recuperó su virilidad de obrero y sus ojos me clavaron en mi lugar como una mariposa alfileteada al muestrario.

Lo que más me avergüenza del momento fue cómo resolví ubicarme para que la escena no siguiera escalando: una dama distraída que aceptaba todo mansamente y atribuía su talante a una confusión.

—Ah, la calor… —lo chuceé con todo descaro, mirándolo, mientras me apantallaba con el menú y volvía a concentrarme en el plato.

Saqué ese arbolito de perejil con el tenedor y el cuchillo, lo dejé en el borde y comí las lachas. No estaban mal y agradecí el exceso de vinagre. Todos parecieron perdonarme y Barrios me volvió a mirar como hasta entonces. No se le veía ni una traza del rencor que me había dedicado, pero sus ojos se me hicieron más presentes y

supe que algo lo cautivaba. Ya te contaré. Hay bastante, lo suficiente.

Aquí volvió el sopor, lejos de refrescar, el atardecer se pone cada vez más pesado y húmedo y no van a tardar en aparecer los bichos. El té está frío, media taza sirvió para disfrutar la astringencia sobre la lengua y conservar por un rato el sabor amargo. Voy a terminar la petaca antes de encerrarme en el camarote para salvarme del comedor y de la cena entre artistas, no queda tanto, ni para lo uno ni para lo otro.

Agrego ahora que después de esa comida Barrios logró reservarme cada noche algunas papas hervidas, sin cáscara, claro, malamente cortadas y por suerte sin aliño. Se acercó a mí con un plato cubierto por una servilleta y me las entregó mirándome a los ojos sin decir nada, apenas había entrado en mi camarote y ya empezaba a desvertirme.

Espero que estas líneas te encuentren repuesta, aunque todavía no me decido a enviártelas y, de elegir hacerlo, no sé si sabría cómo.

Tuya, siempre.

A bordo, las siete de la tarde es la hora fatídica, es increíble lo que logra una reunión de artistas, convertir esa barranca de luz menguante, esa delicia en la que cuando estoy en casa suelo iniciar la velada del vino y la melancolía, en una hora estúpida y catártica. Han decidido que ese es el momento de las manifestaciones, y cada día alguno de los pasajeros tiene su momento para mostrar el arte que investiga, para someter al resto a la expectación y ponerse a merced de miradas bastante cínicas, en algunos casos, bastante complacientes en la mayoría. Pues esta tarde fue el caso de Amneris, una actriz performer que suele deambular perdida, como posesa de un persistente mal de mar, y no logra meterse en ninguno de los grupos. Es una idiota y la desprecio por eso, desde que la vi en las reuniones que tuvimos los seleccionados en las oficinas centrales de la Fundación antes de embarcar supe que iba a detestarla. Sin embargo, debo decirte, hay algo conmovedor en su fracaso con los otros, verla alternar entre las camándulas que se arman naturalmente por solidaridad de disciplina o mera cercanía y comprobar que rebota como si hubiese una malla invisible alrededor de la gente me conmueve. Es idiota y la detesto, pero la idolatro en secreto por ese vértigo con el que parece caminar entre cornisas imposibles, la pura necesidad, el ingobernable talante de quien no admite disminuirse a negociar con innobles. Es la mar de tonta, la encontré una mañana tempranísimo en la que salí a dar vueltas para

conocer las diferentes cubiertas escondidas del navío. Era tan temprano que no me crucé con nadie, ni siquiera con alguien del personal o alguno de esos marineros de fantasía con los que pretenden engañarnos con que esto es un crucero *comme il faut*. Eran recién pasadas las seis, pero el sol ya estaba radiante y el aire se debatía en oleadas que auguraban el bochorno con mareas del frescor nocturno que todavía no se disipaba. En un momento de la caminata descubrí un puente pequeñísimo, de madera, que no parecía conducir a ningún ambiente particular. De todas maneras me aventuré a cruzarlo y dos pasos más allá salí a una terraza que daba a otro puente sobre el que una nube de libélulas abatía el aire como un enjambre enloquecido, signo irrefutable de agua, de que se avecinaba una tormenta. Si quería seguir debía internarme en esa provincia animal que flotaba con el zumbido de un aletear intenso a algo más de un metro de los listones del piso, si quería seguir con la pesquisa debía atravesar la manada. Eran libélulas, te imaginarás con qué voracidad me entregué a cruzar esa comunidad con ojos tornasol y colas finísimas también tornasol y alas traslúcidas y lentas y veloces, pero muy lentas y muy veloces.

Fue decepcionante, la promesa de un chapuzón en la decidida referencia *art nouveau* de esas criaturas terminó siendo más parecida a caminar entre el guano de un corral de gallinas. Un olor seco e indescriptible y un sonar un poco atemorizante, nada del dulce aletear ni de la brisa impalpable del diseño sutil de esos bichos. Tuve un microsegundo de desesperación y pensé que no iba a poder salir, esa superposición de chasquidos metálicos me recordó a las primeras comunicaciones del protointernet, esa secuencia de tonos espectrales lanzados al espacio desde el teléfono fijo. Salí con

el bozo lleno de gotitas de transpiración y el vaho avinagrado que me hizo saber que la humedad del sudor conquistaba todo el cuerpo. Qué cuiqui, los bichos son los bichos, aprender tan malamente la tautología, ¿te parece?

De todas maneras estuvo bien ingresar temprano a la mácula del día, vieja como soy, vieja como me estoy poniendo, desconfío cada vez más de las mañanas ideales.

Esa zona del barco parecía marea y contramarea de un espíritu constructor de las últimas décadas del diecinueve, aires de eclecticismo y trazas neogóticas intercaladas con líneas neorrenacentistas, como si inaugurara espacios que a poco de aparecer se contradecían, o el diseñador en su arrepentimiento no hubiese tenido tiempo de planificar y entonces quedaban fósiles del sueño, restos, materiales inconclusos. Un proyecto abortado al inicio, una escalerita que sumaba solo tres peldaños y se discontinuaba, una glorieta tapiada con listones manchados de cemento, la estructura de una hamaca sobre el escape de uno de los motores diésel. El puro intervalo, el interregno, la secuencia, el espasmo, el camino interrumpido, un morse enloquecido y afásico. Esta nave es quizá el espacio más interesante que me tocó transitar y la descubro con verdadero interés en medio de una tarea, convivir con artistas en pleno proceso de experimentación y producción protocolar, realmente insípida.

Pero vuelvo a Amneris y a la mañana en la que la encontré; después de las libélulas, después de ese otro puentecito, salí a un pasillo que indicaba otra cubierta; desde donde estaba no alcanzaba a verla y tampoco podía darme cuenta de lo que se avecinaba. A medida que seguía empecé a distinguir las manchas de un cuero

holando y a medida que me acercaba más, y discutía conmigo si era un fondo blanco con manchas negras o el fondo era negro y las manchas eran blancas, comprobé que ese cuero respiraba. Cuando llegué a la abertura vi a la vaca y entré a la nueva cubierta, una terraza deliciosa con trazas de un diseño más nítido, definitivamente más burgués, menos pretencioso, de un notable buen gusto que no terminaba de replicarse en los ambientes que nos habían asignado. Detrás del lomo de la vaca llegaba a ver el agua, el barco navegaba a una velocidad ínfima por una zona ribereña en la que se superponían los juncos y el inicio del camalotal. Seguí la línea que dibujaba el espinazo y llegué a la cabeza; rumiaba, claro, era una vaca, rumiaba sin gesto, era una vaca. Seguí la línea y alcancé a ver una mano blanquísima y pequeña que iba y venía en un plástico vaivén; continué la línea de la vista y llegué a una gran bolsa transparente inflada de esos chicitos baratos de todos los colores con que atiborran a los niños en algunos cumpleaños.

Seguí y pude ver más adelante a una muchacha delgadísima y extraña, Amneris estaba echada en uno de los sillones de mimbre con la mirada hacia el río mientras llevaba la mano hacia atrás e iba de la bolsa a las fauces para alimentar con esos snacks ordinarísimos a la vaca, que no paraba de babear tintes verdes, anaranjados, violetas.

La indignación de ver ese cuerpo echado en el sillón, con las piernas plegadas sobre el asiento, la indolencia de su mirada, la indolencia de sus lágrimas —Amneris lloraba o algo parecido—, la indolencia malvada y distraída de esa mano ofreciéndole chicitos a una vaca.

—Sos una tarada —dije en voz alta, para que me escuchara. Me di media vuelta y me fui.

Cuando emprendí la marcha para volver sobre mis pasos la ofuscación me hacía respirar tan hondo que tuve que parar para sostenerme de las barandas porque pensé que me desmayaba. Estuve recogida un momento, recuperé algo del talante y logré aceptar que en verdad estaba fascinada: lo que acababa de ver era de una particularidad absolutamente deliciosa y haberme atrevido a ese paseo me prodigó una escena que no hubiera visto de haberme quedado quieta. ¿Vacas tienen en el barco? Taradas ya sabía, actrices, poetas, artistas visuales, cronista, ¿pero una vaca? Como si con nosotros viajara una familia patricia que asegura la leche fresca para su prole parásita y esa tilinguería fundacional que les delata una conciencia tan cache como los chicitos multicolores.

Empecé a respirar tranquila y me dediqué a repasar la escena, el paisaje ribereño, el río manso, el animal manso, la hora y su luminosidad mansa, el mimbre del sillón, los listones claros del piso, la muchacha indolente, su mano blanquísima, su llanto sin mohines, sus lágrimas sin dolencia. Una obra que venía a reparar años y años de confusión y equívoco, de vergüenza por la falta: quién es quién, quién el más impresionista, ¿quién el precursor, quién el más puro? Una obra que juntaba finalmente a Manet y Monet en un lienzo que conservaba lo más dichoso de cada uno, la deslumbrante representación de la luz en los paisajes difuminados y la figura

humana, el retrato en la escena social, de pinceladas firmes y colores bien marcados.

Me solté de las barandas, di la vuelta y empecé a regresar. Cuando estaba en el vano de la entrada me tomé unos segundos para mirar otra vez la escena, la vaca ahora ofrecía sus cuartos traseros hacia mi dirección, revoleaba pesadamente la cola y la tarada se había erguido un poco en el sillón, se sonaba los mocos en el ruedo del vestidito y dejaba ver la piel transparente de sus muslos y su vientre y una bombacha de flores arratonadas, grande y antigua.

Levantó la vista y me descubrió, me acerqué para sentarme a su lado e investigarla un poco, proponerle algo de charla. Amneris me dijo que se llamaba Amneris y volvió a sollozar, me contó que estaba aterrada, que esa tarde debía inaugurar el interregno artístico, que había sido sorteada mediante un bolillero fantástico pero que ella no tenía suerte y que, claro, la única vez que había ganado algo era esa, la vez de prorrumpir con su arte frente a un público que la angustiaba. La adobé con palabras idiotas, le pedí que me contara cuál era su número y la llevé hasta mi camarote para ponerle debajo de la lengua tres glóbulos gordos de *Lycopodium*.

Pareció calmarse un poco, le pedí que me dejara sola y le recomendé un rato más de sol antes del almuerzo, que tomara grandes vasos de agua de a sorbos pequeños; cuando se iba por el pasillo entre las puertas de los camarotes la vi chocarse contra todos los picaportes.

Esperaba encontrarla en el salón comedor para el almuerzo, pero no la vi aparecer; la comida de los mediodías era un trámite decididamente menos sofisticado que el de la noche, el tono general

era afable y más calmo, con tanta luz las criaturas vampirescas del mundillo todavía se mueven somnolientas. Eran las primeras jornadas y yo ya había logrado que me temieran o que, por lo menos, no supieran cómo abordarme, de qué cosas podían hablar conmigo. Que hubiera un clima de camaradería resultaba un salvoconducto para mí, los grupos se fortalecían y, por tanto, las enemistades no declaradas también. Todos celebraban el disfrute por lo compartido y recelaban las zonas más cenagosas, cualquier incomodidad, cualquier postura. Me sentía a mis anchas, la reina del postureo, incomprendida e incomprensible. Este viaje lo tiene todo para mí, un laboratorio de ensueño: frivolidad y desprecio, chismorreo fortísimo y larvado y la más pura curiosidad, un erotismo descarado e imprevisto. La mar en coche.

En el almuerzo tampoco aparecía Barrios, los camareros diurnos eran más jóvenes, menos formales y solo se encargaban de las bebidas; cada comensal debía llevar su plato a una enorme mesa central y servirse a discreción lo que gustara. Los manjares eran ridículos, platos decorados como en las revistas de cocina de hace décadas, áspics, carnes arrolladas con ensalada rusa, albóndigas grandes como criadillas, timbales de arroz con aceitunas y tiras de morrón. En el primer almuerzo me topé con una fuente ovalada con un domo cubierto de mayonesa malamente untada y coronada de choricitos también de mayonesa como si fuese una pasta frola. Cuando leí la tarjeta que indicaba qué era —todos los platos tenían esa señalización con inscripciones escritas a mano—, solté una carcajada estruendosa pero amable, para nada sardónica, tal vez la carcajada menos oscura del viaje. Tan así fue que muchos comensales se acercaron con espíritu festivo para compartir el

momento y enterarse de qué era lo que había motivado mi felicidad intempestiva. Todo se disolvió cuando señalé el cartelito de la fuente que tenía por delante, la incomprensión volvió a reinar, era evidente que esa era una fiesta epistémica solo para mí, un signo que yo hacía hablar solo para mí. Seguramente una marca más de mi angustiante y liberadora decisión de autismo.

Mayonesa de ave, decía, cruel en el cartel, el plato que me devolvió la risa y definió mis almuerzos en el río, un plato de mayonesa de ave y una botella de soda Estambul helada todos los mediodías.

Esa misma tarde, horas después del almuerzo, pude comprobar en espíritu y en carne el augurio de las libélulas. El aire se volvió eléctrico y cada una de sus moléculas pesaba sobre la piel como el cuero de un bisonte recién desollado. Es absolutamente increíble que las fuerzas naturales sean tan caprichosas como Afrodita y tan intemperantes como Zeus; el cielo terminó de encapotarse de pronto y el paisaje pareció disolverse, todo era pálido, la superficie del agua alrededor del barco y en la distancia, los juncos y las quebradas más allá de las orillas, el ambiente se volvió gris. Tenía decidido pasar la hora del té sentada en uno de los grandes sillones de mimbre de la cubierta superior bebiendo ginebra de mi petaca y leyendo tranquilamente al amparo de la naturaleza. Había elegido un volumen de esa poeta norteamericana cuyos poemas están poblados de conejos y de pájaros y de mariposas —y de reflexiones lúcidas— que en nuestro medio circula tanto y a mí me llena de furia y de imaginaciones de inframundo, para lograr atenerme al plan que me había impuesto por primera vez: leerla antes de criticarla.

Sabrás que no pudo ser: la lluvia había comenzado y era copiosa, el mundo natural pasó del gris al peltre, como mi petaca, y el barco se sacudía de manera ostensible. Un quejido horroroso bajó del cielo, el desgarro interminable de un género que cubría al mundo cambió la velocidad de todo y todo se iluminó repentino y fugaz. En

un segundo, cielo y ambiente se oscurecieron, el agua se picó violenta y empecé a inquietarme. Mucho.

Por el dolor en las muñecas me anoticié de que me agarraba exageradamente fuerte de los apoyabrazos del sillón y que mis habituales palpitaciones se hacían más feroces y más espaciadas. A esa altura ya estaba empapada y no distinguía exactamente si del torrente que bajaba del cielo o de la marejada que trepaba a la cubierta. En uno de los corcoveos del navío el libro de la poeta —ya voy a recordar su nombre, pero descuento que sabrás al instante de quién estoy hablando— salió despedido de mi falda, y su festival de criaturas dulces se hundió en el Paraná sin flotar siquiera un segundo. La lluvia no era lluvia y una nube de libélulas frenéticas, te garanto, es mucho más que un augurio de precipitaciones, bicho funesto; la lluvia era una cortina sólida e impenetrable como la Muralla china. Sola en la cubierta ante el temporal, empecé a preguntarme si este buque de paseo podría resistir los embates; estaba aterrada y no podía salir de ahí porque temía resbalar al levantarme, caer al agua en uno de los empellones y perderme en el río para siempre. Por fortuna el sillón estaba clavado a los listones de Eslavonia, pero pude ver la precariedad de la existencia pasar ante mí como en un cinematógrafo. Te aseguro que fue fantasmal, al momento en que percibí esa cinta de imágenes animadas que se me ofrecía como una revelación, la furia del río, la furia de la naturaleza estaban completamente desbocadas. Sin embargo, la misma proyección, la misma cinta se desplegaba a una velocidad infinitamente menor, parecía manifestarse a la vez solemne y suspendida en el tiempo. El cielo tronaba y las ráfagas cambiaban la dirección de la lluvia de manera intempestiva. Empecé a sacudirme

por arcadas muy profundas y me entraron unas ganas tremendas de vomitar, ¡santo remedio!; vomitarme encima ni loca, prefiero que levanten mi cuerpo carcomido por las palometas con un mediomundo desde el más putrefacto resumidero antes que aparecer con el canesú vomitado a la vista del pasaje y los marineros y el capitán. Todavía no entiendo cómo hice, cómo pude aferrarme a todo para no desaparecer, pero me levanté del sillón como una saeta y llegué a mi camarote chorreando lluvia y chorreando río; cerré la puerta, con la mano me despejé el pelo de la frente, me bebí la petaca de un solo sorbo y no llegué a acostarme, caí rendida sobre un tapete de oveja a los pies de la litera.

Al día siguiente amanecí en el piso todavía húmeda, pero de lo más repuesta y aliviada; sin peinarme ni cambiarme para nada fui a desayunar, en el camino aproveché para sacarme las hojitas y las cintitas de pasto que tenía pegadas en el pelo y en la cara. El sol resplandecía y la calma era absoluta, como en uno de esos poemas enervantes de la norteamericana; las terrazas estaban bastante revueltas y un grupo de marineros rasos se afanaba por reparar y ordenar un desastre que no parecía de gravedad. Cuando pasé por la cubierta superior vi al capitán indicando al personal de ordenanza cómo arreglar los huecos y lijar las astillas de parquet que salían de los agujeros del piso donde estaba amurado el sillón de mimbre en el que me había sentado durante el temporal. Se conoce que la garra malévola del río se lo había arrebatado al barco en la oscuridad de la tormenta.

Me senté a desayunar y pedí de todo: lonchas de jamón con mermelada, pan con chicharrón, tostadas con manteca, huevos

pasados por agua, frutas con crema, tarta de manzanas. Cuando tuve todo en la mesa me di cuenta de que la sola visión me saciaba; tomé una taza grande de café bien negro, lie un cigarro de tabaco crudo y lo fumé tranquila en la mañana espléndida mientras el río me atravesaba.

Vuelvo a lo de Amneris, donde había dejado antes del diluvio; no sé bien qué fue eso que hizo, eso que vimos, y tampoco sé cómo organizarlo para contártelo, supongo que la más pulcra linealidad puede servir para tal fin, aunque qué patético tener que desenroscarme para que se entienda el relato. Voy a confiar en que esta parte del texto será escueta o que a medida que avance irá encontrando su forma fecunda; no es que necesite una forma fecunda, ya lo sé, y qué espanto esa idea para un texto, solo estoy tratando de ganar tiempo, pero, como ves, me estoy perdiendo. A propósito, la marcha de esta catramina extraña es la muerte, vamos a dos por hora en un río tan manso que exaspera y, parece mentira, el clima general es apacible, salvo los momentos de bochorno y el bicherío casi constante.

En fin, la cuestión fue más o menos así, el número vivo estaba programado para las siete en una de las cubiertas más grandes, un espacio que no está nada mal y que en uno de los laterales se encajona a unas ventanitas diminutas que no sabemos bien a qué dan. No son camarotes, no son cuartos de servicio y son demasiado visibles para que resulten cuartos de máquinas o espacios de quehaceres de la tripulación. Habían armado una especie de hemiciclo con sillas de madera con almohadones finos recubiertos de lino crudo. Contra las ventanitas quedaba un espacio circular en el que dispusieron una tarima no muy alta con una silla Thonet de

esterillado impecable. Aquí y allá había cosas, supongo que eran pertenencias de Amneris para su actuación, pero nada, ningún objeto desentonaba y a mí me subían los calores de una sulfuración creciente. La ambientación, el hemiciclo, las sillas, la tarima, todo parecía recuperar el aire de uno de esos vapores de ruedas del Misisipi de finales del diecinueve y me sacaba de quicio pensar en que habían armado esa ordinariez para enmarcar las representaciones del pasaje. El consultorio de una cosmiatra de obra social tiene conceptos estéticos más desafiantes; esto no es un vapor del novecientos, este barco es un monstruo que a fuerza de aparentar está muerto.

Amneris apareció frente a un auditorio ansioso que colmaba las sillas, se sentía una bonhomía, una suspensión de la mirada torva, una inocencia tal vez un poco sobreactuada, pero, aun así, y tal vez por eso mismo, digna de ver. El cuerpo de Amneris era otro, estaba tenso, suelto de ese amarre a la inadecuación que tiene siempre y la vuelve insoportable, transparente. Entró al espacio en plena posesión de su criatura, una presencia tan física y tan aurática que debías recordarte el artificio para no perderte el texto por una fascinación insólita. Y el texto, creeme, amiga querida, era lo incalculado, lo impredecible, un texto. No había ni la más mínima traza de voluntad, ni de relato, ni de poética, ni de narratividad, ni del desquiciante tufillo experimental, ni de decisiones ajustadas. Lo que estaba pasando ahí, en medio del río, con ese fondo de selva desmayada y opaca, en esa tarima frente a nosotros, era un texto.

Creo que no estaba preparada para eso, creo que un poco nadie allí, ninguno de los presentes sospechó que su expertise para el roce y la camaradería de artista iban a caer ante el número de esa chica

esmirriada y tonta. Y no deja de resultarme un poco humillante que me siga sorprendiendo esa dinámica pretendidamente antagónica entre el objeto y el sujeto, entre la cosa y quien la habilita o pone su máquina al servicio de que aparezca, pleno de ínfulas de autoría y pleno de posesividad. Pero la tarada estaba ahí y ella misma y el mismo aire que la rodeaba eran la cuestión, ella misma y ese momento de hibridación, de una temporalidad distinta, eran el texto.

Yo iba a tener que recoger las partes de mí desencajadas por ese imprevisto y volverme al camarote a que el descanso me rearmara convencional, o seguir la marejada de lo que el efecto Amneris me había hecho, una especie de desujetamiento, una conmoción que me dejaba, por lo menos por un rato, sin mis espléndidas armas para categorizar esto, eso, aquello. La emancipación era posible, lo imposible era posible, solo una tarima —i¿cuántas veces voy a descubrir lo descubierto?!— ofrecía la posibilidad, la suelta del corsé que asegura un perfil para deambular en la incerteza. Amneris Chacón; sí, Frau, hasta ahora no te había habilitado su apellido porque me resultaba penoso escribirlo, penoso pensar esa condena para una tonta, cargar la pieza de Courbet como una cruz sobre la espalda, para siempre. Pero fue Amneris Chacón sobre la tarima, Amneris Chacón, oblicua sobre ese espacio en fuga del teatro, la que trajo la perspectiva, una diagonal en esta cardinalidad absurda.

Quisiera seguir con esto un poco más, participarte de este merodeo un poco más, preguntarme si entonces para mí el teatro es finalmente el arte de las artes, si ese rito absurdo e indestructible —y muy a pesar de sus orfebres— es la única posibilidad cierta de la diagonal, posibilidad para que la entrada del prójimo haga alguna interferencia en la tragedia vertical y psicótica de una con una

misma, o con dios, que es la misma obcecación, el mismo solipsismo.

Sin embargo, me temo que si sigo por esta zanja la carta se encamina a un naufragio total y pretencioso, a un muermo completo. Voy a continuar el merodeo por mi cuenta, si es que puedo, fuera de aquí, si no me ganan el vagabundeo y la fiaca, y en todo caso, prometo contarte más, si es que hay lo bastante para eso.

Vuelvo al final de la función de Amneris: el aplauso fue cerrado y sobre nosotros se cernió una melancolía promovida por la humedad imposible del ambiente, por la luz desesperante del atardecer, por las bandadas de mosquitos como estorninos que se alzaban a nuestro paso desde las islas circundantes. El aplauso fue cerrado y Amneris lo soportó sin sonreír, sin ningún movimiento automático de los pies o de las manos, sin ninguna fuga; una operaria admirable.

Los camareros empezaron a circular con bandejas de esas copas de champaña rosé y frascos con lociones y pomada de citronela, limón y eucaliptus. Otros tripulantes ofrecían gorras y sombreros con velos de gasa; la decisión de seguir la reunión, de recibir el anochecer en la cubierta, parecía parte del diseño antes de que abrieran el salón comedor para la cena.

Yo buscaba a Amneris con la mirada y sorteaba como podía los gestos de invitación a la charla, sabés lo que disfruto hacerme la aturdida y la lela en esos momentos, cuando la demanda es voraz y todo acercamiento es una posición que pretende consolidar influencias o promover nuevos cálculos de a quién es conveniente apropincuarse y conocer.

Amneris no estaba, o se había desleído rápidamente después de su performance; deambulé un poco para encontrarla pero no la veía y me costaba mucho seguir entre los artistas. Se me ocurrió que podía haberse ido con la vaca y salí a buscarla, crucé los puentes de madera, las diferentes terrazas, pero no aparecieron ni ella ni la holando; era raro pensar que el animal iba a estar en la cubierta como pancha por su casa, supuse que debía estar en una de las bodegas y apenas supuse eso, mi cuerpo empezó la cacería. No recuerdo cómo llegué, las encontré ahí en una casi total oscuridad, Amneris estaba sentada al lado de la vaca, en un banquito de ordeñe, con la mano apoyada en el lomo tranquilo del bicho y los ojos cerrados en la poquísima luz diagonal que entraba por unas ventanitas en lo alto. Me paré a su lado y le dije:

—¿Qué es eso que hiciste?, quiero que me muestres todo.

Frau querida, me debato en este momento en el que el clima sobre el Paraná también parece debatirse; es completamente alucinante lo que le pasa al aire, hay una tensión espantosa que, ya entendí, a veces precipita y a veces deviene en nada. Por suerte es la tarde, si algo así ocurre en las horas de la noche lo que sucede es tenebroso, supongo que ya te contaré de eso también, hay bastante, lo suficiente.

Este paisaje es inverosímil. Mejor dicho, mis posibilidades con este paisaje son burdas, aquí la narración no se acumula, no hay progresión ni cronología pasibles de ser leídas, no con la sofisticación de mis rudimentos; mi biblioteca y mis pareceres se diluyen irremediablemente en este mundo. A cada tranco de esta nave se impone: no sé leer, no sé leer.

Y ya sé que leer no se sabe, Frau, ya lo sé. Pero. No sé leer.

Voy a intentar lo que desprecio, contarte de manera lógica este suceso, voy a intentar la poca floritura, qué risa, llegar hasta el medio del río para naufragar, para organizar mi ignorancia con la herramienta más brutal, más idiota y más clasista que conozco: el relato.

Mientras te escribo, una manada de ondinas se nos adelanta por estribor; cuando termina de pasarnos y sus ondas llenan lo ancho del río, dan vuelta la cabeza, la levantan como si me miraran, me

muestran sus caras romas, sin ojos, y abren la boca de colmillos finísimos y oscuros.

Hace un calor demencial, una humedad insólita, como si esta parte del planeta no hubiese estado diseñada para la vida humana. No es posible vivir aquí y menos pensar en los términos de la especie y la reproducción; es tan miserable reptar sin esperanzas que es ridículo imaginar que alguien hubiera logrado alguna voluntad para construir. Lo que percibo como anhelo es más bien un dejarse morir, echarse ahí, en cualquier sitio, darse al sueño alucinado de la aniquilación, que el jaguar del meteoro sea ejecutivo y la garra y la mandíbula resuelvan pronto. Hace un calor demencial, un calor de novela, un calor de entenado, si me disculpás la antigualla, el conservadurismo.

Frau de la glaciación, Frau de la muerte mitteleuropea, Frau de la imposibilidad esteparia, Frau de la elegancia como el rigor mortis del modelo inexpresivo y la cruel desafección.

Calor demencial, acá no es allá, acá no es ninguno de esos allases de la gramática a la que vinimos, de la moral que finalmente desplegaste para mí y torció para siempre mi rumbo, mi destino.

Esto es acá: lo ignorado, lo incomprensible, lo incalculable.

¿Y qué es acá, Frau?

Acá es un calor demencial.

Pero un buen rato ha que no hay bichos, el pasaje se retrajo a sus camarotes y tampoco se ven consignas, la chancha es una nave fantasma que deriva en una sección del río de orillas pelandrunas. No se escuchan ni los motores, ni la rueda gigante que escancia el agua desde lo alto en el culo de este bote, nada, ni siquiera llegan las voces de los pájaros desde las islas. Tras las ondinas el río parece

sólido, un mármol pálido y marrón; solo un surubí de panza hueca y bigotones pasa pudriéndose solitario. Por popa y a babor se acercan formaciones de cumulus altísimos con lamparones plomo oscuro que penden como vientres capaces de parir al mismísimo Luisón, que vaga por el cementerio y rasca la tierra fresca para alimentarse de cadáveres. Es imponente, todo. O por suerte, no todo, por suerte se abre una grieta, por suerte la secuencia se interrumpe y Barrios atraviesa la cubierta de proa sin percibirme, echada en mi reposera dos terrazas más atrás. Barrios camina suave como si no pisara los listones de Eslavonia, como si ese mástil moreno de casi dos metros levitara en esta atmósfera. Barrios atraviesa la cubierta de proa sin siquiera atisbar y se impone, es imponente y va a lo imponente, son solo él y el Paraná en sus ojos; Barrios camina casi desnudo, desnudo el quebrachal de su piel lampiña, varón maduro de testosterona en guerra y culo hermoso. Lleva solo un eyelit de color indefinido por el uso, ¿verde agua?, ¿marrón?, ¿celeste plomo? Lleva solo un eyelit de algodón derruido por el uso y por una constelación de gotas de lavandina, que le chinga por todos lados y por todos lados se le vuela y se le acomoda como el taparrabos de un tarzán chorote. Barrios aparece ante el Paraná aparecido, seguro de que no va a cruzarse con nadie, y cuando llega al borde, cansado de batallar contra el infierno, indiferente como el mozo que cumple su tarea ante tilingos, salta al chapuzón que lo desaparece por un rato. Por un buen rato en el que quedo muda de mí como a los trece, cuando un peón del campo de Nenucha, esquilador y tuerto, me llevó la mano a su pene hermoso y fulgurante, con olor a pis fresco.

Barrios va a volver repuesto, chorreando Paraná, a esconderse en su camarote compartido y cuando atraviese la cubierta dos terrazas

más allá de donde está mi reposera va a darse cuenta de que lo miro y que mis propios ojos me derriban, van directo hacia allí donde el slip lo muestra entero. Esa noche Barrios va a cantar una polca correntina acompañado por la verdulera de un alemán del pasaje y no sé cómo ni en qué circunstancia del festejo semanal de todos los artistas va a acercarse a mí y va a decirme cerca de la cara con su voz de tinto tranquilo:

—¿Quiere que la coja? Mire que yo no tengo problema.

Y yo voy a temblar y voy a ver pasar mi vida como una película y no voy a pensar ni voy a decir nada y antes de irme voy a mirar el minuet de los que bailan en el salón, bebidos y con los hombros transpirados y dulces y hermosos y confundidos, con un anhelo irrefrenable de besar a sus vecinos de baile y desnudarse y echarse a dormir en medio del coito general y las luces bajas.

Y esa noche, Barrios, tras la celebración alegre de las bacantes en el barco, va a emprenderla y va a golpear la puerta de mi camarote y ante el permiso de mi voz apagada va a entrar, va a bajarse el pantalón e inmediatamente erecto y sin buscarme la boca con la lengua ni bajar al pozo encharcado va a penetrarme como un misionero rítmico y autista mientras el cardumen gordo de las ondinas va a salir del agua negra y se va a hacer un festín con una familia de carpinchos que duermen mansos en los terraplenes un poco alejados de la orilla.

Y yo voy a oler semen y voy a oler a semen y voy a embadurnarme después de ¿cuánto?, ¿algo más de cuatro décadas?, y voy a quedarme así, ojos despiertos, hasta la mañana.

Frau, si no estuviera casi muerta danzaría en las mil cubiertas del edificio andante en este anuncio de fin, de tragedia, en esta calma de mal agüero; dicen que va a llover otra vez y no sé si quiero.

Por eso te escribo carta, casi muerta, como siempre, te escribo.

Para el almuerzo, previo a la mayonesa de ave y la Estambul helada, vine al salón comedor y unté al pobre pibe que ponen a fungir de *maître* para que me dejara pasar y sentarme un rato, antes de que abrieran. Acá está fresco y me resulta agradable echarte unas líneas mientras la coreografía de los mozos se despliega silenciosa alrededor, es hermoso verlos trabajar sin mirarlos, saberlos concentrados en su faena me permite escribir con tranquilidad, sin la paranoia constante en la que vivo en medio de tanta demanda.

Esta mañana, cuando promediaba el desayuno y yo seguía a Barrios con los ojos, lo veía servir a los comensales con esas cafeteras plateadas con asa larga de madera; el capitán Petzold entró al salón, se paró en el medio y habló con el pasaje. Deberías haberlo visto, Frau, un Franco Nero petizote, abatido y panzón, con el traje reglamentario y la gorra, una estampa de blanco arratonado y pasado fastuoso que resulta repugnante y sexy. Tiene la piel opaca y la barba rala, nunca lo vi sin la gorra, que creo un bisoñé que le conserva la imagen. Cuando habla muestra un entusiasmo divergente, comienza la frase con ímpetu pero al terminarla tiene un gesto descuidado de hastío hasta que vuelve a empezar, hasta que vuelve a prorrumpir. En medio de su perorata se dio vuelta, tuvo la delicadeza de moverse para dirigirse a todos, y el saco del uniforme se le tranca en los flancos de la espalda baja; lo que de frente

mantiene algún estilo, de atrás lo hermana con quienes estamos hartos, agotados, carcomidos por la ira.

Repitió las formalidades de la bienvenida, los objetivos del viaje y de la residencia, nos instó a escribir en el libro de visitantes las sugerencias que se nos ocurrieran y enlistó una serie de puertos, de comunidades, de atracciones silvestres que visitaríamos. Solo hacia el final de su alocución pareció atravesado por una apasionada y también apática ternura cuando se refirió al barco. Mientras hablaba su voz se retraía y su cuerpo parecía encogerse, abandonar la impostura de capitán, se veía como un tipo bueno, no sé, un tío, un ferretero de barrio o un sereno, uno de esos tipos que los sábados a la mañana manejan su chata para hacer fletes. Contó que encontró al Molly Aída hundido en lo profundo de la selva peruana, entre lianas y helechos gigantes e insectos nunca vistos, en un viaje con antropólogos franceses y ecuatorianos que estudiaban comunidades aborígenes que pasaban toda su vida en trance por consumir plantas maestras diariamente desde el segundo posterior al nacimiento hasta el instante anterior a la muerte —qué gente loca también los indios, dios mío, qué fiaca—.

Cargados con mochilas enormes, casi perdidos en esa expedición y caminando sin demasiado norte con cayados de shihuahuaco, descendieron por un valle escalonado tapado de vegetación y al llegar al foso encontraron la nave de trescientas veinte toneladas encallada sobre pilotes y custodiada en derredor por un calvario de más de ciento veinte cráneos trepanados. El delirio incluía la invención de un desarmadero operado por una tribu aguaruna que despostó la nave y trasladó sus partes internándose en la espesura hasta llevarla a las costas del Pacífico colombiano donde el capitán

dirigió el rearmado. El acondicionamiento demoró tres años, en los que el director de la empresa desposó a una nativa y tuvo cuatro hijos. Cuando el Molly Aída estuvo listo lo botaron al mar y Petzold dejó Colombia y a su mujer y sus hijos para siempre.

Las caras del auditorio eran otro espectáculo, la transformación constante de las reacciones era de una plasticidad que hubieras disfrutado como loca, Frau; de una clase de sopor formal al principio, todos terminaron con las caras abobadas por la sorpresa. Yo misma me preguntaba si los cuentos eran producto de la malaginebra o del refinado opio o de alguien que como todos nosotros fracasaba en el intento de convencer y convencerse de que tenía algo para contar.

En un momento, uno de los de mi mesa, un fagotista del que tal vez te cuente más adelante, me guiñó un ojo y cabeceó casi imperceptible señalando al capitán con una mueca de sorna. No, no voy a volver a mencionarte al fagotista, qué estúpido, como si en ese momento pudiese haber existido alguien más sensual que quien comandaba la nave.

Me enamoré inmediatamente del *capo dei capi* del barco, me enamoré de Petzold y quise bailar con él en el medio del salón a la vista de todos mientras desde el gramófono sonaba Caruso.

Esto ya es un griterío, Frau. Sigo más tarde.

Comimos las macadamias que había guardado para el viaje y tomamos el licor de los Morixe Freixas del que no me explico por qué ella conservaba una botella en su valija; le convidé ginebra de mi petaca y me miró con horror. Era un anochecer brumoso y el calor del día nos había agotado; habíamos quedado en que me iba a esperar con sus papeles organizados, así me mostraba lo que tenía, en qué estaba trabajando. Cuando entré al camarote me encontré con una tienda hippie, encantadora y sucia, una nube especiada y deliciosa. Empezamos a hablar de cosas, nada muy suculento por suerte, la conversación derivaba amable y sin pretensiones. A medida que la luz se hacía opaca nos escurríamos sobre su litera en una especie de soponcio, un desmayo del que no quería reponerme. Ella encendió un Gauloises y empezó a fumar con gracia, con una elegancia que no le había descubierto, era una evidente criatura de *indoors*, de este lado desplegaba una comodidad con el planeta que no se le sospechaba en la torpeza con la que se manejaba afuera, en relación con los otros. Me descubrí interesada en esa chica, Frau, pero cada vez más desvitalizada y en una confusión que, sabés, no tiene nada de natural en mí. Me despertó un ronquido, uno de los míos, claro; cuando abrí los ojos ella dibujaba sobre uno de los manteles de papel del salón comedor con un Staedtler 9H. El contorno del dibujo era casi imperceptible, y aunque el trazo era vigoroso, el papel no se rasgaba, pero el dibujo era inútil de tan

imperceptible, una suerte de grabado a mano alzada. El cigarrito humeaba todavía, detrás de ella, en una latita sobre la repisa arriba de la cama.

Acerqué mi cara sobre su hombro y me enfrenté al dibujo:

—¿Por qué una mina tan dura?

Amneris siguió trabajando, no me respondió, pero de su cuerpo salía algún tipo de respuesta, me di por respondida tan naturalmente que me sorprendí; me senté en la cama lo más erguida que pude para evitar volver a rendirme al sueño y repetí, mecánica y mentalmente, la angustia corroe el alma.

Amneris recuperó el Gauloises y lo pitó con fuerza mientras miraba su dibujo, volvió a dejarlo en la latita y apoyó una mano sobre el papel como si lo leyera en braille. No me miraba, pero nunca la había percibido más comunicativa. La angustia corroe el alma, me repetí, y empecé a hablar. Maestra Siruela, discurseaba una pedagogía que Amneris por supuesto no me había pedido y claramente no necesitaba. Una pedagogía anacrónica y del tiempo en que las pulsiones eran las pasiones, los goces, todas nosotras éramos síntomas andantes y no el campo de maniobras del disimulo y el cinismo que finalmente se tragó a nuestro salón. Amneris no me daba artículo y seguía en su dibujo con concentración autista; no es que no me mirara, parecía que ni siquiera se anoticiaba de mi existencia. Igual, como si su desaire no hubiera logrado la más mínima ofensa, no pude detenerme y hablé.

A Irene la queríamos porque era mala. No era impune como Juana, no organizaba las comidas cruentas con jóvenes que lograban inscribirse en las listas con denominación de origen a cambio de aguantarla. Irene era mala, pero era la mar de buena y no obligaba a nadie. Y era pícara, una verdadera *prima donna* de la ofensa capaz de burlarse de las poetas nuevas que corrían espantadas del mote de poetisas y leían sus poemas arrasados de intención en las rondas que se armaban en los bares. Irene insultaba a viva voz, tiraba la piedra en el pequeño tumulto de los propios y dejaba la mano expuesta, blanquísima por su piel de zarina, en el único haz de la noche que aparecía naturalmente para seguirla. Piedra y mano, toda la secuencia, no había duda en la suma de los signos, esa criminal comparecía ante la severidad del juicio en una perfo que la exponía con tal entrega e inocencia que el crimen mismo la volvía tierna y admirable. Ni siquiera la víctima, ese tótem que nos impusimos adorar a toda costa con la cabeza gacha, alcanzaba para destronarla, ni siquiera la lapidación nos generaba alguna empatía con la vestal que corría a esconderse humillada.

Era la úrsula de todas, la más atractiva, la mejor. Repetía en voz alta, hiriente y burlona, alguno de los versos que escuchaba de esas chicas tratando de ubicarse en el mapa a codazos de una lírica habitualmente torpe, como hicimos todas, como hace cualquiera que necesita un lugar donde vivir, y su voz era un hierro incandescente.

Irene podía ser mala, pero era tierna y admirable. La queríamos por esa ternura, y porque era lóbrega y estaba resignada, un corazón desaforado y desatendido, aunque también inestable, podía volverse en contra de quienes la queríamos. Alguna vez fui su víctima en una escena en la que yo misma deambulaba con aires de burla por esa conmoción constante de las poetas, ese rigor mortis impresionista, esa cara de estar atravesadas constantemente por un holocausto, esa afectación que enmascara una coreografía de clase y deja sentado quién pertenece y quién se queda por fuera.

En nuestra generación eso era una peste, una pretendida hospitalidad que guardaba los colmillos hasta el momento en que ganaban la confianza y la comodidad y mostraba hasta dónde era posible alternar en ese ambiente sin desangrarse.

Esa vez Irene me expuso, sórdida, y me dio un espejo que por alguna gracia no me humilló, me ubicó en el lugar en el que no advertía que yo misma me estaba ubicando. Después de todo, y aunque practicáramos la soberbia como condición de pertenencia, casi todas éramos malas poetas, ¿no? Menos Teresa, claro.

Por suerte salí de esos círculos y me convertí, tal vez mucho antes de que me correspondiera, en una vieja loca. Mejor haber salido de ahí.

Las que vinieron después son poetas de un solo texto que llegan a la lectura convencidas de que son Katherine Mansfield y no necesitan siquiera actuar la turbia humildad de las nuestras. ¿Las viste? Terneras apenas destetadas con el gesto de un desprecio distraído, los párpados hipercontrolados, perezosos, entrenados en no mostrar la más mínima sorpresa, la más mínima mendicidad de atención. En todo caso, malevolencia y resignación, por más que

hayan sido nuestra vitalidad, nuestro erotismo, tampoco parecen haber sido una buena estrategia para salvar el retén. La cueva se lo traga todo.

Mejor haber salido de ahí, aunque haya quedado atascada entre muebles mal dispuestos en una sala deshabitada y llena de esta carta que no, Frau, no voy a mandarte.

No somos muchos, pero de entre los artistas visuales del pasaje hay uno adorable (lo que extraño tu sorna y tus disquisiciones acerca de cuál era el ambiente más pantanoso, lo que extraño la época en la que lográbamos colarnos a las *vernissages* cuando ofrecían copetín, lo que extraño todo eso no tiene nombre).

Emilio es de los pocos a quienes ya conocía cuando nos embarcamos, a quienes había seguido a través de los años con interés y con distancia casi absoluta. Me sorprendió verlo, ¿qué hacía acá un tipo con su trayectoria? La respuesta no tardó en llegar, lo mismo que yo, tramitar proyectos personales, subsidios que exigían pasar por alguna experiencia de este tipo para destrabar apoyos dinerarios o institucionales, algo así.

Él también sabía quién era yo, aunque ni aquí ni en las reuniones previas me reconociera ni hubiera mostrado ningún signo de interés. Ni siquiera nos saludábamos a lo largo del tiempo cuando nos cruzamos eventualmente en los pocos espacios con alguna intersección que ofrecían los amigos comunes o esos planes malhadados en los que a alguien se le ocurre la idea absurda de la interdisciplina. Quizá él no me registraba porque estaba demasiado preocupado en su tarea y en su rumia; yo, por lo habitual, una mezcla de orgullo y timidez —después de tanto, lo escribo claro aquí, Frau, y prometo no volver sobre esto, mi semblante fue nada más que una represión colosal tiznada de soberbia—.

Emilio es un tipo grande que anda siempre por los bordes, solo, recolectando cosas, amable y escurridizo, un tipo perfecto. Es escultor, pero también pintor y acá lo tratan con una veneración distante porque todos saben que también es un maestro, alguien que piensa su oficio y tiene cosas publicadas acerca de su tarea y su relación con el mundo y con la historia.

Estuvo todo el día concentrado en su trabajo, una masa informe que parecía supurar, y mezclaba materiales de manera caótica y, ciertamente, no bella. Pasé varias veces por las cubiertas aledañas haciéndome la distraída para observarlo, me quedaba quieta, parada en los vanos entre las terrazas, lo miraba hacer sin prestarle demasiada atención y sobre todo sin moverme para que no me viera. Emilio había pedido que clausuraran el espacio así podía montar su obra tranquilo antes de la presentación; a los artistas se les concede todo cuanto piden si es en pos del evento fundamental de la residencia. Mientras manipulaba los materiales incompresibles con una precisión indómita, movía los labios como profiriendo conjuros o dando la puntada final que encadenaba lo desperdigado o masticando pequeñas esferas de materia para triturar la idea de la representación, el infierno contra el que vivía endemoniado. Estaba atravesado por esa locura e invertía las horas sobre el barco en lo mismo que dedicaba su tarea de maestro y mentor desde que había logrado notoriedad. La captura del arte por lo representable lo ofendía, sostenía que el arte era el real, lo imposible de sujetar y no resultaba raro verlo, dulce como era, con un gesto de amarga desconfianza cuando circulaba entre los artistas más encumbrados y los galeristas más carroñeros.

Solo en la cubierta, Emilio trabajaba concentrado y de manera continua, su despliegue no era febril, pero era constante y se detenía, de tanto en tanto, a mirar el aire. Despejaba los ojos y parecía evaluar condiciones que yo no percibía, como si su espíritu la emprendiera en tareas descomunales, calcular el volumen de aire de una parcela del paisaje, identificar con precisión las interrupciones del horizonte, la línea donde según él efectivamente comenzaba el cielo. Decía que nuestro hábitat en verdad era ese, que éramos criaturas aéreas, estelares, y que lo desconocido para nosotros era la tierra, lo que estaba por debajo, un contacto constante, pero tan inadvertido que quedaba por fuera de nuestras posibilidades de simbolización. Decía que el orden vegetal era la presentación, la condición de posibilidad de la vida en el planeta y que allí había una pedagogía que ignorábamos por el gobierno estúpido de la idea, del raciocinio. Decía que los animales eran mediadores y que todos, incluso los pájaros, incluso las aves y las ballenas, reptaban entre la tierra y el espacio y así los integraban a una experiencia absoluta. Que el planeta no necesitaba particularmente al género humano, o lo necesitaba para un fin interruptor específico, que lo realmente vivo era el universo vegetal y sobre todo su creación, el aire, la máquina constante con la que la conciencia experimentaba y se investigaba a sí misma.

Emilio estaba triste y yo aproveché los ratos en los que lo espiaba para pensar acerca de eso, acerca de la doble condición verbal, lo esencial y lo ontológico, pero también lo imprevisto, lo situacional. Y pensaba que en ese hiato entre lo ontológico y lo situacional pasaba lo más importante y, en todo caso, lo más críptico o inefable que en

verdad nos sucedía. Y que sí, esa era la cuestión. Ser triste, estar triste.

¿A qué corresponde esa tristeza inmutable que paradojalmente también refrendan las carcajadas que se le pueden robar al tiempo en ocasiones, a las amigas y los amigos, a las contingencias y a los encuentros, a las ocurrencias, a la amargura de reflexionar por el sentido, de creer que agregar más y más sentido no es otra cosa que alejarnos mortalmente de la acaso miserable conmoción de estar vivos?

Me parece justo decir que Emilio estaba triste, que solo era su manera de estar, pero que en verdad había un espíritu alegre que vivía en él y más allá de él, un espíritu que jugaba con todo y con todos y que probaba cosas y que después las destruía y que volvía a probar formas que después derribaba y que en verdad, para él, todo era curiosidad y alegría.

Y también pensé que somos existentes, que deambulamos perdidas por el inconsciente, el campo vastísimo del vacío en el que no hay distinción entre vivos y muertos y todo es una Babilonia, una materia oscura que supura como las esculturas de Emilio, como la tristeza de Emilio.

Mientras tanto él iba y venía, pisaba los materiales de su trabajo como si su peso no los descompensara y no arruinara el total de su obra, se asomaba por babor, pescaba con la mano un pedazo de alga, un rizoma suelto del camalotal, la carcasa pelada de un surubí devorado por las palometas, volvía a su campo y probaba y descartaba. Hacía convivir metales oxidados y líneas de precisión absoluta con materia orgánica, restos, formas que extraía de los

tachos de basura en la cocina, una papa a medio pudrir y un perfil de acrílico.

Me daba confianza verlo trabajar concentrado, saber que sin hablarnos, sin tener demasiado vínculo más que compartir el viaje en esta chancha absurda, también compartíamos la tristeza y todavía nos sostenía una alegría que ni siquiera sospechábamos.

Esa tarde le tocaba el turno, esa tarde en la cubierta de las manifestaciones iba a tener forma su cruce de medios y soportes, de materiales, su fusión de vivomuerto, de orgánicoinorgánico, de experiencia y no mera contemplación. Esa tarde, su afán por enlazar cosmos y piltrafas, por advertirnos preocupado que el arte debe ser presentación en el espacio y no representación imaginaria, que la obra aparece y desaparece porque es situacional, y no conciencia, iba a darnos un momento inolvidable en este viaje.

Entre el pasaje, los artistas residentes y los encargados que la Fundación consignó para administrar el viaje, pasó algo, todos rodeamos la obra y no podíamos dejar de mirarla en relación a su autor, que deambulaba en la cubierta por fuera del círculo de nosotros. Emilio caminaba en ese extrarradio mientras descubríamos la obra, pero nuestra atención, nuestra mirada ciega estaba en su cuerpo flaco, que trazaba líneas abstractas en relación a la escultura, como si todo hubiera sido una gran circunferencia. Algo así pasaba también con la luz del atardecer, los rayos transversales del sol jugaban con los volúmenes y las oquedades del objeto y lo proyectaban más allá de sí con una materialidad efímera hecha de luz y sombra. Emilio caminaba lento en círculos desprolijos y el sol dibujaba sus líneas y todo configuraba un diagrama abstracto, algo que problematizaba la idea de plano y lo convertía en una topología

de eslabones y nudos y ochos recostados, un campo en todas direcciones, esférico y feérico, matérico, radiante.

Estábamos juntas con Amneris, paradas como todos en esa pequeña multitud, en un momento ella me buscó la mano y yo busqué la mano de mi compañero al otro lado en el tumulto de espectadores; fue un reguero, nosotros mismos eslabones en una cadena de voluntades, todos nos tomamos de las manos. Por las aberturas también se asomaban los tripulantes, cada una de las almas del navío prefirió por un rato esa deriva, uno de esos ratos de los que nadie podría dar cuenta en los registros oficiales.

El capitán trazó una diagonal en la cubierta y caminó hasta ponerse a la par de Emilio para dar vueltas con él, tomados de la mano, acompañándolo en su determinación de calle de sentido único, como si en verdad lo estuviera rescatando. Después de eso paró y lo hizo parar, se puso enfrente suyo y le besó suave los labios, le palmeó los brazos mirándolo a los ojos, volvió a tomarlo de la mano y lo condujo hasta nosotros, que quedamos ahí, en el vaivén, hasta que los camareros empezaron el trajín de las bandejas.

Quedé aturdida y agotada y creo que casi todos nos recluimos en los camarotes y, por lo que intuyo debido a la cualidad del silencio que se posó en el barco, el sueño de esa noche sobre el Paraná fue hondo y fue profundo.

A la mañana siguiente nos despertamos con la noticia de que Emilio no estaba más con nosotros y nadie supo indicarnos bien qué había sucedido; el capitán se movía de un lado para el otro, evitándonos con pretendida liviandad y un gesto extraño, oscuro, un poco siniestro. A partir de ahí empezaron a correr rumores: que se había metido al agua en la noche y se había ido tras una manada de

ondinas, que se había bajado por sus medios justo después de su presentación cuando vadeábamos un estero, que saltó a un islote y se quedó parado mirando el paisaje sin tabiques mientras el barco a sus espaldas se iba sin que se diera cuenta, que el sortilegio de su obra terminaba recién con ese *grand finale*, con su falta.

¿Lo descubriste, Frau, pudiste recomponer el enigma, pudiste verlo ahora, después de tantos años de esas tardes en las que te hablaba de él sin sospechar que décadas más tarde iba a cruzármelo en el río?

Ojalá hayas podido, ojalá puedas verlo caminar en círculos entre vos y yo, entre nosotras; yo sé que voy a estar atravesada para siempre de un escultor alegre y triste que sale de escena.

Si no tengo todo lo demás, todo cuanto anhelo, creo que con eso tengo bastante. Lo suficiente.

Tuya
(y disculpame si no logro detener esta conversación, no
soy yo, es el texto al que sirvo).

p.d.: Más tarde ese día pude hablar con Petzold de lo sucedido. Hablar tal vez no sea el verbo indicado: busqué cruzármelo a solas en un lugar del barco del que no pudiera escaparse, para que me dijera qué había pasado. Logré capturarlo y se rindió enseguida, como si en verdad mi acechanza lo redimiera, le quitara un peso horrendo. No hizo falta que le dijera nada, vio la angustia en mis ojos y paró, se aquietó, respiró profundo:

—Quédese tranquila, señora —me dijo—, era un perno esto para él y lo arreglamos. Quédese tranquila.

Fue todo lo que necesitaba para que vos y yo podamos quedarnos tranquilas, ahora sabemos que Emilio anda caminando por ahí, o cabalgando por ahí, o nadando por ahí, o desangrándose por ahí. Y seguro que siempre un poco metido en la basura y siempre abriendo los ojos para mirar el aire.

Una tarde, después de coger, en uno de los días de franco de Barrios, nos acomodamos sobre el enorme ojo de buey de mi camarote, nos arrodillamos sobre las sábanas de mi litera para ver pasar el tiempo frente a nosotros. Fueron pocas las veces en que nos quedamos juntos después del coito; naturalmente no compartíamos mucho y ninguno de los dos parecía necesitar más que eso que nos dábamos. Pero esa vez, esa tarde, no sé si era una angustia común, una dulzura común, un común aceptar la absurda finitud, abrimos los portillos y apoyamos los codos en el vano del ojo de buey de mi camarote.

La chancha no tiene demasiadas posibilidades de velocidad, nunca, pero esa vez se deslizaba un poco más ligera y silenciosa; la mayor parte del tiempo el paisaje era hermoso, claro, aunque tan igual a sí mismo, esa geografía repetía y repetía y repetía su identidad como una neurótica que no puede percibir el más mínimo cambio. En un momento, los juncales y los totorales de la orilla empezaron a ralear y a dejar ver, por detrás, unos verdes más intensos, más umbríos, más profundos. A medida que eso se agravaba, el cuerpo de Barrios parecía ablandarse, agrandarse, tener otro tono; un poco más adelante la espesura se fue alivianando y todavía un poco más adelante se hizo un claro y en el mismo momento la chancha dejó de hablar, se apagaron los motores y el

barco entró en una deriva suelta como un planeador sostenido por las corrientes cálidas del aire.

Barrios empezó a hablar y cambió la voz, tuve que mirarlo porque me costaba reconocer el tono, la música de sus palabras era completamente otra, su voz ahora sonaba más femenina y más segura. Tenía una tristeza inexpresiva o algo que yo no terminaba de distinguir, algo que no entraba en mi catálogo de traducción, no era nada que yo hubiera escuchado; ¿entendés lo que te cuento, Frau? ¿Escuchaste alguna vez las grabaciones que circulan de sonidos del espacio, los alaridos de Andrómeda, los pavorosos chillidos de las cuerdas espaciales? ¿Escuchaste alguna vez esas grabaciones que circulan? Son la voz del absoluto, la voz del espanto.

Barrios se irguió sin perder elasticidad y se asomó un poco, tanto que me hizo buscar con la mirada lo que él perseguía con los ojos: en el claro, ahí mismo, bastante profundo pero rodeado de nada, de una gramilla amarillenta y pálida como todo lo que terminaba de conformar el cuadro, se erguía un árbol imponente y en flor. De tronco oscuro y copa de ramas que lo alargaban en todas direcciones, sus hojas verde brillante se recortaban perfectas en el aire y temblaban y contrastaban con esa arquitectura inverosímil, un entramado de ramas que se afinaban y parecían dibujadas con la tinta china de un tiralíneas. De toda la copa, desde lo alto hasta las ramas que en los extremos casi llegaban al suelo, pendían manojos de flores blanquísimas con las corolas instiladas casi imperceptiblemente de amarillo. Era una imagen extraña y encantada, un árbol enorme.

La chancha tenía un navegar narcótico, se deslizaba amable, pero en las ondas que marcaba en la superficie su proa envejecida había

trazas ilegibles, como si se bamboleara un poco. Un perfume delicioso impregnó completamente el aire y a medida que avanzábamos, la imagen empezó a mostrar rupturas, jirones que se superponían, la trama parecía extenderse y de pronto dejé de verlo, el árbol había desaparecido y quedaban contornos interrumpidos y sobrepuestos, de esa bestia vegetal no quedaban rastros, todo se había convertido en un sotobosque, un pequeño país de fractales del árbol original. Era un monte de tilos comunes, en flor, del tamaño acostumbrado de los tilos, no tenían nada de raro ni nada de la extrañeza con la que ingresamos a la imagen. Lo extraño, tal vez, era que fuesen tilos, por lo que sé en esta geografía abundan espinillos y ceibos y timbós y sauces y talas y ñandubayes, pero no tilos. Tilos no.

Volví a la voz de Barrios en medio de un relato en el que me había perdido por la fascinación y no podía reponer del todo lo que escuchaba, ¿era un cuento, una leyenda de provincia como la de La Telesita, era su forma de contarme su viudez temprana?

Que habían sido todas las muchachas, que se sabía, que los padres desde siempre advertían a las hijas, que los muchachos se habían ido a pescar en sus chalanas a Laguna Grande como siempre, y que fueron todas las casaderas, todas las muchachas del pueblo, menos las opas, que habían quedado encerradas en sus piezas en lo alto de las casas, y que era sabido, que los viejos y las viejas lo advertían y que ya nadie escucha a los mayores y que a ninguno sorprendió más que a todos en el pueblo, y que ese tilo importado lo había plantado don Gervasio, que ahora no era más que una tumba inundada pero que antes había sido dueño de todo y que el mismo pueblo ese de morondanga lo había fundado él porque

había tenido demasiados hijos con demasiadas chinitas de los ranchos y que era costumbre y que se sabía, que todos lo habían advertido, todos los viejos y todas las viejas y que desde siempre los padres advertían a sus hijas: no se duerme bajo la sombra de un tilo porque de la sombra de un tilo no se despierta. Y que ese día en esa tarde, aunque madres y padres fingieran no saberlo y las viejas lechiguanas que vivían solas les dijeran groserías con gestos indecentes cuando pasaban por delante de sus puertas y ventanas, fueron todas las muchachas casaderas llevadas por un impulso ciego e impúdico, todas fueron a cazar lagartijas al monte de los tilos y que todos sabían bien que los muchachos no estaban, que se habían ido, y entonces ahí no podía haber lagartijas ni pomberos ni nada más que tilos en flor que en la siesta lanzan su dormidera, y no hay juventud que valga y no hay tutía ni piernas por primera vez depiladas ni vestidos con volados ni bombacha con puntilla ni zapatillas blancas ni pelo largo por debajo de la cintura cepillado largamente en la mañana después de tantas horas de toca.

No se duerme bajo la sombra de un tilo porque no importa que sean todas las muchachas del pueblo y que sean todas casaderas, el tilo las duerme y las despierta a una siesta eterna.

Y que cuando a la noche las encontraron al pie del árbol todas dormían azules y sonriendo y que sus cabelleras ondulaban como si estuvieran sumergidas y que eso parecía un gran remanso, cristalino, uno de esos que auguran más allá una correntada imposible y que mejor dejarse tragar que pelear contra el río y que para alzarlas, para sacarlas de ahí, fueron necesarios más de veinte hombres porque la corriente las reclamaba persistente y con la potencia descomunal de muchas y muchas yeguas de fuerza y que

el cementerio quedó demasiado grande para un pueblo tan chico y que los muchachos empezaron a rondar a las pocas opas encerradas en las piecitas de arriba y que así no se puede porque eso después es una plaga, un país de pelotudos, y quién sabe al final si no, quién sabe si la razón de todo lo que vivimos no es porque los muchachos rondaron a las opas y se metieron en las piecitas de arriba, pero así no, así no se puede, es mejor salir de ahí, mejor haber salido de ahí. Mejor. Para siempre.

Barrios se había arropado con la sábana y yo había abandonado el ojo de buey y me había sentado en la cama para poder mirarlo mientras hablaba. Y Barrios dejó de hablar y se puso a hacer ese chistido inmundo de sacarse algo de entre los dientes aspirando groseramente y se paró desnudo como estaba y se puso la camisa sin abotonarla y se agachó para buscar el pantalón y salió del camarote así, culo al aire, arrastrando el pantalón con la mano como un hombre exhausto, cargado por un gigante que se lo lleva.

Y yo me quedé sentada en la cama de mi camarote y por el ojo de buey entraba toda la humedad que anochecía y me levanté y llené la jofaina de agua clara y me enjuagué ahí meticulosa y me recogí el pelo y me vi en el espejo la nuca transpirada y por ahí me pasé el trapo humedecido y pensé que ya no quería que Barrios me visitara, ya no quería que se metiera en mi camarote. Y que, en efecto, Frau, Barrios tiene una llave maestra y me abrió las puertas de un mundo servicial, satisfactorio. Pero me aburrí, como me había aburrido, puedo vivir sin eso como pude en los últimos más de cuarenta años.

La chancha volvió a roncar, el ruido de los motores mordía con fuerza los listones del piso hasta que se agotaba el primer impulso y su sonar se convertía en una leve sibilancia que también adormecía.

No entiendo lo que vivo, Frau.

Qué hago acá, en medio del Paraná, burlándome de todo.

No entiendo la escena, no entiendo esta ni ninguna escena. No entiendo lo que vivo, ¿por qué no me respondés?

Todo se disuelve, es así, más temprano que tarde se disuelve todo.

Qué fiaca.

Salta un dorado su instante fuera del agua, ahora mismo, completamente. En este mismo momento en que todo se disuelve y te escribo que todo se disuelve. Salta un dorado su instante de luz fuera del agua.

Todo se disuelve, Frau. Pero no todo, parece. No todo.

Nos mirábamos incrédulos y un poco borrachos, nadie sabía bien cuántos días tenía nuestra travesía, cuándo habíamos zarpado, cuándo terminaría este delirio reparador, ridículo y extenuante. Éramos un grupúsculo, solo cinco de los seleccionados, los artistas afortunados para este infortunio de tres meses sobre el Paraná. Nos mirábamos asombrados, un poco borrachos, y digo un poco porque a esa hora, un amanecer que en el estío enseguida es mañana rampante, no era posible que no estuviéramos todos absolutamente beodos en el promedio. Digo un poco porque me interesa preservar una modulación entre los cuerpos, desde las poetas encerradas en el baño vomitando, la acuarelista catatónica desmayada en el canapé de la antesala, la cronista que nunca jamás paraba de hablar como si todo el tiempo expusiera hipótesis inteligentísimas, hasta el cineasta con aires de incorruptibilidad que amenazaba con una película de larguísimos planos fijos de la superficie del río.

Era una mañana fresca y la chancha parecía renovada, no se le escuchaba ningún quejido de bulones mal soldados o falseando la chapa, ni motores asfixiados, ni bujías al borde de la carbonización. No había ninguna de las figuras de autoridad de este viaje, dormirían todos tranquilos con la seguridad de que nuestro consumo de tinto y ginebra y ese champán ordinario nos noquearía hasta pasado el mediodía. Entre nosotros estaba Petzold, pero nadie podría pensar en esa inadecuación preciosa como una autoridad.

Deberías haberlo visto, deberías verlo conforme se suceden las veladas, los puños del saco cada vez más sucios, todo él cada vez más entrañablemente desaliñado y brilloso, más mugriento, con las mejillas cada vez más fosforescentes por la rosácea, la boca con los herpes estallados, el pelo grasiento y cada vez más y más y más hermoso y resistible por todo lo antedicho. Imaginate esos huevitos al rescoldo, qué inmundicia.

Yo creo que debíamos estar todavía por Entre Ríos, y tal vez Entre Ríos sea una provincia que dura para siempre porque a esa altura ya me había perdido, ¿cuántas leguas de río llevábamos pasando revista a esas orillas? Supongo que era Entre Ríos porque el Paraná seguía siendo una cosa aterradora y magnífica, un lomo de lampalagua dormida, una cosa dulce solo al atardecer, y siempre amenazante. En verdad no tengo idea, porque en esa misma parte del trayecto a veces todo parecía un humedal anegado y las garzas se multiplicaban a nuestro paso, como si el barco hubiese sido un rompehielos en la Antártida y desde abajo de la proa salieran esas pájaras brillantes en vez de bloques de hielo fracturado. En otras secciones todo eran quebradas sobre las que las cortaderas se multiplicaban al infinito y se recortaban contra un cielo diáfano y de un celeste tan intenso que daban ganas de saltar y dejar atrás, por fin y para siempre, este planeta tan tosco. Como verás, no sabía dónde estábamos y no importa dónde estábamos, ¿acaso supe yo alguna vez dónde estaba?

Sin embargo, creo que era Formosa, quiero, ahora que te escribo, que haya sido Formosa, quiero haber estado ahí y, quién sabe, seguir navegando en la deriva de un nombre tan inverosímil y exacto. Formosa, Frau, mi Frau formosa.

En un momento quedamos alineados como astros en el planetario, acodados en la borda, todos calmos y con la respiración calma, calmas inspiraciones y espiraciones largas frente a una costa con el perímetro hundido y con una larga sensación de que la tierra firme se retiraba muchas leguas para adentro. La chancha parecía otra y se la notaba más segura, de movimientos más precisos y capaz de calibrar milimétrica en pleno traqueteo. No sé si me había sentido así ya en la travesía, aunque sé que el tratamiento a mi talante comenzó desde el minuto cero de este viaje y que, a pesar de mí, cada vez me relajaba más, cada vez pensaba menos cosas, cada vez me sentía más parte de ese cachivache fluvial andante. Miré a mis compañeros hacia un lado y hacia el otro, el sol amanecía en sus miradas y me resultaron de las personas más radiantes que había visto, distinguidas y sensuales, interesantes cada uno en su punto. Lo que había era silencio, o mejor, lo que había era el sonido del silencio, una dimensión disparada en todos los sentidos que traía los ecos del espacio por el que navegábamos como un momento peculiar, un punctum de existencia. Y de pronto, otra vez, lo incalculable, no podría decirte desde dónde porque eso no existía, no había direcciones en ese momento, no había el gallo cardinal de la veleta que organiza el norte ni había la ecuación del cuadrante de la Cruz del Sur en el firmamento para señalar el polo.

De todas partes diría, aunque de todas partes resulte tan insuficiente, desde todas partes lo incalculado, otra vez la serie, la secuencia, la interrupción, otra vez el interregno. Un trepidar primero suavísimo mordía la aurora que culminaba, una inquietud creciente que aceleraba el mundo y aumentaba la angustia por la certeza del porvenir, una inquietud pirata que abordó la nave y nos

llevó a mirarnos preocupados y a descubrir la cara del capitán desintegrándose, sonriente y emocionado, parado con las piernas abiertas, tranquilo, sostenido por una fragilidad risueña, con la mirada abierta y fija a la vez y la sonrisa más amplia a medida que el trepidar crecía y los ojos se le llenaban de lágrimas gordas. Fue verlo y entrar a la beatitud, abandonarnos a ese desasosiego descomunal que venía desde todas partes para embestirnos.

Desde todas partes, criollas y rubias y bayas y tobianas, pintas y zainas y alazanas, desde todas partes, cientos y miles a babor y a estribor, por la costa y desde tierra adentro y entre las pequeñas islas, sobre el agua barrosa del río y quién sabe si no también desde el mismo lecho, desde las profundidades del Paraná, en tropillas, cientos y miles de yeguas galopando, relinchando, atravesando el paisaje y la claridad de la primera mañana y atravesando al barco y a nosotros, en ese momento insoportable de inquietud y de un miedo salvaje y de una vitalidad que no sé, Frau, no sé, una existencia tan existente que era desconocida para mí. Tantas y miles de yeguas se adueñaron de la experiencia del mundo en ese instante, y pasaron, pasó la inmensa yeguada y dejó al mundo temblando y a todos nosotros temblando por un terror precioso y vital y aterrador por incalculable, por imprevisto. ¿A qué vertedero nos podría llevar la próxima experiencia si seguíamos así de vivos o con la sospecha, siquiera, de que podíamos estar vivos?

Cuando la inquietud mermó, tan pronto como había comenzado, nuestros cuerpos eran otros cuerpos, mucho más cómodos dentro de la ropa, más laxos, y más golpeados. Más cerca de la muerte.

Es tarde en la noche, la chancha se queja y no puedo dormir, bebo mi segunda petaca y temo la inquietud del rosal, temo lo que viví en el día, por eso te escribo, aunque la lámpara parece haber agotado casi totalmente su reserva de petróleo y pronto quedaré a oscuras y a la deriva. Por eso te escribo ahora y por eso afloran en estampida los recuerdos: esa poeta menuda con la que me lie antes de vos y dejé de ver un poco intempestiva apenas te crucé. Esa muchacha de la que te hablé largamente, mi sangrienta Sharon Tate de alcoba que menstruaba galones y se retorcía de dolor, pobrecita, y gritaba que odiaba ser mujer y prefería morir a pasar ese suplicio que le enseñé a calmar con glóbulos de *Viburnum opulus* bajo la lengua y tintura de doradilla y compresas tibias.

¿Qué habrá sido de ella después de tanto?

¿Y qué fue de mí después de vos, Frau? ¿Qué fue de mí?

Esto es trabajo, Frau, no voy a contarte nada de lo que ocurre aquí, en aguas cada vez más septentrionales, esto es trabajo y quiero proponértelo así, tal vez sea una buena excusa para que me respondas. Nada de cómo está el río y cómo surca la chancha, nada de los artistas del pasaje, ni de Barrios, ni de la comida. Esto es trabajo y aprovecho a juntarlo ahora para no olvidarme de enviártelo en cuanto pueda. Son los textos de Amneris, te pido por favor que los leas. La noche en que fui a su camarote fue particular, como te contaba, y también aburrida, como si todo en ella fuera así. Una primera impresión curiosa que a medida que se va desplegando se queda sin pulso, Amneris misma parece desdibujarse después de un rato. En un momento le insistí para que me mostrara lo que tenía escrito. Abrió una carpeta que sostenía con una cinta de tela y aparecieron páginas sueltas, desprolijas, algunas manuscritas, otras impresas, otras cruzadas con dibujos a lápiz, en esa mina dura que ya le conocía. Algunas estaban manchadas de mate, sin numerar, en fin, es bastante lógico que su escritura no circule. Y, en efecto, Amneris no circula, no tiene amigas en el medio y tuvo la mala fortuna de caerle mal a alguna de la gente estúpida que gestiona festivales, ciclos de lectura —qué peste, por dios— y toda esa caterva de granjas epigonales que se arman para disputar la escena.

En realidad, yo no sé si esta chica está loca y eso es lo que me tiene un poco fascinada o si estos textos tienen un valor absurdo

que me provoca solamente porque estoy en esta nave, en este río, en esta aventura en la que no entiendo bien por qué me embarqué. Insisto en pensar que puede ser una buena estrategia para volver a encontrarnos, el proyecto de un trabajo conjunto que nos permita sortear la sordidez de lo personal y reiniciar la conversación que, creí sinceramente, iba a durar por siempre.

En fin, lo que necesito es que leas a Amneris. Tenemos que publicar a esta tarada, hay que conseguir guita y publicarla, pensaba en tus amigas ricas, incluso en las migajas del Fondo, o las fundaciones que todavía largan algo. Hay que conseguir guita, hablá con tus amigas ricas, convencelas. Tenemos que publicar a esta tarada.

A mi vuelta te escribo y nos juntamos para darle forma, para retomar algo de lo perdido. No te asustes de mí, Frau, y pensalo. Yo creo que podemos encontrarle la vuelta. Te mando algunos de los textos; aunque ella los pretende dramaturgias, para mí son un poco inclasificables, por mi parte sigo sin saber, sin entender, y eso, Frau, creo que es lo que mantiene el goce. No sé si son los textos o es esta chica, pero lo que me tiene cautivada es la irreverencia y la solemnidad. Me pregunto si eso puede capturarse en un texto impreso; supongo que el desafío de toda editora es ese, que el animal muestre la luz de su herida y su temblor, pero que no muera sino hasta pasada la última página, terminado el libro.

Tal vez sume también alguno de los poemas que ella agrupa bajo el mote anticuado de serie, no sé. Tenemos que publicar a esta tarada.

El que te mando es el de su performance en el barco, el mismo que presentó como parte de su proyecto al escrutinio de los curadores de la travesía. Lo añado a la carta, pero te aclaro que tiene otros escritos de investigación teatral, las pocas páginas sin manchas que conserva en la consabida carpeta bajo el título *Monóloga para siete actroces venidas de Lemoria*. Esto es lo que me encontré la tarde de su presentación, lo que nos encontramos todos los pasajeros, ese cuerpo esmirriado de ratita medio muerta salió a la palestra y desplegó la vitalidad más deslumbrante y más potente de la travesía. Apenas apareció lucía inmóvil, lo que se movía era el espacio a su alrededor, todo se configuraba nuevo, distinto. Antes de que prorrumpiera, yo ya estaba en un trance y no paraba de repetir mentalmente: Pabs, Lili Marlene, Murnau, Von Praunheim, como si hubiera sido capturada por la gravedad del cuerpo opaco de Amneris y lo que le hacía al mundo andante del barco en ese momento. El atardecer en cubierta de pronto se volvió *fin-du-siècle*, vodevil decadente y retrofuturista, una irradiación tenebrosa, magnética, un híbrido universal, ultrarregionalista. Amneris vestía una especie de sotana de plástico negro, larga hasta el piso, cerrada al cuello y con la pechera sólida como un jubón, tenía las manos pesadas por anillos con canicas de vidrio leonado de verde y azul petróleo, el pelo recogido, la piel de la cara menos traslúcida y más pálida — después me confesó que todo su maquillaje consistía en

espolvorearse apenas un poco de Maizena—, en la frente llevaba una diadema casi imperceptible coronada por una turmalina que el sol de la tarde resplandecía y aumentaba. Amneris convocaba galaxias dispares y las hacía colisionar en el acto, traía la tradición lumínica de Occidente y la ponía a bailar el más riguroso *butoh* de la oscuridad. Mientras avanzaba su acto, mi sofisticado rosario alemán era interceptado por el grotesco criollo, por la referencia cultural de la rascada más gruesa y más fecunda. Movía los brazos como una Nosferatu de riachuelo y, cada vez que en plena actuación llevaba las manos por sobre la cabeza para agravar la teatralidad de su cara, el vestuario se le movía como una sola pieza y dejaba ver su confección rudimentaria, deslumbrante.

No sé, Frau, no sé qué fue todo eso. Por ahora te mando el texto.

Era eso lo que buscábamos con bastante patetismo, ¿te acordás?

Nuestra aspiración era un texto.

Vengo a esta terraza a esta hora. Es increíble la facilidad con la que invento rituales para estimular la escritura y la lectura, la conversión del tiempo en esos momentos en los que creo que todo se suspende y, en vez de leer o escribir, me dedico a perderlo dulcemente. Descubrí esta terraza casi por accidente, en una de mis recorridas cuando la nave parece desierta, es una cubierta pequeña casi al final de babor, detrás de un sitio de almacenamiento, para llegar tuve que franquear una barrera de enseres dispuestos claramente para prohibir el paso a los pasajeros. Lo temprano de la mañana me permitió hacerlo sin consecuencias y me aventuré porque desde donde estaba podía ver la punta del respaldo de un sillón y una barandilla con el río por detrás. Me ensucié un poco el ruedo de la falda con el porlan de las bolsas abiertas, pero cuando pasé debajo de una glorieta de glicinas en flor, un tramo angosto que funge de entrada vegetal, me encontré esta minicubierta con dos sillones contrapuestos y una mesita redonda. Un sitio incomunicado, la terraza ideal. Tan ideal que la pensé como refugio para leer lejos de todos y para escribirte mis cartas sin interrupciones. Bueno, aquí estoy y aquí me quedo. Desde acá el río no es el porvenir, es solamente el agua del pasado, la cubierta apunta hacia el sur y está a pocos metros de popa. El agua que veo desde aquí se está yendo, se aleja de nosotros a medida que avanzamos.

Es la terraza ideal para rasgar el papel del sobre con el abrecartas de metal y nácar y desplegar las páginas que traen tus respuestas. Pero no hay caso, y no hay carta, no me escribís. No me hablás y no hay caso, hace tanto que mi corazón no está con el tuyo. No hablás y no hay caso.

Vi la terraza en esa hora —la pura mañana—, y construí un hábito imaginario, qué hermoso sería, esta terraza a esta hora, pero creo que no volví a sentarme otra vez en uno de esos sillones después de cruzar la glorieta de las glicinas en flor. Seguro es este vaivén al que nos acostumbramos las dos, la náusea que también ya es costumbre, síntoma inadvertido.

Si remontáramos la proa, el río por venir, la boa que traga un ternero y entra en digestión mientras pare nuevas crías, nuevas hijas de la voracidad, mezcla de modorra y de peligro. Pero este trasiego de agua que se va no parece río, cosita de nada, desaguadero quieto, impersonal, río que no parece río. Seguro es este vaivén que no termina de descomponer, existe pero se aquieta como si no fuera una existencia.

Escribime, por favor. Hablame.

Decime cualquier cosa, lo primero que se te venga a la mente.

Echate ahí, por favor. Por favor, hablame.

Decime lo que venga. La palabra que vengue el ostracismo, la oración capaz de revertir el exilio. Venganza y oración. Para quién. ¿A qué país nos fuimos?

Hablame, por favor.

Será maravilloso.

Supongo que la malaginebra, la mandíbula apretada partiéndome las muelas, el dolor de muñecas por aferrarme, la respiración corta y el aliento feroz por el miedo son esta resaca espantosa. Anoche logré dormirme en la víspera del sol, en el minuto antes y en el minuto después. Durante el almuerzo el capitán nos había advertido que en la madrugada pasaríamos por una zona de algunas leguas de mal dragado, la chancha navegaría más lerda que de costumbre por esa sección del río conocida como el cementerio, a cuyas veras fondean restos. Carcasas, esqueletos, moles abandonadas, planchas de chapa oxidada y estructuras de metal con amarres viejos que se zarandean según la crecida. Tomen algo para dormir, aconsejó Petzold con un leve tono de burla que todos le retribuimos generosamente con silencio. No sé cuánto duró ese interregno, pero mantuve el velador apagado porque me aterraba más la conciencia de esa luz chiquita en medio de la intemperie espantosa (¿escuchaste alguna vez las grabaciones que circulan? *La vida es una cueva, la muerte es el espacio*). Durante la tarde habíamos constatado que el Paraná engordaba pertinaz, venían ramas sueltas, algunos troncos, y un caudal vigoroso; a medida que subíamos el río tragaba un agua rauda que bajaba del norte, una tensión que se frotaba contra el cuerpo de la chancha y nos elevaba. Era gracioso al principio, el río crecía y sobre los camalotes venían las alimañas que habían logrado salvarse de la inundación aguas arriba, monitos,

yararás, arañas, ciempiés gigantes de veneno letal, alacranes. Pero esa gordura salvaje que a la tarde nos cautivaba, por la noche y ya en la zona del sepulcro elevó también los cascos muertos, no se soltaron de sus amarres, pero aliviaban su pesadez y en todo el trayecto los oí bambolearse sobre el agua. Puede parecer un andar rítmico y suave y tal vez lo fuera, Frau, pero no recuerdo otra noche así; los barcos fantasmales oscilaban en la ceguera y chocaban los cascos entre sí, a cada lado, unos y otros, un campanario lúgubre que no cesaba. El sonido hueco de las campanas era atronador, el sonido cóncavo de lo negro a un volumen absoluto que después de cada tañido quedaba reverberando y se iba para volver de inmediato con un nuevo golpe del cencerro oscuro. Las manos tiesas empuñando nada, los ojos a punto de explotar por no perder detalle de la nada, ni una sola modulación de luz mientras los cascos retumbaban, ni un solo resquicio en el mundo esmerilado que traía el sonido de los cadáveres de metal oxidado balanceándose como idiotas que no logran mantenerse erguidos en medio de la gente.

¿Entendés, Frau? Navegar con las fantasmas tronando su escarmiento. No recuerdo una noche así, Frau. Tal vez las que siguieron en los meses después de que dejaras de hablarme para siempre, no sé.

La cosa es que el sueño me derribó recién cuando cesaron los cuencos tibetanos de la muerte sobre el Paraná, no había luz, pero nadie se duerme en la víspera, Frau, y ya era pronta la madrugada. Caí rendida y no recuerdo el paso a la inconsciencia, el sueño fue un abismo salvador y sin reparos, se abrió ante mí como un dios que ríe a convulsiones mientras deja de apretar el lazo en el segundo antes de la asfixia. Por suerte soñé, nosotros también fondeábamos cerca

de la orilla y entre las texturas de cerrazón plena y de penumbra descubrí a la chica del solero amarillo, la que se apeó del barco casi ni bien iniciado el viaje. Estaba en el agua frente a mí, junto a una yegua altísima, una azabache que logré ver por un pulso en la pechera y por un refucilo negro en las pupilas. Las dos me miraban, juntas en la misma dignidad, en la misma jerarquía, pies desnudos en un charco entre lirios negros. Cuando por fin logré componer toda la escena la chica del solero sacó un cuchillo corto de entre su pelo, degolló a la yegua en una maniobra perfecta que rasgó el ancho del cogote en uno de los flancos y empezó a beber la sangre enloquecida, con voracidad y con ruidos de sorber para no perderse ni una sola gota. Había sangre, Frau, la sangre menstrual que no aparece nunca en las representaciones de las hembras, nunca esa sangre incesante como el campanario de barcos muertos. El Paraná de plasma subía y la sangre se venía, vigorosa y nueva, y engordaba al sueño pertinaz que llegaba con algunas ramas sueltas, con algunos troncos, con las alimañas del recuerdo.

Me desperté pasado el mediodía por una coz de la chancha que cada tanto escupía un humo blanco, me quedé a oscuras en la litera, tenía un dolor de ojos miserable.

Nada de nada, ni una ínfima sombra de mácula, incluso esas nubes pequeñas sobre los horizontes arriba del verde parecen puntillismo y dan el toque para este cuadro perfecto. Esta mañana es ideal, la miro sorprendida como si fuese un gorrión que en cuanto se descubre observado desde la ventana de un cuarto salta nervioso a otra moldura del edificio, a otro balcón. Es una mañana ideal y supongo que ayuda la hora, es tempranísimo, sabés que me despierto al alba y te confieso que conforme pasan los años hago mañana cada vez más pronto. La vejez parece empeñarse en una suerte de conciencia de mayor alcance, más horas de vigilia y menos de black out, es curioso que el cuerpo rechace la inconsciencia a medida que las neuronas se sueltan de su red, se deshacen de su conexión. Más tiempo de vigilia para perder la conciencia, más para recibir el momento en el que algo se desencadena, ese enlace muestra su falsedad cuando empieza a fallar el motor que se desintegra. Es curioso, no me digas.

Supongo que te acordarás de mi deleite por lo primero del día. Me pregunto cuánto resiste, cuánto puede resistir un recuerdo, la pregnancia de alguien en la memoria. Incluso cuando ese alguien fue desterrado por demasiada falla y tuvo que partir al exilio. Me pregunto si la decisión de exiliar a alguien que estuvo cerca también atañe a su recuerdo, si la memoria obedece también a la orden de desaparecer de la tierra compartida. Por ahora sigo recordando el

Irás sin mí —y no te envidio—, pequeño libro, a Roma pues no le es permitido ir a tu miserable señor. El Publio Ovidio de *Las tristes*, y lo recuerdo en esta barca que me lleva al agua, ¿a deshacerme de vos? No lo sé, y quién sabe si eso es posible.

¿Te acordás siquiera de mí, de que alguna vez? ¿Te falto? No ser tu falta es mi destino triste, mucho más que este barco.

Disculpame un momento, aquí hay un abejorro que se empeña en chocar contra mi escena, vuelve una y otra vez con ese zumbido y se estampa en mi mundo como si no se resignase a comprobar que no hay flores para libar aquí, que su camino es otro. Salí de acá, bicho, no me desconcentres.

Vuelvo, me detuve un rato a perderme en el paisaje, es monumental que a medida que avanzamos la vista no sea interrumpida; leguas y leguas de cielo y camalotal, perímetros cada vez con menos forma, como si la tierra se hubiera retraído lejos. Solo pude distinguir a una baqueana de a caballo, una muchacha joven de gorra con visera y el pelo recogido, en ningún momento se dignó a echarnos un vistazo, la chancha se metió en su campo de visión, semejante mamotreto era lo único que se movía en el paisaje, no pudo no habernos advertido. Sin embargo, nunca nos dirigió sus ojos, iba concentrada, sus botas de caucho en muchos tramos se hundían en el agua hasta las rodillas porque el caballo tropezaba con honduras imprevistas de las que salía a rodillazo limpio hasta que lograba estabilizarse para volver a tropezar. La chica tenía una expresión preocupada y distraída, una especie de enojo, una cara de no esperar sorpresas y saber demasiado bien cómo estar perdida. De su cadera colgaba un cinto flojo cruzado por un alambre en el que se balanceaban un surubí atigrado y una

mulita. Al surubí creo haberle adivinado un latigazo de la cola como un último estertor, a la mulita nada, solo una insignia rojo punzó en el engarce. El caballo llevaba en la cincha una soga desde la que tiraba una canoa con pocos enseres; tal vez la chica había ido al almacén de algún pueblo a comprar un saco de harina o un paquete de galleta, un atado de tabaco, a rellenar su damajuana de ginebra. Pero ¿qué pueblo podía haber perdido entre esas leguas de camalotal y cielo, de pura agua? Alguna cueva habrá en este espacio para esa mujer que anda, espero. Dejé de verlos en los meandros del paisaje, no sé si fue solo mi distracción o chica, caballo y canoa se asimilaron a esa geografía, o si empecé a atender el llamado de esta carta para volver y seguir escribiéndote.

A veces trato de imaginar cómo nos encolumnamos para el orden de salida, no digo vos y yo, digo todas nosotras, las que compartimos nación en algún momento. Cómo vamos a pisar la playa para acercarnos al mar, cómo vamos a poner las puntas de los pies en el agua y a sentir la primera retracción por el frío. Si vamos a mirarnos entre nosotras, si vamos a saber o vamos a descubrir que sabemos mientras nos miramos, si vamos a sonreírnos con miedo y con coraje, a soltar alguna carcajada en medio del juego con la espuma, a darnos valor frente al océano; cómo vamos a pisar esa patria, cada una a su manera, la furia hecha un nudo en la pleura, el rencor, una palpitación que agota, la resignación por la memoria que se desgrana tonta, confundiendo nombres y citas y parentescos. Cómo vamos a entrar al mar todas nosotras, que vivimos distraídas de saber que lo que falta es el olvido, que eso es lo que llevamos dentro y vamos a parir, vamos a darle al mar. Que el olvido es lo poco que resta de playa antes del océano, que no hay que olvidarse

de recordar que el olvido es lo único inolvidable. Sabés de eso, ¿no, Frau?

Es una mañana ideal, estoy en la terraza donde arman mesas con manteles blancos para el desayuno, para cuando hace buen tiempo y la temperatura no escala demasiado para estar afuera sin padecer. Tomo café solo como de costumbre; hoy no, pero a veces no puedo resistirme a la mermelada de ciruelas ácidas que sirven y me pido unas tostadas y mucha manteca para deleitarme un poco. Por suerte, también ofrecen avocado toast, huevos revueltos, jugo de naranja y yogur con granola bajo el mote de "desayuno saludable", si no, no sé qué harían las poetas jóvenes y la cronista, qué plato.

Creo que voy a proponer un paper acerca del tópico "comida saludable", esa moral urbana con la que las clases medias pretenden otra pedagogía de la blancura total, otra versión de la lucha de clases en la que como siempre se ubican con pasión ciega del lado de las clases dominantes.

No voy a proponer ese paper, se me agotó el impulso en esta transcripción y me aburrió contártelo.

Hay una brisa fresca que llega fragante desde las islas de espinillos y me traje los naipes para pasar el rato. Tengo una mesa para mí, el río a mis anchas, estoy sentada en dirección a la proa. No estoy sola, pero todos aquí, los poquísimos que habemos a esta hora, nos movemos asordinados y son contados los recortes de charla que se escuchan, los estrictamente necesarios para con los camareros, el natural buen día de rigor a los vecinos, nada más.

Ya fumé mi tabaco negro mientras el café amargo y ahora reviso los cuadernos para ver qué encuentro porque *no es posible fumar y jugar a las cartas todo el día*.

Un Gloria de renglones celestes que tiene escritas solo algunas páginas, todo lo demás está en blanco; es un cuaderno viejo, como si lo hubiera arrancado años después de comprarlo y hubiese quedado muy pronto sin impulso. Te transcribo la esquela que lo inaugura y continúa mi conversación con vos, aunque desde hace tiempo me pregunte si es posible conversar con el fantasma. Cada vez que choco con eso me olvido de esa cuestión para no verme estaqueada frente a un témpano que pasa por delante de mí como el único acontecimiento de mi vida en las últimas décadas. Un témpano como el único suceso. Soy grande para que me haya pasado esto, grande para que haya pasado eso, grande para haber pasado, y el problema del témpano o del fantasma es que fascinan y una no se atreve a atravesarlos, una no se atreve porque sabe que después de eso lo que hay es nada.

En fin, te muestro lo que encontré en el Gloria, seguramente escrito en las temporadas en Mar Azul, en una de las tantas tardes que gastaba en la mesa del fondo que da a Rodríguez Peña.

De pronto me encontré mirando para todos lados sin que se notara, disimulando mi inquietud; me angustié y empecé a extrañar a la baqueana, ¿en qué pliegue se quedó perdida, asimilada al paisaje como un personaje de novela al que se le agota la línea narrativa? Trataba de enfocar, de mirar profundo en la dirección del paisaje en que la divisé, no encontré nada, un yacaré metiéndose en el río para ir tras de un venado joven con las patas en el agua mascando amapolas en su país de la inocencia.

Qué angustia, ¿dónde habrá quedado la chica?

El río me distrae, me desconcentra, me pone de mal augurio, sentenciosa, engorda mi semblante melancólico.

Qué tarúpida, mirá lo que le hice a la mañana espléndida. Y no tengo mi petaca, no sé si levantar campamento y encerrarme en el camarote o ir a buscarla y volver a esta mesita frente al aire para seguir contándote de mis cuadernos.

No voy a hacer nada, voy a tratar de quedarme en silencio y, en todo caso, si puedo, te voy a seguir hablando.

Me quedé un rato más en la mesa, pero la chancha se empezó a desperezar y el desayunador se llenó de voces y de ruidos. Me vine al camarote a fumar, a beber y a seguir mirando los cuadernos. Esto que te mando es una entrada suelta, no recuerdo en qué momento de estos años me preocupaban estas cosas, esos nombres que ahora me dicen poco, puede ser la vejez, que a cada chancho le llega su San Martín, que ya no necesito tótems, que sé perfectamente que solo resta el tabú, el sedimento irreductible. Puedo identificar la obsesión con cada una y cada uno de los mencionados en los cuadernos y hasta ubicarlos en un sistema de lugares y de relaciones, te diría que también les puedo poner una luz y una textura por los momentos, las estaciones en los que los descubrí a mi vida. No sé, aunque ahora me parezca una conversación interrumpida u opaca, la transcribo acá solo porque es muestra de lo que siempre busqué y de lo que quise para mí, alguna afectación. A decir verdad, tampoco me importaba y tampoco creo que importe tanto cuál, cualquier afectación, cualquier amor a la experiencia, cualquier amor a la condena, cualquier temor a cualquier dios, cualquier temblor, cualquier pudor y cualquier anhelo por cercanía, cualquier derrota, cualquier estrategia que me permitiera habitar mi escena y me salvara del cinismo.

No sé exactamente por qué, aunque seguramente es por la misma razón por la que si tuviera plata estaría comprando libros, hace un tiempo empecé a coleccionar cosas que dijo Agnès Varda. Ya sé que no se pueden coleccionar cosas que dijo Agnès Varda, y probablemente haya tomado esa decisión de escritura para no detenerme a pensar sobre la determinación de escribirte, esa manera de hablarte en la que las cosas parecen suceder más amables. No sé bien qué digo. Que en esta escritura te hablo a vos y no a lo que fue, lo idiota, lo perezoso, lo imposible, esa inocencia de creer en el lenguaje. No sé.

Si lo que hago con Varda no es coleccionar, en todo caso lo que hago es detenerme a atender pequeñas esquelas que encuentro en artículos, en notas que le hicieron sobre sus películas y que anoto en este cuaderno viejo que conservaba olvidado en un cajón.

Algún día lo voy a completar, alguno de los proyectos de escritura a los que siempre les doy vueltas, el boceto de la novela, los fragmentos que me rondan insistentes y reconstruyen la vida opaca de Witold G., la pensión de Venezuela al 600, su pavorosa vergüenza por las várices, el hilarante desprecio a su madre, su capitulación, el modo en que Europa lo humilla con premios, le palmea la espalda encorvada por la renuncia al nopodermiento, su matrimonio a escala secretarial, su vejez amancebada.

También lo pienso como cuaderno de apuntes de recetas impracticables que leí en los libros viejos de expediciones, momentos que leí en los libros: la botella de agua mineral a un rublo, el caviar con que Benjamin esperaba a A en el cuarto helado de un hotel en Moscú, en ese diario sobre amor, desafección y economía. La pegatina de recortes de noticias culturales sobre visitas francesas a Buenos Aires, como cuando vino el premier y le cantaron en grupo el feliz cumpleaños, una caterva de marylins en una librería despampanante en la reseña de la ciudad más tilinga y pelotuda del continente. O la toma urgente sobre Jacqueline K. gateando sobre el Rolls-Royce en movimiento para salvar el pellejo segundos después de convertirse en viuda. ¿Viste ese fílmico de archivo, esa escena sacramental, una viudez instantánea que inaugura otra vez los fastos indestructibles del imperio de la CIA?

La novela no va a llegar, la lectura no se va a convertir en escritura, la literatura va a seguir secreta, capturada para siempre en la órbita de la venerada inmadurez.

Sin embargo, conservo algunas anotaciones pendientes sobre la Varda: Yo no quiero ser Truffaut, dice, gloria y loor, en una entrevista. No quiero ser Truffaut. Lo que sigue en su respuesta es idiota, agrega que quiere ser ella misma, pero bueno, quién aguanta la benemérita imbecilidad de una entrevista después de decir la genialidad de que no quiere ser Truffaut.

Yo un poco te lo digo a vos, que no quiero ser, por esa afición tan previsible que teníamos de responder a todo que preferiríamos que no.

Lo del cuaderno, en verdad, es una tontería; está ahí y me parece que no lo voy a arrancar, pero me gusta pensar en el proyecto, un

cuaderno de citas con Agnès Varda, quién pudiera.

Para serte franca, la única frase que escribí hasta ahora, la única cita consumada, es de una foto que la muestra en una manifestación, francesa finalmente, llevando una pancarta fatta in casa, un palito con un cartón cualunque que dice, y todavía no sé si debería traducirlo: J'ai mal partout.

Me crucé con Barrios en uno de los puentecitos más recónditos del entrepiso llegando a popa una mañana en la que estaba tratando de esconderme para mirar tranquila por la borda y dedicar un rato a identificar pájaros. No entiendo mis planes, no sé quién piensa por mí cuando decido algo, no sabría reconocer más que a los gorriones y a las catas. Estoy absolutamente segura de que me pasé el viaje viendo la monstruosidad sin advertirla, segura de que la masa natural en la que nos internábamos más peligrosamente escondía criaturas inmundas. Sospechaba sin siquiera decírmelo que pasábamos por delante de los urutaús y sus crías espectrales y que no lograba reconocerlos, identificar esas formas contra el paisaje, segura de que veía solamente postes hundidos en el agua o como parte de los alambrados. ¿Viste alguna vez uno de esos pájaros del campo emplumado?, una presencia quieta sobre los postes, asimilados al color de la madera lavada por la lluvia, tan asimilados como los gays blancos de padres orgullosos y con jefes orgullosos y autoridades policiales orgullosas haciendo la mímica de Liza Minnelli en una nación blanca y tabicada de discursos inclusivos. Tan asimilados que no notás la diferencia hasta que algún conocedor te los señala, hasta que la ornitóloga del grupo sonríe maléfica de verte tan cerca de ese demonio sin siquiera oler el azufre ardiente.

Si alguna cristiana se les anima siguen quietos, pero si en algún caso la cristiana se atreve a estirar un poco el brazo y acercarles la

mano para tocarlos, para levantarles el ala y descubrir a sus vástagos, la expresión de ese bicho inmóvil torna en horror. La expresión de quien de pronto, por ese imprevisto usualmente banal de estar vivo, nace al ser para la muerte y sabe que no hay dónde esconderse.

Ese pájaro es una materia que colisiona con la idea pájaro, con el ímpetu creacionista, ese pájaro es lo interrumpido, lo soltado, lo perdido, el interregno, natura contrahecha, un cuerpo diseñado con sobrantes, requechos que quedaron desperdigados en la faena febril sobre la mesa de dibujo, junto a los compases, las escuadras, los tiralíneas.

¿Viste algo, alguna vez?

El urutaú es el animal más incomprensible de los que me enteré en alguna de esas películas pedagógicas de conservacionistas; esa cara, esa boca de guasón que se estira hasta la nuca y parece unos cuantos talles más grande que la cabeza, esos enormes ojos negros sin pupila o amarillo dorado con pupila bruna, ese canto nocturno fuera de cualquier clave, fuera del pentagrama, sin melodía, sin ritmo, sin armonía, una suerte de lamento del horror al que la bestia obliga y empuja al límite la salud mental de la más pintada.

¿Viste alguna vez esas criaturas perdidas a las que ni siquiera la teoría de la evolución logró despeñar desde su monumental Taigeto? ¿Escuchaste alguna vez las grabaciones del espacio?

Agradezco ser una bicha urbana y no saber mirar.

Qué asco la naturaleza, por dios, qué inmundicia.

Al final, el único pajarito que terminé viendo fue Barrios. Hacía rato que no coincidíamos en los lugares comunes y ni siquiera me lo había cruzado en ninguna de las actividades de grupo en las que de seguro tendría que haberlo visto trabajando. Me resultó simpático el sopetón, el mozo estaba completamente despotenciado de la virilidad que me había devuelto por un rato al ejercicio franco de la heterosexualidad, un régimen que sigo despreciando como al más infecto de los estalinismos. No sé si fue él el que me resultó simpático o el propio encuentro, no tengo idea de quién es él y no me importa acercarme en serio, supongo que acercarse a alguien es una tarea inútil. No es cinismo, es el resultado de haberme encontrado con vos, de haber portado siempre la pesadísima carga de mis expectativas y que hayas sido vos la que se puso ahí, a tiro de un destino que creí que me correspondía.

Ahora creo que nunca me correspondiste, incluso en los momentos de mayor mareación, los más espumantes, los momentos en que nuestro amor también fue tu fe, los de más deliciosa confusión, de ese anhelo tan noble que tenías por amarme. Incluso en esas pausas desafiantes nunca me correspondió la encrucijada con vos.

En fin, barruntos que merodeo para seguir contándote el encuentro que sí cuenta: Barrios, portador insospechado de más y más literatura.

Altote y morocho y varón envejeciendo —si sigo enumerándolo así voy a volver a enamorarme en serio—, me tomó de la cintura para saludarme como si fuésemos dos tórtolos. Con natural donaire me deshice de él y dejé dicho sin hablar más que con mis mohines de clase que no podía acercarse tanto. Confieso que fue conmovedor sentir la yema de sus dedos, la palma franca y tibia de su mano en la cintura, conmovedor en el sentido de que me hubiera echado a pedirle por favor que me penetrara una vez más.

Barrios no tiene idea de lo que es una mujer, Barrios es una persona común. Lo que quiero decirte y hasta ahora no te dije es que Barrios no sabe coger, es una persona común.

Barrios es un varón, tiene pito, tiene un imaginario de sí mismo y de su pito, ese imaginario acumula sangre en el bajo vientre por razones inexplicables e irreductibles, esa acumulación de sangre le pone el pito duro. Barrios no duda, está seguro de que por eso tiene que meterlo. Barrios no tiene idea de cómo penetrar a una mujer, de cuándo eso es posible, de cuándo es deseable, de cómo podría hacerlo. Es un varón, una estructura mental y moral que puede explicarse en un plano con un par de trazos simples, sin complejidad, sin recovecos, sin ninguna topografía. Un varón es una secuencia transparente, sin sombra, una línea diáfana, el más puro sentido, directo, luminoso, sin interrupciones. Barrios llegaba a mi camarote, me ofrecía el plato de papa hervida, me indicaba con un revoleo de ojos controlado y masculino que me acostara boca arriba, se bajaba el pantalón hasta las rodillas, me dejaba ver su pito inmediatamente duro como para enrostrarme que estaba en condiciones de asumir el acto. Se sostenía con las manos sobre la cama a cada lado de mí para no aplastarme, me cogía; un rato con

ritmo sostenido y una homogeneidad incuestionable. Un verdadero éxito editorial que el mundo festeja y premia, una novela que solo cuenta, que solo atiende a la progresión narrativa y honra la extorsión del verosímil: hombre cama mujer penetración. Qué más se necesita para triunfar. Nada.

Cuando terminaba se limpiaba un poco con los pañuelitos de papel que yo dejaba a mano y él mismo se ocupaba de depositar en el tachito junto al inodoro, se subía los pantalones, se daba vuelta y se iba.

Barrios no sabe coger. Y no tengo ningún reclamo a Barrios. Coger no se sabe. Leer no se sabe. De verdad, no tengo ningún reclamo con ese varón hermoso que es mucho más de lo que imaginé para mi cama, el quebrachal formoseño, el amargón del monte, bruto y sofisticadísimo, me penetró maquinal muchas de las noches de esta travesía, demasiado seguro de que era un amante perfecto. Me siento una privilegiada también por esa escena que, claro, no comprendo, pero me parece fabulosa.

—No sabe la felpiada que me pegaron —fue lo primero que dijo en el puentecito con voz queda y excesiva intimidad, no podía haber nadie rondando a esa hora por ahí, pero él hablaba para que nadie lo escuchara.

—¿Qué pasó? —fue la manera que encontré de decir que no entendía las palabras que decía y no sabía cómo preguntarle por eso.

—Losotros día, cuando salí de su camarote medio boleado, no me di cuenta de que estaba en culo. No va que me lo cruzo al capitán… La felpiada que me pegó… Yo nunca le había faltado a nadie en mi

trabajo, sabe, qué vergüenza. Por eso me mandaron una semana a la cocina, a la bacha.

Tuve ganas de darme la vuelta y dejarlo ahí sin decirle nada, no tenía idea de cómo seguir esa charla, si debía preocuparme, si debía consolarlo, si me estaba pidiendo algo, si quería vengarse de mí, si me estaba proponiendo matrimonio o qué diablas.

Barrios no se amilanó por mi turbación, moduló un poco más grave y siguió:

—Yo la quería verla, no para lo que usted ya sabe, no para eso, eso ya está, estuvo bien, ¿no?, lindo estuvo…

Yo estaba alelada, el varón que tenía enfrente había resuelto con dignidad y clase las nuevas condiciones de nuestra relación y parecía aceptar sin melancolía que lo nuestro había terminado.

Qué podía hacer, resuelta y soberbia como me mostraba hubiera querido ponerme a llorar y rogarle que no me dejara, amenazarlo con que me suicidaría si osaba, me tiraría directo sobre las hélices del barco si se atrevía a abandonarme.

Barrios no me daba tregua, siguió hablando bajito:

—Pero sabe lo qué, yo le conté cosas y ahora me gustaría, con todo respeto, señora, le quiero mostrarle algo. Si no se ofende me gustaría que viera lo que tengo, son cosas que guardo y que nunca le pude mostrarle a nadie.

Barrios se alejó un poco y me miró a los ojos, yo estaba más y más confundida.

—Claro, muchacho, cómo no, por supuesto, en cualquier momentito —fue la manera menos incómoda que se me ocurrió para terminar todo eso.

Barrios se inquietó, me tomó de las manos y me pidió que lo esperara ahí mismo, que no tardaría más que un minuto en ir a su camarote a buscar lo que insistía en mostrarme, que volvería para llevarme a una pequeña terraza secreta del barco para que pudiéramos estar tranquilos.

Barrios volvió con un paquetito en las manos y caminando sigiloso me indicó con señas que lo siguiera; me entusiasmó mucho el momento, no el momento que él me proponía sino la absurda coreografía de espías que desplegábamos en un barco en el que no le importábamos a nadie. A medida que avanzábamos por pasillos por los que teníamos que pegarnos a la pared porque el acceso estaba restringido, me di cuenta de que me estaba llevando a la pequeña cubierta con glorieta de glicinas que había descubierto en una de mis incursiones. Le chisté suavemente y Barrios paró y me miró, achiné los ojos, me crucé el índice sobre los labios y tomé la delantera tratando de no frotar demasiado mi cuerpo contra el suyo. Al pasar le tomé la mano y lo conduje en el tramo final a cruzar el puentecito para ingresar a la terraza tras la glicina que ocultaba la entrada con una enorme profusión de inflorescencias de violeta lívido.

La cubierta era realmente pequeña y el espacio para movernos era mínimo, además no podíamos hacer otra cosa que sentarnos cada uno en un sillón y enfrentarnos al río que esa tarde sonaba como un órgano de palos de agua en una catedral sin techos. Nos sentamos, y me dio algo como un vahído, estaba agotada, me pregunté seriamente acerca de las razones de mi agotamiento: en toda la jornada no había hecho nada más que la performance de agente de C.I.P.O.L. con la que había llegado hasta el sillón. Actuar me resulta

cada vez más extenuante, pensé, y al instante me di cuenta de que esa era la aceptación más palmaria de vejez a la que me había atrevido. De aquí en más comienza la era de la impunidad para mí, qué estimulante ser una vieja.

Barrios tendrá apenas unos pocos años menos que yo o tal vez una veintena más, era imposible dilucidar la cuestión en ese ejemplar tupí, o guaraní, o tupí-guaraní, o comechingón, por lo alto, o nieto de italianos del sur por lo moreno, o vástago vulgar del reino de Constantinopla, o chozno de bereberes del desierto, o vaya a saber representante de qué civilización y qué barbarie.

Barrios tiene una cara hermosa, una piel increíble como cuero, moreno y radiante, de aires imperiales y modos sencillos; lo miraba y me descubrí pensando: qué ganas de que me coja, pero sabía bien que ese pensamiento no era más que una abstracción, un residuo, un parásito mental de un tipo de depredación que ya no me importaba y que, en verdad, nunca practiqué y nunca me había interesado.

Barrios respiraba calmo y miraba al río, con la mano izquierda sostenía el paquetito y con la derecha se acariciaba el muslo, estuvimos un rato así y a mí me parecía bien retardar el momento en el que me contara cosas y abriera el paquetito que había traído, nada de eso me resultaba atractivo ni me provocaba la más mínima curiosidad.

—Vea —arrancó el hombre y enseguida volvió a quedarse en silencio.

Unos segundos después cambió de posición, se enfrentó a la mesa y empezó a tirar de la cinta que anudaba el paquetito que traía. La cinta se deslizó con la agilidad de una culebra y él no pudo atraparla,

desde entonces es parte del Paraná y lleva la potencia inadvertida de lo desatado. Barrios desplegó el pañuelo que envolvía un pilón apretado de sobres coloreados por el tiempo y me miró; sobre la mesa entre nosotros había un puñado de cartas afinadas por los años, los sobres mostraban trazos de estilográfica de tinta azul empalidecida y las iniciales tenían arabescos anacrónicos que se desleían en un papel amarillento. Mi apatía comenzó a desperezarse, pero no dije nada.

—Tuve que levantarle la casa de mi madre en Caá Catí, hacía una punta de años que no iba, tiré todo. Arriba en el ropero había un sifón plateado envuelto en su caja, estaba nuevo, pero la caja andá a saber de qué año era eso. Estaba como escondido, metido así al fondo, le saqué para mirarle y cuando abrí la caja encontré…

Barrios dejó de hablar y tomó el primer sobre, lo abrió y empezó a leer, una carta tras otra sin contarme nada, gesto que le agradecí. Los sobres, los sellos, la tinta, la delgadez y la elegancia de las páginas de estas cartas son de una materialidad que un poco me deja sin aliento, rémoras del siglo del que solo quedan residuos frágiles y una descomunal lista de masacres.

Voy a hacer lo mismo que con los textos de Amneris, te voy a transcribir algunas de esas cartas de gente absolutamente desconocida para mí, para nosotras, gente que vivió y murió o se está muriendo en un asilo mientras sus palabras son una trama que nadie lee ni oye, pero no sé, no sé.

Vuelvo después, en todo caso, a seguir la conversación de este volcán que me trajo Barrios. No hay nada para saber, incluso las fechas son manchones, aunque creo que la primera está fechada en 1926, luego las cartas se van espaciando y olvidan la precisión de los

datos. También tuve que reponer algunas palabras, por borroneadas o por incomprensibles, a veces me resultaba curioso el uso de las preposiciones. Una sola de las cartas lleva firma, acaso la más impersonal, la que guarda algún registro de formalidad, las demás no ponen nombre del destinatario, aunque la *estimada* del encabezado supongo es la madre de Barrios y el tal Cartola, también supongo, un amor furtivo, tal vez prohibido, no sé. Las copio aquí y, en todo caso, después vuelvo.

Chapadmalal, viernes 19 de diciembre de (1926 o 56, no se entiende)

Estimada:

Releo su breve letra una y otra vez, ¿existe algo más idealista que leer cartas? No lo creo. Aquí, el hotel sigue siendo a la vez fastuoso y modesto. Anoche, después de la comida —por suerte de primero siguen sirviendo ese minestrón famoso—, trajeron el gramófono y pusieron un disco de goma laca muy entretenido en el gran salón. Lo habían anunciado, pero éramos solamente dos para escucharlo, un balancinero de bigotes y yo, y no sé bien por qué cosas de esa música, creo que era un foxtrot, terminamos en lo oscuro tomados de la mano.

Guardo para llevarle un reclame de papel que encontré sobre la mesilla del hall de entrada, tiene impresos buenos consejos de una casa de belleza de pies de la zona, "Aprende a cuidar tus aves trémulas", están titulados. Pienso que le gustará conservarlo.

No veo la hora de que lleguen los días que nos traerá febrero.

Suyo, siempre.
V.

Camino a El Nihuil, 13 de enero

Estimada:

Escribo esta esquela mientras el vehículo marcha a todo dar por ruta de montaña, es menester que lleguemos antes del meteoro. Ruego su dispensa por el titubeo de mi pulso, he de aprovechar este rato pues no sé dónde encontraré un poste restante en los próximos días. Una tormenta se anuncia sobre nosotros y de seguro va a abatirse, pero en estos cielos es difícil mensurar a qué distancia está de alcanzarnos. Estuve observándola mientras crecía desde el norte, es una enormidad, una fragua enhebrada de rayos y centellas, capaz de transformaciones alucinantes. Según dicen quienes me acompañan, carga una manga de hielo de proporciones. Aquí y allá se ven pastores o gente de a pie chuzando animales para arrearlos a los corrales o meterlos en las casas, la manga puede diezmar a las bestias y a los cultivos, hacerles perder todo.

¿Dónde estará usted ahora, con esos ojos furiosos y tan dulces?

Aquí el cielo brama como un gigante y se escuchan relinchos de respuesta.

¿Recuerda usted a su amigo que la piensa?

En San Rafael compré a una doña un monigote de felpa que pretendo enviarle en cuanto me sea posible para que conserve y se

acuerde de mí cuando lo vea.

Aún si no recibiera respuesta a mis cartas seguiré escribiendo, me permitiré traducir su sosiego como una licencia respetuosa y, si no interés, a lo menos, la ventura de su confianza.

Suyo, siempre.
V.

Magdalena, Provincia de Buenos Aires, 18 de enero

Estimada:

Hube de llegarme hasta Buenos Aires en aeroplano desde Mendoza, un verdadero viaje relámpago, para girar en el Banco Nación los tres millones de pesos fuertes que disponía a nombre de un amigo en apuros. No encuentro mayor sinsentido que un hombre no pueda llenar su copa de Clarito, fumar puros y tentar a la fortuna. No voy a necesitar ese dinero y tampoco quiero conservarlo.

Luego del trámite me tomé unos pocos días en una finca cerca de la penitenciaría, la costa a esa altura del Plata es amarga: terrones duros, cubiertos de un verdín brillante, se alzan ante el río como pequeños fortines. Parecen describir la melancolía sangrienta de la historia bonaerense.

Espero que el estímulo contribuya a las decisiones que debo afrontar sin dilaciones.

No se olvide de su amigo fiel, le ruego.

Virgilio Cartola

Bajo rosado, 23

un rumor. el agua viene en grande. es pleno día, la manga se fue posando. llegó oscuridad de plena noche. se escuchan los pasadores tras las puertas. unos balidos.

¿y usted?

¡Usted!

¿Qué me quiere?

Paraje La Ramadita, 27 de enero

Mi muy estimada:

Dejé mi maletín con casi una gruesa completa de medias de nylon al corredor de Cuyo que me liquidó en el acto los pesos que me correspondían de las últimas ventas. Desde entonces no visito más señoritas.

Ahora voy rumbo a Fiambalá y no sé bien por qué.

Estoy sentado bajo un molle en el centro de la plaza. No hay un alma y la calor no parece posible. Apenas sentarme se echaron a mi alrededor unos perros flacos, así estamos, todos solos.

Yo no dejo de pensarla, ¿sabe? Ni un segundo tan solo.

Voy a continuar esta en cuanto logre sitio y pueda refrescarme. Tengo que salir de aquí.

¿A qué vine yo a este Jordán, Frau, a qué vine? A encontrarme con qué, cargada de nada y ya en la cumbre de mi más espléndida manifestación, mujer inobjetable, mujer incapaz de ser tu objeto. A qué vine con esta nada que nadea, cuásar de inexistencia que ni siquiera en esta estadía estrafalaria sobre el río revive algún contorno. En las siestas de estos días agobiantes recuperé algo perdido, nunca voy a poder constatar su filiación a la verdad y tal vez fue por la ocurrencia del archivo, esos papeles de otro que se fueron agregando. Quién iba a decirme que en la frivolidad de esta reunión sobre el agua podía abrirse una nueva biblioteca de la mano de Amneris y de Barrios. El árbol se deshoja por un viento que estampa las páginas en la cara de la viajera que casi no puede respirar porque las hojas la recubren de palabras que se soltaron de sus dueños y la ponen a vivir entre la asfixia y el ahogo.

Lo que recuperé es, claro, una palabra, otra nave que volvió con imágenes que debo de haber inventado para soportarla: mi padre en el patio, doblado ante la bacha, llave inglesa en mano y de pronto el llamado de una potentísima sensación de ofensa que llega desde el centro de la casa, en el cuarto oscurecido donde mi madre se reconcentraba. No sé cuántos años tendría yo en la imagen de ese patio, un amor enloquecido, unas ganas locas de abrazarme a las piernas de mi padre, tan dulce, doblado frente a la bacha y esa palabra que se desencadena de su boca y viene toda hacia mí para

conquistarme la memoria con su estrategia absoluta: una siesta de décadas en el olvido. Y es la voz de mi padre, dulce entre los dulces, que en este patio no me mira, y es la ofensa muda de mi madre que clava los ojos desaforados en mí desde el centro de la casa. Y la voz del padre que suelta la dichosa palabra: *desagotarla*.

¿A esto vine, Frau, para esto llegó el archivo?

No puedo dejar de pensar en que cualquiera de las cartas secretas que conservaba escondidas la madre de Barrios podría haberlas escrito yo, exactas y enloquecidas, así, sin respuesta como toda demanda. Y también cualquiera de los textos de Amneris podría haberlos escrito yo. Incluso cualquiera de mis propios textos podría haberlos escrito yo, Frau. Cualquiera puede escribir el texto, no importan los oficiales, no importan ni el imperio del estilo ni esa búsqueda afanosa por ir contra la articulación de una idea anacrónica y también imperial de la belleza. Y no hablo aquí de la exposición de la cronista y de sus crónicas, eso que no te conté porque es lo que se ahoga de muermo en este barco, me eximí de contarte cada una de las presentaciones de las siete de la tarde y abandoné ese programa de escritura para no burlarme de todos. Por lo menos para no burlarme solamente.

No hablo de esa pretensión loca de la cronista de un registro de verdad, una verdad que arrasa toda mediación, todo tráfico de mentira, de narrador enlazamundos. Tendrías que haberle visto el gesto mientras hablaba, era incomprensible que no advirtiera que bajo nosotros coleteaba la vida viscosa del río lleno de negrura y de seres inmundos, tal vez venenosos y seguramente ciegos.

Casi todos aquí presentaron proyectos que podrían enrolarse en las categorías resbalosas de lo autorreferencial, no importan las

disciplinas, la mayoría de los artistas presentaron croquis de sus vidas y de sus avatares, narrativas de lo que están convencidos que son sus vidas y sus avatares. Esta gente no sospecha siquiera de que podría actuar dominada por un secreto, por un parásito, un padecimiento subjetivo que desconocen y los hace vivir como autómatas engreídos. La vida personal como categoría artística, ¿querés más tragedia que eso, Frau? La letra capturada por la escena burguesa, todas perséfones ultrajadas en los departamentos en los que crecieron, qué ganas de morir, qué hastío.

Habían dispuesto las sillas ya no en hemiciclo, la cronista había pedido hacer su presentación en una de las cubiertas interiores, no quería que nada se interpusiera entre su discurso y los asistentes, que ningún bicho zumbara más que ella. La cubierta interior está tapizada de *boiserie* oscura y la madera de las sillas es clarísima como la desesperante y vulgar ropa de lino de los invitados a un casamiento pituco en el campo. No combinaban, eran asientos de verano para un ambiente pretendidamente invernal, parco y concentrado. El armado del espacio era graciosísimo, una especie de aula en la que el escritorio coronaba la clase que, en efecto, la cronista nos obligó a tomar a quienes tuvimos que permanecer en esas sillas como pupitres. Fue enloquecedor escucharla discurrir con una total certeza de autoridad, certeza que parecía compartir la mayoría del auditorio por el silencio reverencial que le prodigaron y un asentimiento de cabezas que incluso contradecía los vaivenes del barco. Qué estúpidos, ¿te imaginás una epidemia de tortícolis sobre el Paraná? Y la orden de Petzold de atracar en el malecón Figueredo, el primero de los puertos por delante, en procura de asistencia, y

que la enfermera de la salita de la isla agote su reserva de barritas de azufre en los cuellos atormentados del pasaje.

La cronista y su deliberada idea de marginalidad que, claro, la confirma en el centro de sí misma, su asomarse a la sordidez para dejar constancia indeleble de su mirada sin politicidad y sin historia, crónica de su propia subjetividad y largas reflexiones acerca de cómo mirar, de la importancia de recrear ese atardecer sobre las chapas de la villa que linda con el country, la luz recortada por la sombra del basural que se cierne sobre el final del libro.

No hablo de eso, Frau, ya no me peleo ni con eso ni con ninguna de esas cuestiones que imponen las modas editoriales que terminan por seducir a la academia, nuevas categorías para atrapar al viejo mundo, viejas categorías para que el salón crea que recupera alguna vitalidad y aumenten los cuchicheos por un rato hasta el próximo premio.

No digo eso, más bien no digo nada, más bien hago silencio porque ya no sé quién habla.

Y no sé a qué vine hasta acá, tan lejos, tan húmedo, tan incómodo.

Tal vez para soltar una palabra. Cualquier palabra.

Estoy incómoda, Frau, también con esta literatura que era mi salvaguarda, la única literatura que me seguía interesando, también con esta carta de destino cada vez más impreciso. ¿Una carta que no voy a mandarle a nadie es una carta a mí misma? Diario personal sugiere eso. Pues si va a ser un diario personal, dios me perdone, quiero mi cuaderno de tapas duras con hebilla deslizante y candado para poder esconder la llave debajo de la almohada como cuando era chica y mantenía mis secretos a salvo de admoniciones.

No sé, estoy incómoda, hace días que el calor es grosero y constante, casi no refresca por las noches y me despierto transpirada en la litera revuelta. ¿Y qué pasa con vos si esto no es más que un diario personal?

Tal vez llegué hasta el medio del Paraná para dejar de imaginar, para darme cuenta de que vivo imaginando, de que imagino mal: no estás y no estuviste y tal vez no hayas estado ni siquiera en los días de esos pocos meses que vivimos en Amor de Dios o en la casa racionalista de Santa Teresa o la temporada en la que intentamos radicarnos en Paysandú o cuando en el regreso nos mudamos a Monserrat o cuando sorteábamos los pasillos atestados de los bares de poesía o cuando nos reíamos como locas en la cama después de hacer el amor y comer tostadas, después de leer a Skeffington y a poetas que recién descubríamos o después de emborracharnos con esos horribles licores caseros que hacía tu madre o después de

probar las rocas pequeñas de esa extraordinaria sal de Maras que trajimos de nuestro viaje a Lima.

Vine acá para encontrar al fantasma. Vine a esta edad para encontrar el fantasma y es desesperante. Y no sé si voy a animarme a mirarlo de frente, si voy a caminar para atravesarlo. No sé si soy capaz de seguir para descubrir que detrás del fantasma no solamente no estás vos y no estuviste vos, tampoco estoy yo.

Debería dejar de imaginar, pero hace un calor demencial y mi delirium es dar vueltas en la cama transpirada y hacer la siesta. Y despertarme de la siesta y pensar un rato en levantarme, inventarme alguna actividad y renunciar a todo, darme vuelta otra vez y volver a dormirme, volver a la siesta. Hace calor y no aguanto, estoy agotada y esta carta se deslee.

Bueno, me senté un rato bajo la pérgola de la cubierta donde se suele tomar el té y me sirvieron un enorme vaso de agua. No hay demasiada gente revoloteando y hace mucho calor, pero el río está manso y, cosa rara, desde acá parece cristalino. Esto era todo lo que quería, un gran vaso de vidrio en el que cupiera mucha agua para seguir contándote: te imaginarás mi cara mientras Barrios me leía esas cartas, no podía creer lo que estaba escuchando, esa lectura era como ver fotos de época, una inmersión en otro tiempo, postales muy específicas de unos modos de vivir, de relacionarse.

Barrios terminó de leer y me miró; tendrías que haberlo visto, Barrios tiene una cara extraña, imposible de dilucidar, o un lenguaje que nosotras no comprenderíamos, no sabemos leer, lo encontramos demasiado complejo para nuestros conocimientos categoriales tan directos, tan esenciales: está triste, está alegre, está furioso, avergonzado, me desprecia y poco más que eso. Hay que decir que la nuestra es una paleta paupérrima y moldeada por el cine de la primera mitad del siglo veinte y por las cancionistas del treinta. Pues la cara de Barrios era todo eso junto y de los ojos le salía también algo duro, como de una hondura criminal, como a punto del atraco, a punto del facón o del disparo. La cara de Barrios era dura, pero a la vez de una plasticidad que para mí era y sigue siendo una incógnita.

—¿Qué me dice?

—¿Y qué le voy a decir? —Mi boca tomaba decisiones más veloces de lo que yo podía sopesar, la sensación era de que esas decisiones resultaban siempre equivocadas, insatisfactorias, groseras.

—Y, yo no sé, señora, yo le pregunto a usted, ¿qué me dice? —insistió.

Todo lo que habíamos logrado desde que nos cruzamos en el puentecito, desde que él se fue a buscar su tesoro para mostrármelo, desde que nos sentamos en los sillones y él empezó a leerme se escurrió en los restos de la tarde, como la cinta que sostenía las cartas. Ahora quedaba su espera de un signo que nos hermanara, un signo que debía imprimir yo como respuesta, esa demanda era evidente, y justa; debía franquear una lengua común que enlazara en capitoné toda la parábola desde que nos cruzamos en el primer almuerzo en la chancha. No era una pretensión desmedida, insisto, pero yo estaba demasiado rota para asumirla, o agotada para ser sincera. Agotada de no entender y pretenderlo, de buscar entender mis últimas décadas, agotada de mis estrategias para eso, para justificar los sucesos por más modestos que hayan sido y por más que vos te deshicieras de ellos y de mí tan fácilmente, ponerlos en una perspectiva comprensible. Agotada de esforzarme tanto para descubrir un sentido a mi encuentro con vos y terminar en este barco con proa tan evidente al sinsentido. No sé.

—Que son un tesoro que debe conservar, Barrios —se me ocurrió decirle y pude decirle—. Un tesoro del tiempo y de su madre. Y a cualquier persona le encantaría encontrar unas palabras así, tan pudorosas, tan prolijamente escritas en páginas tan leves, escondidas por años y años en lo oscuro. Es un tesoro, Barrios. Y es único.

Tampoco tengo herramientas para describir la expresión de la cara de Barrios, la expresión de todo el cuerpo de Barrios cuando terminé de hablar, no soy capaz de traducir eso porque el tipo estaba llorando a gritos como un urutaú en la noche, pero sus ojos ni siquiera se humedecieron o se abrieron o se achinaron un poco. Su expresión era de una potencia descomunal, pero era a la vez inexpresiva, él y lo que sucedía en ese momento no necesitaban de la expresividad, esa droga dura que cultivamos en las ciudades quienes tenemos al arte como insumo fundamental, de clase, claro, pero también de contemporaneidad, de posicionamiento y reflexión y, disculpas por la palabra, de resistencia. Bueno, como dije, de clase.

No sé decir eso, Frau, fue como asomarme a lo que deja sin palabras, un verdadero horizonte de sucesos. Y eso debe ser por algo, ¿no? O por nada y ya, no sé.

Barrios volvió a plegar las cartas y las ubicó en el centro del pañuelo, comenzó a tenderlo para cerrar el paquete, lo hacía lento y con pulcritud sacramental mientras asentía, parecía tranquilo.

—Vio, doña, yo también tengo —dijo sin mirarme y con un tono que no le había escuchado.

No volvió a hablar, pero siguió asintiendo para demorar el fin. La escena estaba terminada y los dos lo supimos, salimos de ahí sin los aspavientos ridículos del principio aunque con cuidado por si nos cruzábamos con alguien, algo harto improbable a esa hora y en ese rincón del barco.

Cada uno volvió a sus cosas.

Ainda é cedo, amor… Me levanté cantando con el crepúsculo náutico, está anunciado día de jolgorio en la chancha y me dispuse a acumular la mayor cantidad de silencio que pudiera. Estoy en pie desde las cinco y antes pasé la noche dando vueltas en la litera, dormitando de a ratos, soñando un poco y despertándome por recortes sonoros imperceptibles que me hacían abrir los ojos como si hubieran sido estruendos. Me vestí con mi toga blanca, mi sefsari tunecino con el que deambulo los domingos desde que me levanto hasta que me acuesto. El lucero de la mañana brilla en la parcela de cielo más alta junto a otra estrella enorme, la otra noche las poetas dijeron que era Júpiter —acá son todas astrólogas, todas quieren ser Olga, qué plato—, pero la avanzada solar es gradual, parsimoniosa, más presente a cada segundo, como el color que se instila lento en el pétalo blanco y replegado cuando recién aparece en la flor todavía dormida.

La chancha vadea ciega, una ballena que ronca suave y suelta olitas que rompen en la proa. Me traje una reposera de lona y me senté a ver las aves enormes recortadas contra la claridad creciente, pterodáctilos que duermen en el aire antes de su jornada sangrienta. Lo único que brilla, además del planetario por encima, es el peltre de mi petaca cada vez que la acerco a la boca, cada vez que la devuelvo al regazo. La boca líquida y el regusto a ginebra cuando el sol todavía truena debajo del horizonte y los lagartos overos abren y

cierran su párpado transversal. Me levanté y me asomé a la borda, el agua es negra y el Paraná parece manso y retraído en su guarida, ¿cuánto puede durar esa ausencia de acechanza, esa distracción, esa inconsciencia de peligro? Poco, lo sé, más temprano que tarde el sol arrancará el cuajo de la noche y la chancha comenzará su vigilia de vieja indolente, insolente, ridícula y putañera. Tenía que aprovechar el rato de nada sobre el río, de nada bajo el cielo aún estrellado, y descubrirme como si oyera el tránsito de la lapicera sobre la hoja, el papel rasgado por la pluma y sanando enseguida por el merthiolate de la tinta, agrupando células para no desangrarse por la voluntad de esta escriba que no ceja, que no puede renunciar a la carta, que no sabría cómo hacerlo, que sospecha que eso se hará solo cuando no haya más mano y no haya más cuerpo y no haya más memoria ni ilusión de reencuentro. O por lo menos espera, ruega que la carta cese cuando cesen los latidos y la gran desafección que impulsó esta larguísima respuesta se disuelva en el vacío. Que esto termine cuando no despierte, por favor, que de verdad termine. Que la intemperie que vengo escribiéndote con membrete encuentre algún cobijo y dejen de hablar mis manos para siempre.

Qué vieja exagerada y ridícula, por dios, qué igual a la chancha me volvió este viaje; el desayuno de ginebra tal vez haya sido excesivo, pero qué delicia este ocaso cuando el sol despunta. El primer gesto del día fue hermoso, como salido de una niebla empecé a verlo no tan lejos de la chancha, pero en dirección a nosotros y sacudiéndose los restos de la noche, un patacho naranjero bien mangudo que venía lento pero sahumando el Paraná de negro y cada tanto se contraía por una tos seca de perro viejo. Duró un

montón el acercamiento, cuando nos cruzamos se lo veía lento y como semihundido de carga y se distinguían las siluetas de dos tipos fumando, uno iba y venía medio nervioso cerca de proa y el otro iba sentado sobre los cajones de fruta más cerca de popa. Me paré para que me vieran y para saludarlos, pero no me dieron artículo o no me registraron o me tomaron por un fantasma; estoy flaquísima y con el sefsari blanco debo parecer un espectro. Lo de la comida nocturna no funcionó, esas papas que me dejaba Barrios se iban acumulando hasta que se ponían rancias y las tiraba en el tachito del baño; aproveché para irme a dormir liviana. Lo del almuerzo de mayonesa de ave y la Estambul tampoco funcionó, me dediqué a comer lo que encontraba, además esa bandeja no aparecía siempre y si llevábamos muchos días sin atracar en ningún puerto la oferta del comedor raleaba, se volvía sosa y cambiaban la soda individual de vidrio por botellas de plástico de dos litros y cuarto de gaseosa cola La Bichy.

Estoy flaquísima y arrugada, debería comer más para alisar los surcos que se me hacen en la piel de las pantorrillas, en los brazos, debería dedicar las tardes a las masitas de manteca para rellenar los huecos en los que me desintegro gradual y parsimoniosa, pero me encanta ser una vieja, me encanta este premio rasposo de lotería pobre que me cuelga por todas partes.

Ya ves, ahora ni siquiera te podría atraer por las caderas o el escote o la piel del cuello bajo las orejas que buscabas con olfato de pointer inglés, soy una vieja flaca. Qué alivio.

Primero lo primero. Primero el escándalo, después te cuento lo de la jornada de jolgorio, pero primero el escándalo: agarraron a Amneris con dos pelirrojos de melena de rulos, gemelos, ayudantes de cocina. Los pelotudos se quedaron dormidos y dejaron un porro encendido sobre el colchón y ese camarote inmundo que es todo telas colgando se prendió enseguida. Los sacaron a los tres desnudos y tuvieron que clausurar el camarote y reubicarla a ella, que estaba como ida. Los pelirrojos son lívidos, tienen la piel blanquísima y traslúcida, son largos y terminan en esa llamarada roja que parece un pendón imperial, son deslumbrantes como retratos renacentistas, puro blanco de plomo, cuerpos lampiños e increíbles, te juro, con pubis abundantes, incendiados de cadmio, suavemente musculados y ojos de albinos. Parecen faltitos, son muy educados, pero responden y se mueven como si necesitaran todavía un golpe de horno; pude verlos desnudos porque cuando empezaron los gritos salí a la cubierta y estuve ahí cuando los sacaban. Te puedo asegurar que la tarada no es ninguna estúpida y que ahora que este viaje se le va a espesar, por lo menos se va a quedar con un registro masivo en la bitácora, un gran recuerdo, eso es palmario.

Petzold estaba enloquecido, al barco no le pasó nada grave, pero fue la primera vez que lo vi acercarse a algún ejercicio de autoridad, por supuesto fue una sobreactuación en la que aprovechó para perfilarse como capitán enfrente de todos. Quedó más bien como un

frío de espíritu, traté por todos los medios de hablar con él y hacerlo aflojar, no hubo caso, llegué a ponerme a gritar yo también en su despacho. Cerré la puerta para que nadie me escuchara, nos quedamos solos y la emprendí contra su exageración, que después de todo no había sido grave y que me parecía insólito que penara tan severamente algo que en realidad ocultaba que lo que castigaba era de índole sexual. Me miraba perplejo hasta que sonó la radio y empezó un diálogo interrumpido por ruidos y códigos con gente de la Fundación en las oficinas centrales, de pronto todo se convirtió en un juicio militar sumarísimo: Amneris se quedaba afuera del viaje, se quedaba afuera de la residencia, la iban a bajar en el próximo puerto por el que pasáramos y la iban a devolver a Buenos Aires. Una locura todo, un drama absurdo y medieval, era evidente que la ofensa intolerable era la sexual; por supuesto que de clase, claro; de los pelirrojos se iban a deshacer naturalmente, como cualquier empresario palurdo se deshace de un trabajador, pero lo que repetían era el nombre de Amneris y las voces se les fruncían como a tías de pueblo que se aferran al relicario para enfrentar al demonio.

Pedí hablar con el representante en la central, Petzold no me escuchaba, tuve que insistir y sobreactuar un poco yo también, finalmente aceptaron mi solicitud y como no sabía usar el aparatejo, el capitán manipulaba el altavoz. Mis argumentos tampoco parecían funcionar y las respuestas que me daba el responsable eran de una formalidad idiota; al principio expuse mis dotes más diplomáticas, pero me empecé a soliviantar y recién ahí el tipo me dejó espacio para que expusiera. Era todo absurdo y con más calma hablé largo y el tipo cambió la respiración; a esa altura Petzold estaba

completamente desactivado y la escena empezaba a mostrar signos de que todo encontraba cauce y en la central parecían comprender. El tipo me dejó hablar, cambió de tono y me dijo:

—Tiene usted razón, señora, la más pura y absoluta de las razones. Es todo de una nimiedad, de un sobregiro que abruma. No crea que no pienso en esa muchacha, en su carrera, en las consecuencias curriculares que podría acarrearle la decisión de sacarla de la residencia. Es absurdo y estoy cansado, ¿sabe?, harto, son muchos años de tratar con artistas, gente de constitución sensible, claro, y esencialmente mala. Le ruego que no se ofenda, señora, estoy cansado. Y tiene usted razón, toda la razón, es una idiotez, pero si alguno de mis superiores se enterara de esto, y es mucha la gente que está al tanto de lo que pasó en la nave, yo me quedo sin trabajo, el capitán Petzold se queda sin trabajo y créame: ese hombre está cansado, señora, harto. De modo que ni modo. La chica se baja en el próximo atracadero. Sin falta.

Me quedé muda, lo único que se me ocurría para seguir la contienda era reclamar porque no nos servían más esa soda deliciosa. Miré a Petzold, que sostenía el altavoz y lucía resignado, miraba al piso y respiraba con dificultad; ese hombre está harto, pensé. Se escuchó un ruido del otro lado de la radio seguido del más sólido silencio, la conversación había terminado. El capitán y yo estábamos solos en su despacho y a mí me empezó a dar fiaca todo, tenía ganas de encerrarme en mi camarote a pasar lo que quedaba de la noche durmiendo y juntar energía para despedirme de Amneris al otro día. Eso me calmó el desasosiego, darme cuenta de que el momento también había terminado para mí y que el único resto que tenía me alcanzaba justo para despedirme de la tarada y verla subir

a un muelle como una Juana de Arco directamente al corazón ardiente de la hoguera. Ya está, Petzold, hora de dormir, toda la nave merece descanso.

Mientras me levantaba de la silla en la que me había sentado para hablar con la central, me pareció que el capitán me ocultaba la cara, que sus mejillas fosforescentes dejaban de iluminar el despacho y que ese hombre escondía su llanto. Está cansado, pobre, pensé, y me fui arrastrando las chinelas de fieltro y taco chino con las que había salido de mi camarote hacía ya muchas horas.

Me estoy muriendo, Frau, ya está, es así, aunque me resulte inverosímil e imposible, me muero, me estoy muriendo. Estoy tirada en mi litera de sábanas revueltas y transpiradas, la blanquería de la chancha no es de primera, ¿sabés?, y nunca pensé que iba a morir sobre una mezclilla de poliéster al ochenta por ciento y algodón al veinte. No es tuberculosis lo que me mata, aunque morir en un barco enorme y lento sobre un río melancólico pueda lucir irremediablemente decimonónico. Me muero y estoy tranquila; mi única preocupación ahora es que la calidad de la mortaja seguramente va a ser la misma que la de mi ropa de cama y ya me lo veo a Petzold ordenando que me envuelvan con estas exactas sábanas que de otro modo tendrían que incinerar. Cuando por fin pueda eructar, hace un rato mezclé una enorme cucharada de bicarbonato en medio vaso de agua, voy a dedicar unos minutos a imaginar la ceremonia en cubierta. Todos formados en silencio alrededor de mi cuerpo amortajado, sostenido sobre una tabla con caballetes frente a la mañana diáfana, unas coronas de flores de irupé a los costados, una ristra sobre el cuerpo humedeciendo mi vestuario final hasta que me levantan para dejarme caer grácil por la borda y la escolta de marineros pierde el equilibrio y me golpean la cabeza y me resbalo de sus manos y me sueltan y me voy, caigo rebotando contra el casco y mi cuerpo tarda en perderse en el agua y se pega a la chancha y la mortaja empieza a ceder, a desenrollarse

y se me comienzan a ver las chinelas hasta que el fluir del río en contra me deja descalza y las pantuflas se hunden en un vaivén gracioso y un pobre surubí fané que nadaba por ahí se encaja de costado en una y queda para siempre vestido de entrecasa, pero qué lujo eso en el Paraná profundo, qué manera de hacer roncha y ¡vamos, surubí viejo y peludo!

Mientras en cubierta el capitán habla sensible, da un discurso en el que rememora mi vida y mis logros profesionales que nadie escucha porque el viento le roba las palabras, se las lleva, esas palabras tampoco llegan a ninguna orilla, nadie escucha el responso en mi honor, ni siquiera los coipos en sus madrigueras. Me muero, Frau, paciencia. No voy a llegar a Asunción más que en espíritu, y creeme que todo lo que quería desde que inicié esta incomodidad espantosa era llegar a Asunción. Creo que nací para llegar a Asunción y ni siquiera yo misma lo supe, que viví mi vida con ese único deseo: llegar a Asunción. Llegar a Asunción. No quiero llegar a ningún otro sitio, y no voy a llegar, paciencia.

Moribunda en este lecho, te escribo. Pálida y empalidecida, recorrida de sudor frío y una dispepsia que me tiene cuadripléjica, con las venas llenas de sangre envenenada y a punto de coagular para siempre, había prometido contarte el día de jolgorio, el día funesto en que cavé mi propia tumba. Aquí estoy.

La jornada que terminó con la noche de Amneris y los pelirrojos era una de las tres del viaje en las que estaba previsto que atracáramos, una de las tres jornadas en que la chancha se detendría en un muelle y la residencia propondría una actividad protocolar que esta vez sería nada más que de esparcimiento. Las otras dos habían portado un cariz etnográfico, en una nos llevaron a

conocer una "comunidad", el capitán nos leía en voz muy baja como si evitara despertar a un bebé unos impresos en los que se relataba la historia de una nación valerosa de varones corajudos y mujeres hacendosas, dueños naturales de la tierra, alfareros, gente con una relación perfectísima con la naturaleza, los bichos, el aire, el agua, una nación en la que no existen ni sombra de maldad, ni delito, ni desidia, ni propiedad privada. Una nación de gente que refiere cada una de sus acciones a un dios y habla una lengua de entredientes que entienden las víboras, las cascadas y las nubes, la madre tierra. Bueno, todo eso.

Lo que vimos fue un rancherío pobrísimo con mujeres obligadas a ofrecernos chipá cuerito y a sentarse a responder las preguntas racistas que salían de nuestras bocas, que articulaban un cuidado y un pudor que no bastaron para ocultar el espléndido, brillante, en muchos casos académico, y siempre humanitario racismo que antecedió, precedió y prevaleció a nuestra visita.

La chancha es un rejuntado de almas sensibles que dejan una tarde libre para ir al encuentro de los naturales.

Los fusiles están del lado equivocado, Frau, y esa escena terminó como termina siempre la escena blanca, impune. La gente de esa comunidad debería habernos llenado de chipá cuerito y en cuanto nos diésemos vuelta para irnos deberían habernos descosido a tiros, habernos ametrallado en un segundo y haber vuelto a sus quehaceres agónicos en ese monte seco y desvencijado.

La segunda vez fue menos salvaje, pero igual de estimulante: llegamos a una zona que prometía maravillas de la flora, un cuadrante después de los esteros y en el comienzo de la selva que, aseguraban, era patria de las más extravagantes orquídeas salvajes.

Cuando bajamos en el muelle nos esperaban dos guías del lugar ataviados de safari para internarnos en la antesala de la selva, caminamos algo más de una hora por un sendero de pasto recortado, perfectamente señalizado con cartelitos de madera tallada, mientras escuchábamos la lección de los guías sobre la curiosa variedad, única en el mundo, de *Phalaenopsis* y *Cattleya* que reinaban en esa selva. Al llegar al sitio, una especie de cuadrilátero con quincho en el que podíamos comprar porrones de cerveza misionera, pebetes de salame y queso envueltos en film plástico y heladitos de agua de frutilla y ananá, no vimos ni una sola flor, ni una. Las plantas parasitaban los troncos y estaban como desesperadas de agua, deprimidas, no vimos ni un pimpollo, ni una margarita, ni un clavel del aire, siquiera; ni uno de esos soles de diente de león que son plaga en San Isidro, en Martínez, en Boulogne.

Lo único que pudimos ver, que divisó el cineasta del grupo y nos advirtió a todos con señas silenciosas, fue un carayá cagando tranquilamente en la rama de un árbol pelado. Cuando el mono nos descubrió se mandó mudar inmediatamente con su trámite a medio hacer. Una porquería todo, Frau. Hombre blanco, vos y tu ecología tan liberal como el Derecho, váyanse a la mierda, debería poner un enorme pasacalle apenas bajar de cada una de las salidas de la Panamericana.

¡Me muero, Frau! Y la sien derecha me late con una punzada ardiente apenas intento cambiar la posición en la litera de este camarote oscurecido con toallas y con toda mi ropa para que no entre la luz del día que me hiere. La parca no termina de llegar y mi mente merodea sin sentido y me demoro porque soy posesa de esta

insoportable, infantil e infame voluntad de contar que tienen nuestros escribas. Qué locura esa fascinación por la trama, ¿no?, esa inagotable demanda de historias; nos quieren a todas landriscinas, una literatura de ocurrencias, conquistada por la narrativa exitosísima y científica del cine, todo guion perfecto y perfectible, Frau, qué terror le tienen a lo improbable, a lo fuera de cálculo, a la deriva, a lo que no es ni chicha ni limonada, qué manga de brutas y de brutos.

Cuestión que ese día atracamos nomás, nos habían recomendado que llevásemos ropa liviana y sombreros, y sin preguntarnos nada, a medida que nos subíamos al puente para dejar el barco, nos fumigaron a todos y a cada uno con unos pulverizadores de zinc galvanizado enormes. No dejaba de ser pintoresca la escena, y anacrónica, la sensación que rondaba entre nosotros era que todos actuábamos un poco de más para que el día fuese exitoso y resultara fuente copiosa de relatos y recuerdos. Cuando salimos del muelle e ingresamos a la isla, tras una cerca de jabuticabas con los troncos llenos de fruta, una inmensa cantidad de caraguatás de sangre, bromelias en flor y unos açaí enanos que ocultaban la visión más allá de la entrada, caminamos unos metros por un sendero de lajas hasta llegar a un predio de césped en el que había una mesa de tablas sobre caballetes dispuesta con manteles blancos, lista para recibirnos. Eso era todo lo que había, más allá de la mesa se veía un galponcito y por detrás una masa verde compacta, la pura selva impenetrable. Era como uno de esos recreos en el Tigre en los que al llegar te dan un choripán mientras caminás a la mesa con bancos de cemento al pleno sol donde te sirven el asado, te encajan una casata de postre y antes de terminar pita la lancha colectivo que te lleva de vuelta porque empieza el otro turno.

Algunos de nosotros queríamos probar las jabuticabas oscuras y brillantes y cuando pasábamos al costado de los árboles estiramos

las manos para alcanzar alguna, pero el personal que nos recibía se apresuraba a acercarse para indicarnos que estaba prohibido servirse de los frutos y arrancar esquejes de cualquiera de las plantas del solar. Sin embargo, como contraprestación, ofrecían unos vasitos plásticos de un jugo "natural" fresco y dulce que para mí estaba rebajado con Suin o Royalina. El primer trago de eso era una explosión de azúcar y notas cítricas en la boca, y el sabor era absolutamente delicioso y de una redondez tan exagerada que era imposible que eso tuviera alguna relación de origen con la tierra.

—Nada de acritud… nos tratan como a niños de seis años adictos a las golosinas —dije a los que me rodeaban, pero la verdad es que pensaba que eso mismo era una suerte.

Dejé el vasito en la primera bandeja con la que me crucé y mantuve la esperanza de que la frugalidad de mi dieta en la chancha pudiera desbaratarse con algo verdadero, inusual, peligroso: fricasé de lomo de constrictor, carayá *au vin*, venaditos al marsala, no sé, alguna cosa. Todos buscábamos más o menos lo mismo, una comida que nos angustiara un poco, que empujara nuestros límites morales. Esa percepción fue un bálsamo y me llevó a mirar a mis compañeras y compañeros de residencia con una ternura nueva, me dieron ganas de participar y promover el encuentro, de estar ahí con ellas y ellos. Con la cronista no.

Las muchachas del servicio nos pidieron que nos sentáramos y me adelanté para ubicarme al lado de las poetas y enfrente del director de cine y la Morán, una cantora de tango extraordinaria que se había sumado al pasaje unas cuantas leguas allende Curuzú Cuatiá. Me vieron tan resuelta a acercarme que se sorprendieron y no parecían nada disgustados, al contrario, las tres jóvenes se reían menos que

de costumbre entre ellas y se movían poco, me prestaban una atención inusitada y festejaban cada cosa que decía. Al cineasta le notaba un halo que hasta ahora no le había notado, tenía el gesto relajado, era definitivamente buenmozo y con ese cansancio nuevo que le caía sobre los párpados resultaba hasta interesante. La diferencia de clase entre las chicas y él era evidente; la poesía es claramente de acceso libre y gratuito mientras el cine le demandaba a este muchacho una papa en la boca que a veces se le resbalaba como si se hubiera distraído y dejaba dicho que no era un espécimen con denominación de origen. Qué divertido, Frau, el mapa social de este cachivache es una risa. La Morán era otra cosa, por supuesto, parece venida del Marabú o del Chantecler o de cualquiera de esos cabarets de Buenos Aires, tiene pupilas negras y chiquitas, dos brasas ardientes que fulminan, es menuda pero canta como la Falcón, como la Simone. Hacia el otro extremo de la mesa quedaron el capitán, la cronista en la cabecera, claro, a su izquierda Amneris y a la izquierda de Amneris para mi sorpresa nada menos que Barrios. Enfrente de él se ubicó el muchacho del circo, retacón y con unos muslos formidables, y a su lado, el bailarín clásico, rubio, muy delgado y de bigotitos perfectamente recortados, ¿me explico? Creo que no te conté sobre ellos hasta ahora, son como un tordo y un jilguero, cuando están en público se repelen de una manera tan intensa que no queda espacio en la mente más que para imaginarlos frente a un altar del que huyen enseguida a una luna de miel secreta que pretenden ante las familias como viaje de negocios. Son jóvenes, pero el petiso es claramente mayor por unos años y en las sienes peina canas prematuras; en una década podrá presentar al bailarín como a su sobrino, sin problemas.

Por favor, que mis comentarios un poco cínicos acerca de casi todos no te confundan, estuve de lo más entregada a la escena, de lo más confundida con el ambiente y de lo más entretenida, y creo que mi actuación unas noches antes contribuyó a quebrar esa vitrina de museo que me alejaba del resto del pasaje. Ya te contaré eso también, claro. O no, no sé.

Ahora sí, el origen de mi mal, lo que me tiene postrada y no sé, vaya a saber, por como me siento, la razón por la que mi vida podría pender de un hilo. Apenas nos acomodamos en la mesa nos trajeron unos grisines y unos platitos con rulos de una manteca tan amarilla que nadie probó, era evidente que estaba rancia, que el calor apretaba tanto las heladeras que no daban abasto. Eso entraba en una lógica que todos aceptábamos tácitamente y que, cuando probamos los grisines, decidimos olvidar. No sé cómo es que las panificaciones afuera de la ciudad son tan desesperadamente increíbles; dicen que es el agua dura de minerales lo que les da ese sabor bautismal. Cada vez que pruebo algo de eso recupero la mordida original, el desflore original, cada mordida de un bizcocho, de un criollito, de un bollo, de un grisín es la primera, y cada vez pararía para hacer una ceremonia y dejar dicho que en cada uno de esos bocados se reinaugura algo que llega desde la diáspora lejanísima, de errar y vagar por el desierto. Nunca lo hago, claro, no me gusta que me tomen por loca y menos me gusta perder el tiempo precioso de agenciarme la mayor cantidad de esos palitos crocantes y salados como la entrada de la comida. Eso hice, apuré el trámite con cara distraída para evitar miradas acusatorias y terminé la panera con una mezcla impalpable de violencia y elegancia que nadie se atrevió a desafiar.

Vieja impune, Frau, *at last my cup of tea*!

Recordarás que apenas como carnes blancas, algún pescado cada tanto y casi por prescripción médica, supongo que también recordarás que solía decir que no como nada que tenga ojos. Bueno, una vez me escuché decir eso y de verdad me escuché decir eso. No lo dije nunca más, por cierto, qué tilinga, qué bobada complaciente. Sin embargo, en lo último mi alimentación ha sido frugal y sensata, hasta ayer que descubrí que es verdad: nadie sabe lo que puede un cuerpo.

Llegaron las chicas del servicio con lo que descubrimos, tardíamente, era toda la comida prevista para ese almuerzo, unas platinas enormes llenas de fiambres enrollados alrededor de cúmulos de ensalada rusa. No tenía sentido que a nuestro pequeño grupo lo atendieran cuatro señoritas ni que las platinas tuvieran esas dimensiones y sumaran seis en total. Salame, salchichón primavera, algo casi fucsia y uniforme que fungía de jamón cocido, una especie de queso granizado al que llamaban *fiambrín*, otra con un salpicré entre marrón y violáceo que no podía identificar y una última que reunía un poco de cada uno. La disposición de las fetas enrolladas llegó con un armado que duró solo unos instantes, a medida que las depositaban en la mesa el calor las aplanaba y los fiambres empezaban a exhibir una sudoración profusa, igual que nosotros. Lo que ocurrió fue maravilloso y mostró por primera vez un espíritu de cuerpo que no había atestiguado hasta entonces, nadie en el grupo se animó al más mínimo gesto reprobatorio y todos comprendimos que para saciar el apetito debíamos emprenderla sin dilaciones.

—¿Qué es eso, querida? —pregunté a una de las chicas que nos atendían.

—Queso de chancho, señora —me dijo.

—¿Queso de chancho, querida? —No podía ocultar la perplejidad y la náusea mientras aprovechaba para acercar hacia mí esa platina que, cosa curiosa, quedó ahí todo el rato y nadie osó meterle mano ni moverla.

Lo que me tiene a la muerte, Frau: devoré esa platina casi sin respirar. Nunca en mi vida había comido inmundicia tal. Mis propios compañeros de mesa me explicaron cómo estaba hecho eso, y no pude detenerme siquiera por remordimientos, siquiera por piedad o por decoro, por asco, por la memoria de Marco Aurelio, siquiera a probar la ensaladilla o a beber sorbos de la sidra La Farruca que nos habían servido.

No sé si fue la comodidad inédita entre nosotros en ese almuerzo, la ausencia de acechanza y suspicacias, percibir que todos estábamos más o menos en lo mismo y con los mismos fantasmas y las mismas preocupaciones, el calor que no permitía sujetarse demasiado, no sé.

Me comí casi toda la platina de ese fiambre que es residuo del holocausto de los frigoríficos y me dejó al borde de la muerte, casi sin signos vitales.

El cuerpo falla, Frau, aquí me ves, el cuerpo falla. La lengua no. La lengua insiste y repite, tiene la vitalidad mortuoria del lenguaje, de lo que vive más, de lo que se expande.

Bendito bicarbonato que exorcizó el mal de mi cuerpo con un bramido de bestia y me permitió unas horas de un sueño dulce como el de una beata. No fue una ceremonia sencilla, vi cosas de inframundo y escuché voces que salieron de mí como de ultratumba. Voy a ahorrarte los detalles, por supuesto, pero parece que esta tampoco es mi hora y que el demonio tuvo que replegarse a su cueva; por un rato salí indemne, victoriosa. Pude dormir hasta que empezaron a sonar los gritos de los marineros que cargaban tachitos con agua porque el fuego abrasaba el camarote de Amneris y logré salir del mío con la toca impecable, envuelta en mi robe de seda y matelassé y con mis chinelas, pude correr por los pasillos y las cubiertas de la chancha en la noche del Paraná para ver qué pasaba.

Hasta que llegué ante el fuego. Hasta que llegué ante los pelirrojos. Hasta que llegué a ese borde de nuestra travesía que, a partir de ahí, pareció mostrar por primera vez su verdadero destino.

Navegamos dos días más en una calma constante, el clima fue del todo agradable, ni tormentas ni bochornos y hasta avistamientos de lo más generosos. Aves y todo tipo de fauna parecían haberse complotado para aparecer ante nosotros en silencio y en cantidad: ciervos, bandadas de tucanes, familias de yacarés que se sumergían a nuestro paso siguiendo a ejemplares viejos y solemnes, lampalaguas que escoltaban a la chancha por leguas, monos aulladores que hacían que el espacio se volviera cóncavo y

resonante, algún yaguarundí perdido y hasta yaguaretés que bebían en la orilla y, cuando nos escuchaban, paraban para mirarnos pasar. Fue increíble, entre el pasaje había la percepción de lo extraordinario, de que asistíamos a una especie de ceremonia que agradecíamos sin mencionar y observando un silencio nuevo. Tardé un poco en comprender que todo eso también cargaba una angustia inadvertida y supongo que fue por eso mismo que en el almuerzo del segundo día nos quedamos todos casi desmayados cuando nos visitó un revoloteo de bandera argentina que nos acompañó un buen rato. Las mariposas parecieron salir de la nada y no terminaban de aparecer, nos rodeaban, se posaban en los bordes de nuestras copas de agua y bebían desenrollando su lengua larguísima. Si algún iluso de los nuestros quería atraparlas se desentendían de esas manos con una gracia precisa y no se asustaban, insistían en la visita y tornaron el almuerzo de un intenso azul celeste y de una vibración conmovedora. Cuando se fueron, llamadas por una diana que se las llevó a todas, nos dejaron sin hambre y sin ganas de hablar. El almuerzo se deshizo y esa tarde cada quien se concentró en lo propio, la nave entró en un modo taciturno, de descanso. Tal vez también fuera porque después de salir de la noche que nos aguardaba íbamos a llegar al muelle próximo. El muelle en el que se iba a bajar Amneris, mi adorabilísima tarada, y ni siquiera yo supe cuánto y hasta dónde, tan lo uno y tan lo otro.

Amneris fue quizá la primera aparición de este viaje para mí, un espécimen de la flora y la fauna del mundo que agradezco haber divisado en el horizonte de mi vida y que, insisto, deberíamos publicar. Ya me dirás, Frau, ya me dirás. Ahora habrá que ubicarla en el intrincado mapa que resultó de su salida de cuadro.

Durante la noche quise visitarla en su nuevo camarote, pero cuando llegué a la puerta escuché voces y ruidos, nada escandaloso, pero me retraje, pensé que tal vez era mejor no abundar, no agregar palabras ni expresiones desmedidas a nuestro último encuentro, en la mañana podría despedirla, darle un abrazo, mirarla a los ojos, dejar que mi corazón atestiguara que había percibido el suyo, cantarino, dócil, inocente, lascivo, un poco bobo. Me fui a dormir, volví a mi camarote y me acosté, el insomnio tardó un buen rato en escurrirse del todo.

Me desperté al amanecer y comencé a prepararme meticulosa, me enjuagué el cuello y los hombros con un paño humedecido en el agua clara de la jofaina, me froté cebo en los talones y en los codos y dispensé una capa de pomada de hamamelis en los párpados y en los pómulos. Me vestí y me eché aguaflorida, antes de salir me froté el trapo en la cara para sacarme el exceso de pomada y esparcirla un poco.

La mañana estaba fresca, la frescura no iba a tardar en desaparecer y yo estaba dispuesta a desayunar bien, reponer fuerzas y juntar energía para el día; el río parecía humear en las orillas y la superficie del agua estaba lisa, perfecta. Mientras caminaba hacia el salón del desayuno empecé a ver algunos movimientos inusuales, gente del personal, esos marineros con los que solíamos cruzarnos en las entrañas de la nave, cargando bolsos y cosas. A medida que avanzaba por los corredores y las cubiertas vi que la marcha de los marineros terminaba en la cubierta desde la que sale el puente para desembarcar. Divisé a Petzold en un grupo a la entrada del puente y me acerqué tanto como me lo permitía el trajín, no pude hablar con él porque estaba en plena faena, pero me

aseguré de que me hubiera visto. Junto al grupo de los marineros estaban los pelirrojos, estaban serios y bien peinados; emprolijados así, sin el resplandor del incendio y cubiertos con ropa ordinaria, no había dudas, no babeaban pero eran faltos. Parados en medio de los hombres que disponían sus poquísimas pertenencias, un hato cada uno y una caña, sombreritos de paja, un pequeño carayá en una jaula, cosas sueltas. Me quedé esperando que Petzold se acercara y, a pesar de que parecía dispuesto a hacerse el distraído, con efluvios mentales pertinaces logré que dejara lo que estaba haciendo y viniera a informarme.

—Atracamos en unos minutos y ahí se bajan.

—Ay, yo quería desayunar como corresponde, ¿no los van a dejar desayunar, pobres?

—Ya tomaron mate cocido, fueron informados oportunamente del horario convenido y se les suministró lo necesario. Vaya, desayune, que esto es un trámite sencillo, nos quedan muchas leguas hasta llegar a Paso de la Patria y no quiero demorar a todo el pasaje. Haga nomás, señora.

—Yo quería despedirme tranquila. —Mientras estaba hablando vi que Amneris aparecía envuelta en un abrigo extrañísimo, liviano y suelto, pero con una enorme solapa smoking levantada; caminaba altiva entre los hombres y cargaba una cartera tejida y una valija de cartón y tela mal cerrada.

—Ahí la tiene… y esperesé que ya va a ver —me dijo Petzold.

Detrás de Amneris apareció Barrios vestido de civil, cargando un bolso de cuerina marrón con franjas de color crema a los costados; el bolso tenía el cierre roto y lo había agarrado cruzándole un cinto apretado por el medio. Barrios llevaba mocasines sin medias y tenía

el pelo engominado de agua. Nunca lo había visto así. Se paró al lado de ella y recibió unos papeles de uno de los marineros, que le ofreció una tablilla y una estilográfica para que pudiera firmarlos.

Se me escapó un grito mordido, de entredientes:

—¿Qué hace Barrios ahí?

Petzold, que se había alejado y caminaba hacia ellos, los pelirrojos y todos los bártulos, se dio media vuelta y me dijo:

—Ahí la tiene a su ahijada, linda mandarina.

Me quedé frita, parada en el mismo sitio sin saber cómo reaccionar. Amneris parecía dispuesta a no mirarme, pero Barrios, mientras gestionaba la firma y la devolución de esos papeles, me hacía un medio gesto que no fui capaz de traducir. Cuando se liberó del trámite enfiló para donde estaba, llegó, me tomó de las manos y me dijo:

—Yo le quería contarle, cuando le visité en su camarín la primera vez ya le quería contarle.

Dio vuelta la cara para señalarme a Amneris y agregó:

—La vi tan pichoncita; un día le encontré cantándole a la vaca, sola en esa cubiertita que sale ahí nomás del establo, una loquibambia, pensé entre mí, pero apenas me le acerqué a conversarle se me quiso hacerme la noviecita y bueno, yo ya estaba buscando para irme. Quiero rumbear para Caá Catí, ¿sabe?, a la casita de mi madre, y quién le dice los casemos, si dios quiere.

La respiración se me acortaba y no había caso con este tipo, tampoco en esta escena tenía idea de cómo seguir.

—Ay, Barrios, lo entiendo perfectamente, no se preocupe, y que sea muy feliz. Pero no veo por qué me cuenta a mí todas esas cosas, ¿acaso yo le pregunté algo, acaso alguna vez nosotros hablamos de

algo? Haga el favor, Barrios, vaya, vaya nomás, y que sea muy feliz, Barrios, y ya que baja con ella y con los pelirrojos y con esos mocasines horrendos, haga el favor, váyase bien a la mierda.

Barrios me apretó las manos y se las llevó al pecho.

—A usté ya le va a tocarle también —me dijo con una dulzura tan desubicada que de haber podido lo hubiera abofeteado. Acercó la cara y me besó los labios.

Patitiesa y patidifusa. Así quedé en la deriva del Paraná mientras la chancha vadeaba lenta rumbo a la confluencia con el río Paraguay.

No pude moverme y no podía pensar, mi cuerpo y mi cabeza eran un enjambre enloquecido, pero en cámara lenta, estaba como borracha, abombada. ¿Voy a llorar a mares, voy a gritar?, ¿ahora resulta que estoy enamorada de Barrios y soy más tarada que Amneris?

No podía moverme y sí, quería llorar, pero también quería matar, ahogar gatitos en una bolsa en el río, incendiar la nave, denunciar a la Fundación por los filipinos en negro de la sala de máquinas y los peones de cocina, y quería mucho ser joven, impertinente, ponerme el rizador en las pestañas.

La carta desapareció. Fue extraño, por única vez en mi vida no hubo carta ni destino; fueron segundos, tal vez, pero en ese interregno tampoco hubo Frau.

Quedé inmóvil y a la deriva.

La quietud duró un siglo hasta que un vaivén de la chancha me obligó a balancearme, a buscar el equilibrio. El barco empezaba las maniobras frente a un muelle, la chancha estaba atracando, iba y venía hacia adelante y hacia atrás, avanzaba como de costado por estribor y parecía que frenaba pero iba en reversa hasta que volvía a

acelerar para ubicarse, para que coincidieran el muelle con el puente de acceso.

De pronto, no sé cómo pasó, me encontré parada frente a los pelirrojos, frente a Barrios y a Amneris tomados de la mano, ¡frente a la vaca! —Petzold había decidido unilateralmente regalársela a Amneris como compensación—, una familia nueva y adorable en el muelle junto a sus petates. Todo era silencio, todo estaba quieto.

Me perdí el momento en que bajaron al animal, el momento en que ellos subieron al puente en fila india y pisaron el muelle, el momento en que los marineros les alcanzaron sus bolsos y sus cosas y ellos se dieron vuelta y nos miraron con dignidad exagerada.

Me perdí el momento en que acepté que me arrasaba la tristeza y que otra vez me quedaba sola.

En el instante en que pude reaccionar me lancé a correr desesperada por la cubierta hacia popa para alcanzar a saludarlos, grité Amneris contra el viento y me levanté la falda para no tropezar y también levanté la vista para verlos y sacudir los brazos y desearles felicidad y sexo a esos sublevados admirables que se iban de mí para siempre. No había nadie, esos cuerpos abrumados por las cosas que cargaban ya habían desaparecido en el verde o se habían adentrado en algún camino rumbo al pueblo o se metían a un rancho deshabitado o se habían muerto por la picadura de una yarará o tal vez, más probablemente y ojalá, se disponían a echarse a jugar sobre la hierba, a desnudarse uno a otro, aliviados y felices.

Me vi parada cerca de la borda, la respiración agitada, el brazo quieto pero en alto, un poco desencajada para mi semblante habitual. Me di vuelta para mirar a Petzold. Petzold también había desaparecido, no estaba más sobre cubierta, tampoco había marineros y era tan temprano todavía que el pasaje no soñaba siquiera en despertarse. Tengo que salir de aquí y volver a mi cueva, tengo que dejar atrás y desamarrarme cuanto antes de este muelle de melancolía.

Quiero dormir lo que quede del viaje, olvidarme, distraerme, quiero echarme en mi litera envuelta en esas sábanas palurdas abrazada a mi Mandelstam, no para releerlo una vez más, quiero

sostenerlo contra el pecho mientras esté despierta y que ese libro se pegue a mí en la inconsciencia.

Emprendí la marcha penosa y la geografía consiguió irritarme, necesitaba ser parte de la taiga, que fuesen verstas de nieve dura como piedra mezclada con barro, de una luz mortecina perdiéndose allende las barracas grises en la niebla y un tronar de hielo muy lejano. Esto no era nada más que transparencia y sol, los listones de Eslavonia de la cubierta de la chancha reflejaban una mañana espléndida en la que las aves parecían burlarse de mí con trinos de semántica inverosímil.

Apenas llegué al camarote y cerré la puerta me olvidé completamente de buscar el libro, la luz era deliciosa y calculé que antes de que se pusiera brava tendría unas dos horas de esa penumbra todavía fresca en las que podría dormitar y gestar un apetito enorme para parir un desayuno *comme il faut* y tardío como las uvas de mayo. Me eché sobre las sábanas con la ansiedad de una nadadora de competición en las aguas abiertas de un mar muy lejos del alcance de su esposo y de sus hijos y de sus padres. El chapuzón me anestesió un poco y logré caer molicie, perfectamente ubicada para dejarme mecer por un sueño que me descendía en un vaivén gozoso. En el momento en que se me cerraban los párpados sentí una punta filosa que se hincaba en mi vientre, del lado izquierdo, sobre el que reposaba. La furia me desveló y me incorporé inmediatamente, me senté en la cama rebuznando y busqué sin mirar qué era esa punta que se me había clavado. En efecto había algo, plano, fino; lo traje hacia mí y abrí los ojos de una vez: era la carpeta anudada con cintas de tela que guardaba los textos y los dibujos invisibles de Amneris. Deshice el nudo de las cintas y la abrí,

casi se cayeron algunas hojas, pero logré conservar todo en forma; como portada había una carta, una esquela que decía: Esto es todo lo que tengo, es tuyo, hacé lo que quieras y, por favor, no te olvides de mí.

En ese testamento no había firma, ni siquiera una inicial, había el dibujo de una flor, una margarita o no sé, los pétalos no respetaban ninguna morfología, no había siquiera uno parecido al otro, ponía uno gordo y retacón al lado de uno delgadísimo. No sé, Frau, esa chica no tiene ningún sentido de la proporción o dibuja lo que ve y lo que ve es un mundo acechado por la deformidad, la fantasía, el despropósito.

No tenía nada de sueño, cerré la carpeta y la dejé a un costado, sobre la cama; cuando retraía la mano vi el colgajo de mi brazo, lo vi como algo nuevo, algo a lo que hasta ahora no le había prestado atención, algo que me deslumbraba. No era discreto, eran centímetros y centímetros de mí que se balanceaban en el vacío, la percepción de esa novedad me traía una y otra vez la flor deforme de Amneris. Me paré ahí mismo junto a la cama, dejé caer el camisón, levanté los brazos y los miré detenidamente, gran parte de ellos estaban vencidos por la gravedad y parecían querer adelantárseme a llegar a la tierra.

Volví a sentarme y me concentré en el izquierdo, el que había atisbado primero, el que había descubierto; lo miré, sentí deseos de tocarlo, esa piel que caía y se extendía como una pantalla estaba fresca y me parecía sorprendente. Me sentí atraída por ese deslumbramiento inesperado y empecé a investigarme como si fuera otra, a tocarme suave, a estirar cada pliegue, a conmoverme. Los brazos, los muslos y el vientre derretidos, las orejas, la cara, todo se

desencajaba vencido, todo parecía disolverse. La disolución, la falta, la deformidad, la exageración, lo idiota y lo monstruoso; la margarita dibujada, toda la carpeta de Amneris era yo misma y recién me descubría.

Me sentí envuelta en pieles, cubierta de una animala salvaje que desconocía: la enajenada yo que por fin se hacía presente, la maravillosa nueva piel que se posaba en mí y me abrazaba absoluta.

Me sentí nueva, recién nacida, un capullo de vejez desaforada y hermosa, Frau, no sabés, tan hermosa.

Llené la petaca para empezar a brindar, ojalá hubieras estado ahí conmigo. Ojalá me hubieras visto, radiante de vejez, llena de pliegues y repliegues, lista para ofrecerme, lista para escucharte. Otra vez.

Dormí todo ese día y me desvelé a la madrugada, lo estaba esperando, quería sentarme en la litera y asomarme al ojo de buey para ver el Paraná cuando el sol está al otro lado del mundo, para sentir que el Paraná me miraba. Esa puede ser toda una experiencia, lo negro sobre el río es de verdad muy sólido, no se divisan perfiles más que el recorte sonoro del agua cada tanto. Me quedé ahí pasando el rato. En la noche oscura.

Apenas despuntaba el sol me higienicé, me vestí y salí a caminar un poco por la chancha; tenía ganas de tener hambre, tenía la idea de la reparación de un desayuno opíparo y vital, apasionado. En verdad, no tenía apetito para nada y no quería más que café y tabaco negros, no quería más que silencio. Pude estar un buen rato así, sola con la chancha de voz suave y con el día incipiente, con el río calmo y con una sensación nueva, distinta, como de inauguración, de bienvenida. Sentí unos deseos inmensos de saber rezar, de recordar el rosario y arrodillarme, de repetir la fórmula, de insistir como enajenada con la palabra, de dejar que la emoción del misticismo me atravesara como un chute de heroína. Fue un anhelo tan potente que cerré los ojos y empecé a improvisar, me lancé a la oración, al pedido humilde y humillado: "Por favor —acá no supe qué decir, sabía que no iba a personificar en singular y en masculino, eso nunca, pero decir *diosas* también me parecía insuficiente y afectado, de modo que me salió un balbuceo incomprensible y seguí

improvisando—. Por favor, necesito un día de descanso, un día en el que no aparezcan ni pajaritos, ni ciervitos, ni lagartitos, ni mulitas ni ninguna de esas inmundicias, un solo día en que la manifestación natural sea discreta y parca, que quede solo el río. Al río sé que debo resignarme, sé que es innegociable, pero todo lo demás, todas las criaturas inmundas, por favor, que se mueran o que se queden en sus cuevas".

Terminé mi rezo, abrí los ojos y me descubrí esperando recompensa, no ya en el pedido, no exigía inmediatez, pero sí alguna cosa en mi percepción que me anudara a algo, no sé, a una idea de universo. Nada, ni el más mínimo acuse de recibo, ni el más modesto reconocimiento por haber renunciado a todo para entregarme a la ordinarísima religión. Me sentí una vieja ridícula.

Olvidé esa página nefanda y me dediqué a pedir más café y a liar tabaco, pedí que me dejaran la cafetera y que vaciaran el cenicero; pronto apareció el capitán, caminaba pretendiendo energía, pero cualquiera que lo hubiera visto lo habría identificado como un hombre con un anhelo absoluto, ser un vagabundo. Se sentó en mi mesa y me saludó breve y en silencio, nos quedamos así un buen rato hasta que empezamos a cruzar palabras.

Petzold me confió que vamos a navegar frente a una localidad con poste restante, Ñeembucú, ya en Paraguay. Caí en la cuenta, Frau, ¿y si llego, si alguna vez llegara? No sé.

En cualquier caso, debo avisarle con tiempo porque si quisiera hacer un envío postal desde ahí tiene que pedir un permiso especialísimo para atracar en un muelle imprevisto y eso puede demorar. No sé todavía, pero esa información tal vez haya cambiado mi decisión de no mandarte nada, no sé. Tal vez solo te envíe un

troquelado con opciones para que firmes y recortes la que consideres y la mandes como respuesta a vuelta de correo. Supongo que podría armar un puñado de razones de la más diversa índole que te excusen de haberme desterrado y te dejen a salvo para que conserves intacto tu semblante y yo pueda conformarme con algo que interrumpa tu mutismo y le dé sustento, algo que me haga menos insignificante.

Me imagino el incordio y no quiero molestarte ni imponerme como sultana en tu memoria, pero, en todo caso, es un último favor que te pido para poder salir de escena después de tanto. Necesito una palabra para por fin poder velar lo nuestro, cualquier idiota tiene derecho a eso, ¿no te parece?, a que le digan me voy, tu amor no me importa.

Y pienso que el río es un lugar ideal para eso, para dejar que corra el agua.

No sé, tal vez lo haga, tal vez consiga quien pueda troquelar el papel para facilitarte el trámite y que no tengas que recortar vos la opción correspondiente. Pero, no sé, ¿te acordarás siquiera de que existo?, ¿te preguntarás siquiera si estoy viva?

Escribo esto en una de las cubiertas superiores, de las más altas, me encantan los momentos en que la chancha parece dormida y se desliza suave y sin ronquidos. Estoy sentada a la mesa con mis papeles al lado de Petzold, que se fue quedando, mira el agua y cada tanto levanta la vista para ver el futuro del río. Yo misma me fui quedando y también levanto la vista y en la orilla descubro un chajá que se adelanta, se separa de su grupo antes de empezar a volar. Sonrío por la atención a mi plegaria. Escribo chajá en el papel.

Otra vez. Chajá, otra vez. Y otra. Pretendo que chajá es tu respuesta que llegó por fin a vuelta de correo.

Chajá, qué palabra extraordinaria.

Me parece que no te voy a mandar nada, Frau.

Acá el clima se puso de lo más tolerable, hay bichos y todo, hace calor y todo, pero está bien. Petzold y yo nos vamos quedando, en eso somos iguales, los dos nos vamos quedando; tampoco hablamos, no te creas, pero esto es distinto, ¿sabés?, esto es silencio. Parece como que estuviéramos a gusto y tranquilos, como si nos acompañáramos en esta cercanía distante y distraída; en la certeza de saber que muy probablemente nunca lleguemos a Asunción.

Petzold se levantó, se lo veía caminar un poco inestable, fue hasta la borda y ahí se sostuvo un rato hasta que pudo irse a sus tareas. Yo me quedé sentada en silencio, tratando de no moverme, de que ninguna acción, por mínima que fuera, resultara un gasto de la poca energía que conservaba. La ginebra de la noche volvía en oleadas, no era exactamente resaca, era más bien el residuo del descubrimiento que ya no iba a poder disimular, el descubrimiento de haberme visto. Eso que me había deslumbrado en el camarote, una especie de luz nueva con la que debía empezar a percibirme con relación a un límite implacable, al tiempo. Al principio los pensamientos se me encabritaban, pero de a poco la rumia se fue desbrozando y, te va a parecer absurdo, sentí que esos colgajos de mí eran la infancia que se desbordaba. Que encontraba, o más bien que se salía de cauce, un río que manaba hasta que se hacía estuario y, claro, iba a terminar, iba a su propio fin, camino a perderse en el océano.

La infancia, Frau, esa infancia que una vez recogiste Lollipop, la infancia que se mantiene en secreto y se deja ver recién cuando el otro da sosiego, cuando puede recibir con honor e hidalguía lo que está siempre a punto de quebrarse. Ese espíritu silvestre aparece cuando se inventa un lenguaje común que lo sostiene, el idioma entre dos que se tocan más allá del semblante, cuando hay lenguaje suficiente para enfrentarse al cañón.

Quand on n'a que l'amour, volvió a sonar la canción de Brel, arrullo del siglo en mi pecho, muchas décadas después, mientras pasaba el Paraná vigoroso, tal vez, la infancia del mundo.

¿Por qué te sigo hablando como si de verdad hubiera ocurrido eso entre nosotras? Después de murmurar un rato la canción había empezado a deambular a tumbos por los túneles de la realidad. Por suerte llegaron las poetas para interrumpirme, la más menudita, de flequillo y con anteojos, tomó la delantera y me largó un chorro impostando liderazgo. La escuché conteniendo la risa.

—Estamos organizando una cena para hablar entre todos de lo que estuvo pasando en la residencia, no puede ser, del capitán mejor ni hablar, no tenemos a quién dirigirnos. Nadie nos dice nada y muchos creemos que ya deberíamos haber pegado la vuelta, no nos informan, si seguimos navegando vamos a llegar al Orinoco. Pensamos en hacer circular una declaración y juntar firmas para presentar a las autoridades de la Fundación porque, después de lo de la actriz y el mozo, ahora se quieren bajar la cronista, el director de cine, el bailarín, el muchacho del circo y nosotras también. —Miró a sus compañeras con una breve seña y agregó—: Nosotras somos las de poesía.

—Compañeras poetas —les dije con tono severo y sentí que se ponían un poco incómodas—, tomando en cuenta los últimos sucesos cuéntenme para la comida, me encanta, pero hablemos de otra cosa, por favor, les pido.

Respiré profundo, acerqué la cara a la que había hablado y me aventuré con más confianza:

—Lo de las firmas… detengan eso ahora mismo, es una trampa, van a terminar firmando cualquier cosa, todo, puras tonterías y pura

pompa, háganme caso, desentiéndanse.

Las chicas contuvieron gestos y comentarios, pero volvieron a parecer más sueltas y quedamos en que nos veríamos a la noche, en la reunión de todos. Era una mañana de puro sol, una de esas mañanas que disfrutabas como loca y te hacían proponerme todo tipo de paseos y todo tipo de viajes probables, de proyectos comunes que portaban la promesa de la vida compartida. Era una mañana espléndida; demasiado, esa situación en medio del Paraná puede resultar angustiante, no hay dónde esconderse.

Dediqué el día a encerrarme en el camarote para lecturas intermitentes entre siestas intermitentes en un sopor constante. La chancha estaba rara, pero cuando intentaba concentrarme para dilucidar esa extrañeza me ganaba el sueño o me distraía algún párrafo de articulación particular.

A la hora convenida salí del camarote y fui hasta la cubierta donde estaba la mesa que nos reuniría, la cita nos había convocado y me di cuenta de que hacía rato no nos encontrábamos todos. Había un espíritu un tanto grave, pero al mismo tiempo lucíamos cierta gala y la humedad hacía que los perfumes se condensaran en un olor denso que lo tenía todo, notas florales, cítricas, amaderadas, de almizcle, de humo, de hongos, de pasto, de vino, de animales silvestres, de bebés arios, de campos espigados.

La mesa tenía mantel blanco y servilletas de tela, copas de cristal, velas en veladores con tulipas de vidrio de lo más mononas, los cubiertos parecían bruñidos y la loza blanca de los platos estaba impecable.

—Pero qué buen servicio —dije—, parece que finalmente no nos quedamos tan solos, después de todo.

—La mesa la pusimos nosotras —alzó la voz ligeramente ofendida una de las poetas—, nos metimos en la cocina y trajimos lo necesario, estaban los dos filipinos cocinando, se los ve cansados, tienen la piel verde. Menos cocinar, los pelirrojos hacían todo lo demás. De los chicos que hacían de marineros ni pista, no hay nadie.

Me senté en la cabecera y la cronista pareció inquietarse, dio unos pasos hacia la otra cabecera, pero el cineasta le ganó de mano, entonces fue hacia una de las sillas, dudó y desandó el camino para

sentarse en otra, por suerte me quedó lejos y por suerte se sentaron, a cada uno de mis flancos, el petiso malhecho del circo y el rubio de bigotito recortado.

Para comer habían logrado arroz con sardinas y cebolla y algunas papas hervidas, el viaje por fin encontraba su hechura perfecta; me serví la papa más grande y pasé la bandeja. Las chicas parecían haber lavado la aceitera de lata, había sal gorda, agua, un vino de corte, delicioso, cualunque, era el que había quedado después de que el director de cine eligiera todos los malbec que traía la nave para impresionarnos con su paladar agrio en cada una de las comidas. El clima estaba bien, la noche no era demasiado luminosa y eso retraía un poco a los bichos; ideal para soportar lo que se venía.

Lo que se vino fue un muermo, por suerte las tres catitas tomaron la posta con el tema que nos reunía y no exageraron demasiado a pesar del tono de épica con el que reclamaban una acción de defensa conjunta. Los mozuelos a mis lados se miraban y asentían a cada cosa que las poetas proponían, la cronista parecía no haberse recuperado de perder la cabecera y no abrió la boca, pobre. El cineasta se tomaba el tiempo para inspirar profundo antes de terciar con parlamentos en un tono tan engolado y paternalista que ni siquiera pude seguir lo que decía. ¿Qué les pasa a los directores de cine que en un momento empiezan a perorar como swamis e insisten en impartir sabiduría como los grandes pedagogos del siglo?

Era cierto que todo estaba un poco desprolijo en nuestra residencia y que el mismo viaje podía hasta verse preocupante; lo que sostenían las chicas y todos validaban era verdad y tal vez fuera

necesario tomar cartas en el asunto, hacer algo, pero a mí todo eso me daba una fiaca monumental. Todo.

Los veía y los escuchaba y me sentía parte del pueblo, una actriz que odia el proscenio y el protagonismo de sí misma y encuentra su lugar detrás de una de las columnas de la escenografía y entonces se va yendo, sale del escenario con pasos modestos, sin levantar la perdiz y deja el vestuario y se saca el maquillaje y se lava el pelo y se va del camarín y del teatro mientras la obra sigue, pero ella sale a la noche helada, con el pelo mojado, a esperar el colectivo que la devuelva a su casa en la que su marido la recibe con moñitos con manteca antes de irse a trabajar de tornero al turno de la madrugada que le tocó esta semana en la fábrica.

En un momento sentimos un leve trepidar que subía por las patas de la mesa y habíamos sentido ya en los pies, levísimo. Todos levantamos un poco la cabeza fingiendo distracción, pero tratando de mirar más allá, el clima era espeso y parecía haber una bruma alrededor del barco, sobre el agua.

—¿Las vieron? —La voz de la cronista sonaba asustada, todos fingimos no escucharla y seguimos conversando. Debía de haber sido una manada enorme, de esas que solo se escuchan en los relatos casi míticos de los pescadores del río y de sus familias, de esas de las que no quedan muchos en la historia que hayan sobrevivido para contarlo. Debió de haber sido una enorme manada de ondinas persiguiendo a los grupos de manatíes que duermen verticales en los bosques de algas y se extienden por leguas en lo hondo. A todos nos inquietaba esa presencia y preferí manifestarme para traernos de vuelta a la comida.

—Yo, de verdad, chicas, estoy cansada, pero las entiendo, les firmo lo que quieran y si me necesitan como la más grande del grupo para hablar con los representantes de la Fundación o lo que sea, lo hago sin problemas, incluso puedo manejar yo misma la radio, creo que ahora sabría cómo. Pero yo, de verdad, llegaría al Orinoco, de verdad, creo que encontré mi viaje, la obra en la que puedo hacer de pueblo, y si me voy no pasa nada, si me voy el espectáculo sigue su curso y el público aplaude y todos igual pueden triunfar en la cartelera y prepararse para el gran protagónico que de seguro tienen por delante. Yo quiero hacer de pueblo, chicas. Y tal vez, llegar al Orinoco.

La mesa cayó en el silencio y los cuerpos bajaron un poco el tono, miré a cada uno —a la cronista no— y me sentí en falta.

—Pero les firmo lo que quieran, ¡dónde está la hoja que ya la firmo, es una barbaridad esto, no puede ser! —mentí, y ahí se compusieron un poco, la hoja circuló y en un santiamén se llenó de firmas. El espíritu volvió a la mesa y las ondinas ya estarían saciando sus colmillos, tiñendo el río de rojo espeso.

Una de las chicas pidió un minuto y dijo que volvía enseguida, llegó con platitos y otra bandeja:

—Miren lo que conseguí —dijo sonriente y pícara, había logrado encontrar un pedazo de queso y una latita de dulce de batata. Se ganó el clamor de los comensales y empezó a servir y repartir los platos con el postre.

—¿Y Petzold dónde quedó que no lo veo? —pregunté

—Debe estar tirado por ahí, borracho como siempre —me sorprendió la poeta más callada con un comentario tan conservador y malicioso.

De todas maneras, el postre había logrado un éxito rotundo. Y doble: recuperar el tono de alegre camaradería de los participantes y mantenernos en silencio, no sé, me puse inquieta, fastidiosa.

—Lástima que no había de membrillo, ¿nocierto? —dije para refrescarme.

Lo que quería contarte, y no sé bien por qué, Frau, porque esto no tiene demasiado cuento: hay algo en ella que me recuerda a nosotras; por un rato pareció parte del viaje, pero siempre se mantuvo por fuera, lejana. No sé. No lo supe cuando subió, pero lo de la Morán era parte de esta residencia, estaba arreglado como un número vivo para agasajarnos y fomentar el baile y el encuentro. Esa muchacha terminó su viaje en un muelle pequeño aquende puerto Maracaibo, en un pueblito que ni siquiera figura en el mapa, pero que era destino de una gira que estaba haciendo junto a los dos guitarristas con los que embarcó. Su viaje con nosotros terminó con un recital adorable en la cubierta principal; en la mañana que siguió, bien temprano cuando atracamos, se bajaron. Deberías de haberlos visto, los tres se movían como en el recital, con un acuerdo tal que nada parecía descompensarse, si uno levantaba la mano para saludar, el otro, en el extremo opuesto, se cargaba la funda de la guitarra en diagonal sobre el hombro y el cuadro encontraba el balance perfecto. Ese era un verdadero trío, y si bien la Morán era la voz cantante parecía que esa mecánica funcionaba perfecta, dinámica, sin jerarquías desmedidas. Un trío, una forma estable y sin tensión. Alguna vez lo intenté, querida Frau, después de vos; en una época en la que me desafiaba a encontrarle la vuelta, a no dejarme arrastrar por la corriente barrosa del despecho, de la tristeza, de la melancolía. No pude, el mandato de sentir, de sentir algo, de sentir

cualquier cosa, de imponerme situaciones que resistieran la vulgaridad y me prodigaran una paleta nueva de sentimientos no funcionó conmigo. Me resultaba incómodo al principio; inverosímil, graciosamente absurdo cuando el trío empezaba a funcionar y me prodigaba algunos interregnos aislados en los que sin darme cuenta lograba no pensar en vos. Media hora de eso y cuando volvías era una fiesta extraña, por un lado me sorprendía de haber podido soltarte, por el otro refrendaba mi condena, no hago otra cosa que pensar en ti. Supongo que lo que tenía para sentir era lo que sentía, sin vueltas y sin afeites; y que nada podía disimularlo. Supongo que lo que tenía para sentir era que me habías abandonado. Y que ni siquiera vos lo entendías así, ni siquiera vos lo sospechabas, que para vos fue natural como la lluvia que cae impiadosa en la selva, la lluvia que lo pudre todo.

Perdón, Frau, no quería llegar a esta zanja, me senté a escribirte para aprovechar esta mañana todavía fresca y contarte los últimos acontecimientos en la chancha, que sigue en su deriva por el Paraná interminable y aquí me ves, otra vez metiéndome en la cueva del pasado. Pero qué milagro que este río sea interminable, Frau, que este curso impasible que ruge silencioso y aterrador, y aunque lo naveguemos con una ilusión de inconsciencia que nos hace creerlo solamente hermoso, sea realmente interminable.

Quería contarte de la Morán y algunas otras cositas. A ver si recupero el hilo. Hubo uno o dos momentos en el recital, qué sé yo, como si todos hubiésemos sido enlazados por el mismo anzuelo, bestias embobadas por el embrujo del tango, de la milonga surera, de la voz de la Morán, no sé. Parecía eso, como si hubiese pasado algo que nos amarraba a todos en el mismo muelle. El primero fue

cuando cantó “Ventarrón”, de Maffia y Staffolani, ¿te acordás?, te juro que no se escuchaba ninguna otra cosa, ninguno de los zumbidos de la chancha, ninguno de los zumbidos de los bichos, ninguno de los seseos de nuestras lenguas bífidas. Todo se detuvo: la Morán cantaba “Ventarrón”, sus guitarristas ejecutaban todo lo que debía ser ejecutado para que el mundo estuviera vivo, y qué se yo, Frau, yo me había acostumbrado a descreer de esos momentos, de que el arte pudiera algo más que engalanar de tonterías y oropeles las páginas con las que los artistas consignan sus presentaciones, sus galardones, su intrascendencia. Mientras la Morán cantaba me estrujé la mano, me tomé a mí misma la mano y la agarré fuerte y lloré, me di cuenta de que extrañaba horrores a Amneris, de que no iba a volver a verla, lloré amarga y desconsolada, tranquila.

El otro fue peor, o mejor, o inolvidable, el final del recital; me deslumbró que la Morán terminara su trabajo y no aceptara bises, no se dejara extorsionar por una platea complaciente. Que saludara con una suavísima reverencia de la cabeza, un mohín elegante y determinado que dejaba dicho que no había más, que se diera vuelta y desapareciera entre los pasillos para irse a su camarín a sacarse los tacos, a despintarse, a ponerse su ropa de civil, una de esas faldas que la hacen aparecer como una testigo de Jehová misionando de puerta en puerta, llevando la palabra del señor para avisar que al mundo le quedan unos días antes de que los usurpadores de la tierra prometida hagan que todo arda, antes de que el Juicio final ponga todo en su lugar.

Bueno, otro momento fue cuando cantó “La pulpera de Santa Lucía”. No hubo más río en ese instante, hubo una especie de

levitación, un sentir que nos igualaba. Los guitarristas se adelantaron y se pusieron a la par de ella, esos tres pares de ojos se achinaron un poquito y brillaban a lo loco detrás de esa luz negra con la que nos iluminaban, con la que nos retenían a todos por encima del barco. La morocha cantaba *Era rubia y sus ojos celestes* y yo no sé, Frau, no sé lo que pasaba. ¿Era lo argentino eso? ¿Existe lo argentino? ¿O lo argentino es lo que desconocemos, lo que se hizo en los libros de finales del XIX o de principios del XX, lo que pretendemos federal y no es más que una cruel imaginería porteña en el exilio, incluso en el exilio de un viaje como este que tiene la vuelta asegurada? Quiero decir, lo argentino es el exilio. ¿Existe lo argentino? Lo otro ya lo sé, Frau, lo otro existe, mirame.

Cuando la Morán se fue con sus guitarristas quedamos nosotros, bastante desarmados, confundidos, el capitán apareció enseguida con los filipinos flaquísimos vestidos de mozos, con bandejas de chupitos de licor de Pindó para servirnos, para volver a chisparnos un poco. Petzold llegó para cuidarnos, para darnos la única medicina contra la desazón que conoce y que probó en sí mismo desde siempre: licor. Esta vez era de unas botellas que había conseguido de una vieja del pueblo del último muelle que visitamos, un pueblo de tres calles de casas destrazadas por el viento y tan alejadas unas de otras que daban un poco de pena y de risa. Solo había palmeras ahí, algunos chanchos, pero solo palmeras, con ese fruto tan dulce y casi sin carne que se fermenta enseguida después de aparecer, y las veredas empiezan a oler el alcohol de la fermentación, y entonces recogen lo que cae antes de que se pudra y lo juntan en pailas, y la vieja del pueblo lo pierde en damajuanas enormes de vidrio verde y lo hace macerar con azúcar y un mes después cuece el almíbar y lo

filtran y lo embotellan y esperan a que atraquen los barcos para venderlo, los barcos de marineros que vuelven por este licor que da náuseas de tan dulce, los barcos que ya no atracan porque ese pueblo quedó por fuera de todas las rutas de navegación. Ese pueblo de Pindó quedó desamarrado, a la deriva.

Las otras cositas que quería contarte:

Cuando se bajaron la Morán y los guitarristas, se bajaron todos. Las compañeras poetas, el director de cine, el casalito del tordo y el jilguero —deberías haber visto cómo agravaba un gesto de dignidad lacerada, tan hermosamente femenino—. La cronista también se bajó. Y los filipinos. Se bajaron todos.

Petzold aceptó todo con naturalidad, como lo otro, como cada cosa. No me parecía mal tenerlo de guía, un capitán desapasionado, capaz de resignar todo anhelo y toda ofensa, de recibir lo que le toca y no esforzarse en réplicas de ningún tipo. Me parece que yo me vengo pareciendo a él desde hace mucho, más de lo que me gusta pensar. Tal vez esa sea la marca de los abandonados.

Me quedé apoyada en la borda para saludar al grupo de desertores que se perdían en autos de hace décadas, perfectamente lustrados. Nadie, ninguna de ellas, ninguno de ellos, se dio vuelta para retribuirme detrás de las ventanillas y despedir a la chancha indolente, que me llevaba y seguía en curso a su destino.

Lamento tanto haber sido tan estúpida, Frau. Lamento haber entendido todo mal, haber creído tanto en lo que veía, las barbaridades de lo que decían de la casera del campo de Nenucha, por ejemplo. Una mujer que tenía un gran jarrón en su tapera, un jarrón horrible, claro, en el que ponía flores secas de cardos secos, los cardos con la doradura que les deja el final de la floración. Lamento haberme reído de ella y haber pensado que era una vieja sucia e imbécil que juntaba mugre, lamento haberle preguntado con malicia por qué tenía esas flores secas, eso que nadie valoraba, lamento haber escuchado que me dijera que eran los signos del invierno que recolectaba en verano para aprender a ser paciente, para no angustiarse, lamento tanto el desprecio con que recibí ese regalo hermoso, Frau. Lamento haberme alejado con la prisa de quien se aleja de un apestado para no contagiarse, lamento no haber resbalado ni un poco, no haber tropezado para tener tiempo de contagiarme de esa peste que, cómo no, llevaba en mí, claro, la peste que no podía tolerar y mucho menos asumir.

Me acordé de la casera no hace tanto, cuando empecé a ver en las mejores casas de decoración de la ciudad enormes jarrones con flores de cardo secas, cuando comprobé —¡otra vez y otra vez y otra vez!— lo que hace la burguesía con los signos de la pobreza, desprecia por décadas los cortes de carne de tercera categoría y después los secuestra para servirlos en sus mesas ordinarias y

cobrarlos como si fuesen huevas de beluga. ¡Qué mersas son nuestros ricos! Qué irremediablemente vulgares y predecibles y mersas son nuestros ricos.

Lamento haber sido tan estúpida, Frau, como mis amigas, nuestras amigas, que confunden solemnidad con aburrimiento y pretensión, es desesperante comprobar que esa gente nunca jamás estuvo bajo la copa de un roble añoso.

Lamento tanto haber confundido amar con dejarse amar. De haberte descubierto tan suelta en esa impavidez con la que elegías solamente dejarte amar, habría podido alejarme antes de esa peste. Antes de quedar tan deslumbrada por tu desafección despampanante, por el donaire con que me conformabas con los mendrugos de un amor que nunca me correspondiste, tan deslumbrada por la naturalidad de una moral que admitía tu capacidad de herirme fatalmente y seguir como si tal cosa.

El capitán me invitó a comer en la pequeña cubierta de su camarote, la más alta, la única que no había logrado visitar, era redonda y bella como una de las tantas cúpulas de Buenos Aires. Puso la mesa con refinamiento, mantel blanco, cristales prístinos, platería, tal vez escondía alguna ilusión de cercanía, pobre, me encargué de desbaratar cualquier fantasía que guardara. Lo de siempre, me hice la lela, la distraída, tardaba en contestar y sonreía idiota, ese personaje me sirvió para lidiar con los varones con los que estuve obligada a relacionarme y sé que genera una voraz inapetencia. Seguro que vos también te acordás de lo que estoy hablando, seguro que vos también lo padeciste. En cualquier caso, mantuve el personaje hasta que me sentí segura y hasta que lo vi demasiado cansado para galanuras. No sé si te lo confesé alguna vez: me encantan los hombres cuando están cansados y me hubiera casado con alguno solo para recibirlo en casa después del trabajo y ver el momento en que se queda dormido en el sillón y el libro o el periódico se le caen de las manos. Para todo lo demás me hubiera divorciado, claro.

Petzold estaba entusiasmado con un tesoro que guardaba para él, una pata de jamón que consumía en secreto a solas, o en las pocas reuniones que pudo haber tenido a bordo. La fue a buscar y volvió orgulloso con unos huesos enmohecidos con manchones de una carne oscura y demasiado reseca para provocarme. Me levanté sin

decirle nada y bajé hasta la bodega a ver qué conseguía, la chancha no era la misma, me dio miedo recorrerla tan oscura y silenciosa. Poco y nada, la despensa era una lástima, algunas latas desordenadas, guisantes, habichuelas, sardinas, una lata triangular de fluido Manchester, otra de veneno para ratas, no mucho más, pero en uno de los estantes más altos había tres hileras bien surtidas de esa viandada que fabrican en Entre ríos, en Liebig. Busqué un banquito, tomé una de las latas y comprobé que había suficiente alimento para imaginar el Orinoco sin angustia. Mientras volvía pretendí leer el manchón en el que se había convertido la impresión de la fecha de vencimiento en el marbete; lo único legible de esa información era el año y ese año había pasado hacía unos cuantos. Mejor no saber esas cosas, mejor no buscar ahí, esa lata y seguramente todas las latas de la chancha estaban vencidas. ¿Y quién no?, pensé mientras salía otra vez a la cúpula donde me esperaba el capitán.

Abrí la conserva y rebané esa especie de salchichón agrisado, comimos la viandada y tomamos vino sin hablar, los únicos sonidos de la inmensidad eran los de nuestros cubiertos sobre los platos. Petzold, por supuesto, se durmió apenas terminamos de comer y yo me descubrí mirándolo con un poco de pena, me apenó descubrir que los hombres ya no me gustaban para nada, me pregunté por Barrios, por Amneris, por los pelirrojos, por la vaca. Me levanté y me fui a mi camarote sin avisarle y con las velas todavía ardiendo.

Esa noche no sé bien por qué cosa, por qué asociación, por qué hueco de la chancha se coló tu olor; cuando estaba reconociéndote y quise atraparlo, el sueño se hizo profundo y me noqueó hasta el día siguiente.

Petzold desayunaba sardinas metiendo los dedos directamente en la lata y tomaba tragos largos de una botella de grapa que tenía el cuello brillante de aceite. Llegué a la cubierta del desayuno y no pensaba encontrarlo, quería estar un rato a solas antes de que arrancara el día, antes de saber si quería ponerme a pensar qué debía hacer a esa altura. Por alguna razón mi cuerpo parecía estar tranquilo, mucho más relajado que yo, como si se hubiera agenciado toda la confianza existente. Eso me hacía dudar y ponía mis opciones en un estado de sospecha; no era que pensara en cosas concretas, pero por un lado había una urgencia que debía atender, por el otro, el cuerpo, la chancha, el mismo río y Petzold, claro, parecían decir: el viaje no se detiene.

Había logrado una rodaja de westfalia seco en la cocina y había tarros con harto café, hice fresco y mucho, bien oscuro. Me senté en la mesa contigua, en la silla que quedaba justo al lado de la de él, así estábamos en mesas distintas pero con la posibilidad de hablar entre nosotros un poco de espaldas, me pareció el trato ideal.

—Anoche me quedé dormido. —El capitán rompió el silencio con voz tímida, como si ese susurro fuese su manera de disculparse.

—Sí, Petzold, se quedó dormido. —Fingí desatención y dignidad.

—Se da cuenta, ¿no?

—¡Claro que me doy cuenta, Petzold, por supuesto!

Era una mañana pálida y las fosforescencias del paisaje se habían licuado, algunas cortaderas secas o amarillas desperdigadas en una orilla sin juncos, el cielo también un poco amarillento y bajo, todo se veía más estrecho.

Petzold se atoró y estuvo un buen rato carraspeando a los gritos y escupiendo hasta que logró calmarse y coronar el momento terminando la botella de grapa de un trago larguísimo.

—Amiga. —Su voz era distinta, era la voz de un hombre.

—Dígame, capitán. —Salió de mí un intento intempestivo de ubicarlo en su sitio, de colaborar para que las dignidades de ese hombre no lo abandonaran para siempre. Petzold se torció un poco para mirarme, sonrió y volvió a su lugar.

—¿Se da cuenta?

—¿De qué diablos habla, Petzold?

El tipo giró la silla y me enfrentó, lo hizo con gracia, con una elegancia que la mañana no había desplegado; quedó contra mi flanco y yo seguí con lo mío, mojar la rodaja del westfalia en el café para dejarla posible para el mordisco. Había sacado mis petates para liar tabaco y los había dispuesto afuera de su neceser, a mi lado, en la mesa. Era terminar el café y ponerme a fumar de cara al río.

—Tenemos que ver qué hacemos, amiga, no pensará que después de lo de Emilio puedo volver, después de no haber pegado la vuelta cuando correspondía, no pensará que puedo volver con el Molly Aída sin tripulación y sin pasaje, completamente vacío. A mí ya me deben estar buscando, los lanchones de Gendarmería deben venir ululando detrás de nosotros para detenerme. Yo no puedo volver, voy en cana, ¿pero qué hacemos con usted? ¡Dígame!, ¿qué hago?

El westfalia se desgranaba en mi lengua, en la boca tenía la sal del pan original, los granos partidos del centeno, lo amargo del café; por alguna razón no había podido pensar la situación o la daba por hecha, creo que reponía que todo terminaría en alguno de esos puertos ignotos y no importaba demasiado lo que hiciera o dejara de hacer. Me di cuenta de que estaba como había estado, en una especie de estupor que de afuera podría leerse como una *belle indifférence*. Estaba como había estado, toda yo, tan parecida a mí, ¿cierto, Frau?

En un momento empezamos a escuchar un sonido distinto que venía de lejos, de más adelante, era un sonido que yo no podía identificar porque era complejo, una escala sostenida de percusión constante, con graves que se hundían y agudos que emergían al son de una tonalidad redonda, envolvente. A Petzold le cambió el gesto y su cuerpo se dispuso de otra manera, de lo que sigue no estoy segura, no creo tener las herramientas para poder describirlo, para contarte con alguna fidelidad esa trama progresiva que se avecinaba. Cuando al capitán le cambió la cara supe que era el fin, no podría decir el fin de qué, el comienzo de qué, no sé, pero el paisaje recuperó los tonos de contraste, las notas más fúlgidas y las más opacas, los colores plenos, la luz recortada por las sombras. Petzold empezó a vibrar como un diapasón, grave y sutil, también empezó a sonreír, se levantó, se arregló el saco y la gorra como si hubiese revistado ante un superior y fuera a hacer la venia. Sonreía tranquilo y sin aspavientos, fue hasta la borda y se acodó ahí, al rato se dio vuelta y me buscó los ojos, yo no había dejado de mirarlo. Me levanté y fui hasta él, me acodé yo misma a su lado, sobre la borda.

—La jangada —dijo, mientras se inclinaba hacia adelante, al río.

Llevé los ojos a lo que miraba él, una tropilla briosa venía hacia nosotros por adelante en la orilla opuesta, una enorme cantidad de troncos que rodaban sobre el agua ordenados, una balsa de álamos salvajes recién hachados, encabalgados unos a otros como versos de un poema joven, sueltos y también amarrados.

—La jangada —repitió Petzold y esa palabra se le deshizo en la boca mientras la soltaba y su semblante volvió a cambiar.

—La jangada —dije yo por primera vez, y esa palabra sonó un poco hueca en mis labios.

El capitán sonreía distinto ahora y estaba, por un lado, más enérgico y, por el otro, no sé, Frau, no sé si podría describirlo. Se incorporó y recorrió todo con la mirada, el agua, el barco, el aire; de pronto se hizo más alto, con la punta de un pie mordisqueó el talón del mocasín del otro y se descalzó, después se sacó el blazer blanco de botones dorados, se sacó la gorra, la remera, los pantalones. Quedó en cueros y calzoncillo, juntó todo y fue hasta su silla a dejarlo ahí, prolijo y ordenado. Cuando volvió me tomó la mano y acercó su cara a la mía, me besó los labios y trepó, saltó por la borda directo al agua que se encrespaba por la llegada de los troncos al otro lado del río.

Vi sus brazadas gordas y su cabeza calva en el medio del Paraná portentoso, vi su espalda peluda que se hundía y reaparecía con cada envión, lo vi nadando en diagonal hacia la jangada como un marinero por fin vuelto a su faena, por fin otra vez en funciones. Por un momento dejé de verlo y me angustié, en un nuevo santiamén reapareció montando un tronco, irguiéndose, parándose arriba de la jangada que lo obligaba a moverse rápido, a seguir el ritmo veloz de

los troncos que avanzaban dando vueltas sobre sí mismos por la superficie del río.

Aunque no podía oírlo, Petzold se reía, lo veía reírse, se iba sobre los troncos matándose de risa, sus carcajadas se dibujaban en el día como soles nuevos llenos de vitalidad y de esperanza.

Petzold paró, se quedó quieto en un equilibrio que necesitaba que los brazos lo balancearan para no caerse, el capitán miró a su Molly Aída que se alejaba en dirección contraria y le sonrió con un poco de pena, con desazón, como a una primera novia que se casa con otro. Me descubrió parada junto a la borda, levantó el brazo y me saludó, sus carcajadas se hicieron mirada y por fin me sonrió, me dio la sonrisa de varón más hermosa que vi en mi vida.

—Adiós, amiga querida. —Creí escuchar que me hablaba al oído.

—Adiós, querido amigo —respondí al aire y volví a sentarme en la mesa del café a liar mi tabaco negro para fumar un cigarrillo extralargo, larguísimo.

Al fin solas, Frau. Aunque el Paraná, al fin solas.

La carta terminó. No es una decisión, es una deriva, se impone así a pesar de mis intentos por corregir el rumbo. Lo que consigno a partir de ahora es como una lista de compras en una libreta perdida en un cajón, en el mueble de cocina de una casa que se está vaciando porque no queda nadie, una lista que registra precios antiguos, exorbitantes, sumas llenas de ceros; los rastros de una economía enloquecida.

Petzold dejó indicaciones en un papel pegado con cinta sobre el tablero. Había atado el timón con dos cintos, uno a cada lado, y un palo que lo sostenía fijo; si quería maniobrar debía sacar el palo y aflojar el cinturón del lado que correspondiera. No sé, demasiada sofisticación técnica para comprender ahora que la tarde empieza a decaer, me voy a la proa, a ver el río, a ver el rumbo, la deriva.

Me vestí con mi sefsari como si fuera domingo, no sé qué día es y no importa; voy a echarme en la proa como un mascarón, me parece una referencia justa para mí y para mi viaje. Salgo a la cubierta, el sol ha empezado a cambiar y su dorado se pone lentamente más pelirrojo, como los gemelos, primero brillante y a cada minuto el rojo se opaca más, coagula. Cuando alcanzo la proa dispuesta a encabezar el momento, veo que hay alguien más ahí, paciencia, parece que en este tramo tampoco voy a lograr el protagónico. No sé cómo llegó, si estaba acá escondida o si se subió sin que lo advirtiéramos en alguno de los muelles en los que

atracamos. Una polizonte es definitivamente lo que le faltaba a este viaje y ahí está ella, echada con las patas delanteras cruzadas y la cabeza erguida, mirando al más allá del periplo. Es una aguará guazú de patas increíblemente largas y renegridas, su pelo es del mismo color del sol en este instante, un fuego que incendia grave, que chisporrotea en las partes más claras hacia el vientre y dentro de las orejas. Llego silenciosa para no asustarla, me siento cerca de ella, la aguará no se mueve, pero sé por sus pestañas, por cómo entrecierra los ojos, que me percibe, que sabe de mí, que tal vez ya me conoce, que viajamos juntas, que la noche se avecina.



«*Las iracundas* es una elegía feroz, erudita, desolada y divertidísima a un tiempo que el progreso insiste en borrar. Julián López,en su forma más audaz».

Carla Maliandi

En un barco que remonta el Paraná como residencia para artistas, sentada en la cubierta, fumando frente al paisaje estallado del litoral, una vieja narradora escribe cartas a Frau, su antigua amante. En esas páginas que acaso nunca enviará, registra la travesía, sus encuentros con los residentes y con la tripulación, sus cuitas sexuales y los chismes de ambiente. Todos los personajes de esta novela deambulan en busca de un destino que inevitablemente se disuelve.

El río como tótem literario, la circulación, las cofradías, las modas, la ironía ante una expresividad que alza la voz personal en el griterío, pero baja el volumen político de la obra. Una correntada furiosa transforma la aventura en una deriva sin timón.

En *Las iracundas*, un Julián López desobediente y vital manda una carta de amor doliente al naufragio. Y también anuncia la resurrección de lo que podría parecer perdido.



JULIÁN LÓPEZ

Nació en Buenos Aires, en 1965. Publicó los libros de poemas *Bienamado* (2004) y *Meteoro* (2020) y las novelas *Una muchacha muy bella* (2013), *La ilusión de los mamíferos* (2018) y *El bosque infinitesimal* (2022). Ha sido traducido al francés, inglés, italiano y neerlandés. Da clases de escritura en la Universidad Nacional de las Artes.

Foto del autor: © Alejandra Urresti

Otros títulos de Julián López en
penguinlibros.com



López, Julián
Las iracundas / Julián López. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Random House, 2026.
(Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-769-469-7

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863



Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo

Edición en formato digital: septiembre de 2026
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-987-769-469-7

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**
TikTok: **penguinlibrosar**
X: **penguinlibrosar**

Índice

Las iracundas
Epígrafe
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos de Julián López
Créditos